

Rosa Luxemburgo y la reinención de la política

Una lectura desde América Latina

Hernán Ouviña



2DA EDICIÓN
ACTUALIZADA

PRÓLOGO DE
Silvia Federici

Rosa Luxemburgo y la reinención de la política.

Una lectura desde América Latina

Hernán Ouviña

210 páginas

2da edición - Mayo 2020

Edición digital libre y gratuita

Imagen de tapa: Xilografía de la campaña gráfica Vivas Nos Queremos (Argentina)

Ilustraciones: Oscar González (Guache)

Traducción del Prólogo de Silvia Federici: Mabel Thwaites Rey

Diseño interior: Editorial Quimantú

Diseño de tapa: Alejandra Andreone

Editorial El Colectivo (Argentina)

www.editorialelcolectivo.com

contacto.elcolectivo@gmail.com

* * *

Editorial Quimantú (Chile)

www.quimantu.cl

Facebook: Quimantú

Bajo Tierra Ediciones (México)

Facebook: Bajo Tierra Ediciones

bajotierraediciones@gmail.com

* * *

La Fogata Editorial (Colombia)

www.lafogataeditorial.com

info@lafogataeditorial.com

Esta publicación es apoyada con recursos de la Fundación Rosa Luxemburgo (FRL) con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ). El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva del autor, y no refleja necesariamente una posición de la FRL.



Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **Creative Commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Rosa Luxemburgo y la reinvencción de la política

Una lectura desde América Latina

Hernán Ouviña

Mayo de 2020



LA FOGATA
EDITORIAL

EDITORIAL
EL COLECTIVO



**Bajo
tierra**
Ediciones





*A mi viejo, laburante autodidacta,
que de pequeño me convidó la pasión por la lectura
y me relató por primera vez las peripecias de Rosa*

Índice

Prólogo. <i>Por Silvia Federici</i>	9
A modo de Introducción (o por qué no todo es color de Rosa)	13
Rosa Luxemburgo (1871-1919) Breve cronología	19
Nuestro secreto compromiso de encuentro	24
CAPÍTULO 1 Una vida signada por múltiples opresiones e infinitas ansias de libertad	33
CAPÍTULO 2 Conocer el capitalismo para poder combatirlo	49
CAPÍTULO 3 Protagonismo popular y organización revolucionaria	81
CAPÍTULO 4 Formación política y disputa cultural para la emancipación	103
CAPÍTULO 5 Estado, lucha de clases y política prefigurativa. De la dialéctica reforma-revolución al ejercicio de una democracia socialista	123

CAPÍTULO 6	151
Mujeres, pueblos indígenas y naturaleza en la reproducción de la vida	
 CAPÍTULO 7	 179
Revitalizar el internacionalismo desde la diversidad	
 Epílogo	 192
Apostar por la revolución ¡Socialismo o barbarie!	
 Posfácio	 197
La Rosa del Sur	
 Bibliografía	 201
Obras de Rosa Luxemburgo	201
Obras sobre Rosa Luxemburgo	202
Obras en general	204

Prólogo

*Por Silvia Federici**

El homenaje de Hernán Ouviña a Rosa Luxemburgo es un ejemplo poderoso de cómo nuestra lectura del pasado se torna viva cuando está motivada por preguntas, luchas y preocupaciones del presente. Se ha escrito mucho sobre Luxemburgo. No obstante, en un texto animado por una profunda empatía por su obra y trabajo, Ouviña nos da una mirada fresca que muestra la relevancia de las teorías de Luxemburgo para la nueva generación de activistas para quienes el libro fue pensado, así como la afinidad de sus propuestas políticas con las aspiraciones que caracterizan las luchas populares en América Latina en los tiempos recientes. Uno de los méritos del libro reside en que, al repensar la vida y la obra de Luxemburgo, Ouviña nunca pierde de vista a sus lectores, que hoy se extienden a través de un amplio espectro de movimientos feministas, ecológicos e indígenas, que crecientemente están construyendo terrenos comunes y tomando las calles en una nueva ola de luchas insurreccionales. Su propósito es mostrar que en

* Profesora, escritora y activista feminista. Nació en Italia y se radicó en EE. UU. desde 1967. Es autora, entre otros textos, de *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, traducido a numerosas lenguas.

Luxemburgo pueden encontrar una “camarada de armas”, en cuya lucha pueden reconocer la propia.

Es con ese objetivo en mente que Ouviaña reconstruye la trayectoria política de Luxemburgo y revisita una serie de problemas que por mucho tiempo han agobiado y dividido a generaciones de activistas: su concepción de la relación entre espontaneidad y organización, su crítica de la centralización organizativa propuesta por el Lenin del *Qué hacer*, su apoyo a las políticas revolucionarias contra las tendencias reformistas promovidas por Eduard Bernstein en la Segunda Internacional, y su internacionalismo. Ouviaña retorna a estas cuestiones en un conjunto de capítulos que cuidadosamente reconstruyen el contexto de involucramiento teórico y político de Luxemburgo, al mismo tiempo que corrige las interpretaciones erradas más comunes de las posiciones que ella asumió en los debates generados dentro de la Segunda Internacional y del naciente bolchevismo.

Él argumenta, por ejemplo, contra la frecuente caracterización de Luxemburgo como “espontaneísta”, que el objetivo de Luxemburgo no era denostar la organización sino alertar sobre su degeneración en profesionalismo político, ya que concebía, por su confianza en la creatividad de las masas, a la organización como un proceso. Remarcablemente, en este caso, como en todas las discusiones sobre el trabajo de Luxemburgo, Ouviaña no sólo examina sus teorías, sino que las pone a prueba a través de una constante comparación con su práctica política. Muy recomendable es el estilo pedagógico de su presentación, que está explícitamente organizado como una suerte de diálogo con el lector, con constantes referencias al contexto histórico, como una lección a ser aprendida para las tareas políticas actuales.

Más aún, la principal contribución del libro es la atención que Ouviaña le otorga a los intereses de Luxemburgo en torno a temas que la ortodoxia marxista ignoró o marginalizó, pero que ahora están a la cabeza del pensamiento y la acción radicales.

Como Ouviaña reconoce, es materia de debate si Luxemburgo puede ser considerada una feminista en el sentido contemporáneo del término, ya que ella nunca miró al capitalismo y a la actividad revolucionaria desde una “perspectiva de la mujer”, y siempre priorizó el punto de vista de la clase como perspectiva to-

talizadora y no afectada por cuestiones de género y raza. Al mismo tiempo, Ouviaña muestra que su vida era un feminismo en acción, que rechazaba las formas y las normas de conducta –vigentes también en círculos radicales– que podrían exigirle que, como mujer, guardara su lugar y se inclinara ante sus camaradas varones, una regla que ella permanentemente violaba, en política tanto como en el amor. Debe agregarse que, mientras nunca se llamó a sí misma feminista, Luxemburgo ha inspirado a activistas y teóricas feministas, como Maria Mies y Claudia von Werlhof –fundadoras de la escuela Bielefeld– que a partir de su reconocimiento de la colonialidad estructural del capitalismo, han teorizado sobre la subyacente continuidad entre colonización y el sometimiento de las “amas de casa”, expresiones ambas de la necesidad del capitalismo de expandirse, incorporando áreas aún no reducidas a la dominación del mercado. Como Mies escribió en su *Patriarcado y acumulación a escala mundial*:

lo que [Rosa Luxemburgo] nos ayudó a desarrollar, de cara a nuestro análisis feminista del trabajo de las mujeres en todo el planeta, fue una perspectiva que iba más allá del limitado horizonte de las sociedades industrializadas y de las amas de casa de esos países. Ayudó además a trascender teóricamente las diferentes divisiones artificiales creadas por el capital, en particular la división sexual del trabajo y la división internacional del trabajo, gracias a las cuales se invisibilizan estas áreas, explotadas en las relaciones de trabajo no asalariadas y en las que las normas y las regulaciones relativas al trabajo asalariado quedan suspendidas (Mies, 2019: 91).

Mientras el feminismo de Rosa Luxemburgo puede ser puesto en cuestión, no así se puede desconocer su profundo amor por la naturaleza, como se expresa en la pasión por la botánica que mantuvo durante sus muchos días en prisión, donde recolectaba especies de plantas y flores que podrían haber conformado un verdadero herbario. Aquí otra vez Ouviaña identifica su conexión política e ideológica con la cosmovisión y la lucha de los pueblos indígenas, así como el crecimiento de la preocupación de las y los jóvenes de hoy por la devastación producida por el desarrollo capitalista que está consumiendo actualmente el planeta. Igualmente fuerte, como Ouviaña muestra, fue su amor por los animales, como se evidenció en una carta que le envió a una amiga, describiendo su dolor y horror al ver a un búfalo cruelmente abatido por un soldado en el patio de la cárcel. “¡Mi pobre búfalo, mi pobre y querido her-

mano! Estamos aquí, tu y yo, débiles y silenciosos, unidos por nuestro dolor”, escribió Luxemburgo, y nosotros, que ahora leemos sus palabras, debemos agradecerle a Ouviaña por incluir en el texto esta carta y tantas otras que ella le envió a amigos y amores, y que nos hacen escuchar su voz, ver su generoso carácter y su profunda pasión por la justicia.

Tal como poderosamente demuestra este libro, el asesinato de Rosa Luxemburgo no logró su objetivo. Ella no fue silenciada. Más que eso. Como Ouviaña señala, mientras muchos marxistas han caído en la total oscuridad, su visión política –sobre todo, su anticolonialismo y anticapitalismo– son más relevantes que nunca. No sólo autores tan diversos como Maria Mies y David Harvey, entre otros, han sido influenciados por su trabajo. Su predicción sobre la inevitable expansión planetaria del desarrollo capitalista ha sido totalmente verificada, así como su confianza en la capacidad de las y los explotados para movilizarse e inventar nuevas prácticas políticas para bloquear esta expansión.

A modo de Introducción (o por qué no todo es color de Rosa)

La conmemoración de los 100 años del asesinato de Rosa Luxemburgo en enero de 2019 fue una excelente oportunidad para traer al presente su figura y su obra como marxista y revolucionaria que supo realizar notables aportes para repensar los proyectos emancipatorios, desde una perspectiva no dogmática y resaltando la centralidad del protagonismo popular en la construcción de un proyecto de carácter socialista. Su internacionalismo militante resulta sumamente vigente en la actualidad, ya que brinda pistas para entender las complejidades de territorios heterogéneos y plurinacionales, tanto en Europa como en América Latina, y también para reimpulsar la solidaridad y el hermanamiento entre los pueblos y los/las trabajadores/as, y contrarrestar el avance de la xenofobia y el odio racial en gran parte del mundo.

Asimismo, la atención puesta en las comunidades campesinas e indígenas como sujetos que resisten a la voraz expansión y avasallamiento del capitalismo en las periferias del Sur global hoy resurge con más vitalidad que nunca, en un contexto signado por la acumulación por despojo y el intento de privatización y saqueo de los bienes comunes. Ello sin desatender, por supuesto, su propuesta de reivindicar la necesidad de la organización social y política de las y los explotados y oprimidos, aunque tomando distancia de los formatos más anquilosados y burocráticos, siempre en diálogo fraterno y mutua retroalimentación con la

espontaneidad de masas. Esa misma que, al calor de huelgas políticas, lucha de barricadas y levantamientos populares, ha despuntado durante 2019 en las calles de Ecuador, Haití, Chile y Colombia.

Por último, la importancia que Rosa supo dar a la lucha cultural y educativa, a la defensa de los derechos y la autodeterminación de las mujeres, así como su intento de amalgamar socialismo y democracia desde una óptica de impugnación de toda lógica autoritaria, configuran de conjunto un faro de referencia ineludible para el crisol de movimientos populares, colectivos feministas, de comunicación alternativa y de educación liberadora, plataformas de articulación, sindicatos clasistas, espacios comunitarios y organizaciones de izquierda que luchan por una sociedad radicalmente opuesta a la que vivimos.

América Latina es para nosotros/as una inmensa escuela a cielo abierto, habitada por pueblos tan mágicos como valientes, que resisten a la violencia, la explotación y el saqueo sin dejar de ensayar en paralelo y con alegre rebeldía propuestas de autogobierno, poder popular y vida digna en sus territorios. Como es sabido, este continente ha sido precursor tanto en la génesis e implementación del neoliberalismo, como en el surgimiento de resistencias y alternativas frente a él. Pertenecemos a una generación que dio sus primeros pasos militantes y de lucha en la larga noche neoliberal de los años noventa, para la cual los levantamientos indígenas en Ecuador, el alzamiento del ELZN el 1 de enero de 1994 en Chiapas, la guerra del agua y del gas en Bolivia y el 19 y 20 de diciembre de 2001 en Argentina, así como un sinfín de rebeliones y procesos políticos desplegados en los años posteriores, constituyeron un alma matinal, referencia fundante de una nueva subjetividad y forma de pensar-hacer política, que le vino a aguar la fiesta a quienes pregonaban por aquellos tiempos sombríos el “fin de la historia”.

Este espíritu insumiso late y se enciende actualmente tanto en ámbitos rurales como urbano-populares, al calor de construcciones de base, asambleas comunitarias, procesos de deliberación y movilizaciones de lo más diversas, que en sus abigarradas regiones siembran, tejen y cultivan alternativas a contramano de los malos gobiernos y el extractivismo. Es, sobre todo, la rebeldía que han forjado y edifican en común esos y esas innumbrables, aquellos/as activistas anónimos/as, intelectuales orgánicos/as, grupos, organizaciones y movimientos subterráneos

que se encuentran —según la bella expresión de Rodolfo Walsh— amenazados/as de insignificancia, justamente por haber optado por construir a pulso, sin prisa pero sin pausa, otro proyecto de sociedad que probablemente jamás salga en las tapas y noticieros de los medios hegemónicos, e involucra a una América profunda y “muy otra”: anticapitalista, plurinacional, comunitaria, descolonizada, del poder popular, feminista, migrante, afroindígena, autónoma, insurgente, radical, subversiva, multicolor, mestiza, ecosocialista, de las disidencias y el buen vivir. A ellas y ellos nuestro mayor agradecimiento por demostrarnos más que nunca que resistir es crear.

Publicar este libro a partir de la iniciativa conjunta de la Fundación Rosa Luxemburgo y de cuatro editoriales tan queridas como son El Colectivo (Argentina), Quimantú (Chile), La Fogata/Lanzas y Letras (Colombia) y Bajo Tierra (México), constituye una enorme alegría y nos estimula a redoblar la apuesta por el fortalecimiento de proyectos autogestivos similares a los que sostienen a pulmón estos potentes colectivos editoriales, y que se tejen desde abajo y a la izquierda con tanta tradición de lucha y combatividad en múltiples regiones de Nuestra América.

Por ello hacemos extensivo el reconocimiento para las y los integrantes de estas editoriales, quienes se han puesto al hombro la edición en red de este libro y, de manera mancomunada, mantienen un compromiso cultural y una coherencia política en el camino que, desde hace ya un largo tiempo, nos ha encontrado peleando por las mismas ideas rebeldes, complicidades afectivas y prácticas sentipensantes, haciendo de las fronteras cálidos territorios de lucha y puentes de comunicabilidad, que nos hermanan cada día más.

También agradecemos a la Fundación Rosa Luxemburgo por el apoyo a la producción de un material como éste. Con su acompañamiento constante a organizaciones y movimientos populares latinoamericanos, rinde el mejor homenaje a la militante internacionalista y revolucionaria que fue Rosa.

A Silvia Federici, maestra mayor entre las brujas del Sur global, por el generoso “Prólogo” escrito para este libro, pero especialmente por demostrarnos que la militancia contra el capitalismo, el patriarcado y la colonialidad puede constituir una forma de vida, y reafirmar con su actitud ética, su compromiso feminista y sus reflexiones siempre agudas, que conceptos son afectos.

Finalmente, a Oscar González (Guache), entrañable artista visual y muralista popular colombiano, por la predisposición a ilustrar con sus increíbles dibujos los sucesivos capítulos del libro. Decía David Viñas que “toda estética es, en última instancia, teoría política” y las composiciones que nos convida Guache lo demuestran con creces.

En un plano más general, queremos dejar constancia de la infinidad de agrupaciones, movimientos, colectivos y plataformas de América Latina y el Caribe, con las cuales —particularmente durante los últimos 20 años— hemos podido aprender y compartir saberes, sentires y haceres, a partir de lecturas, textos, pensamientos, prácticas, festejos, dudas, interpretaciones y angustias en común, en torno a los tópicos y aristas que a lo largo de estas páginas se exponen y analizan. Hacemos propias las palabras de Antonio Gramsci en una de sus epístolas carcelarias, donde expresa que le “resulta imposible pensar ‘desinteresadamente’ o estudiar por estudiar. Sólo en contadas ocasiones me he abandonado a alguna línea particular de pensamiento y analizado algo a causa de su interés intrínseco”. En nuestro caso, sin aquel diálogo fraterno y militante con cada una de las organizaciones y activistas con las y los que tuvimos el privilegio de debatir, (con)vivir y aprender en diferentes espacios formativos y transformativos, nos hubiera sido imposible redactar este libro.

Atendiendo a esta intencionalidad política, el objetivo que nos propusimos con su elaboración fue brindar un primer acercamiento a la obra de Rosa Luxemburgo (entendiendo por tal, siguiendo a Antonio Gramsci, no solamente lo escrito por ella, sino también sus iniciativas políticas, culturales y educativas como militante revolucionaria, sin desatender sus expresiones afectivas y sentimentales más humanas). Nos interesa, pues, reconstruir lo pensado, sentido y actuado por Rosa, con el propósito de destacar sus aportes y contribuciones para recrear la lucha política y reinventar la praxis emancipatoria en pleno siglo XXI, teniendo como ejes transversales las críticas que formula al capitalismo, al patriarcado, al despojo de los bienes comunes y al colonialismo, así como las propuestas de organización y disputa que realiza a lo largo de su vida, para superar a este sistema de explotación y opresión.

Aspiramos a que este material sirva tanto para quienes quieran adentrarse en su obra y sus principales ideas —sin haber tenido necesariamente un acercamiento previo a ellas— desde una inquietud intelectual o teórica, como para que la militancia y el activismo popular de Nuestra América y el sur global se forme en términos políticos teniendo como principal referencia a Rosa en tanto pensadora y militante revolucionaria original, no encasillable en las tradiciones clásicas del marxismo.

En tal sentido, el registro de escritura intenta combinar la rigurosidad —y por momentos gran complejidad— que evidencia su obra, con un lenguaje ameno y una vocación pedagógica, de manera tal que sean comprensibles sus conceptos y propuestas teórico-políticas más sustanciales, contextualizándolas, y que al mismo tiempo se puedan compartir y destacar ciertos fragmentos de sus principales textos y epístolas, y de personas cercanas a ella, que permitan complementar el proceso formativo de quienes lean el libro.

Como intentamos evidenciar a lo largo de estas páginas, lejos de considerar la preocupación teórica y las iniciativas de formación política y educación popular como algo residual o secundario, Rosa nos demuestra que, aunque suene paradójico, en coyunturas adversas como la que vivimos a escala continental, o en momentos donde la movilización nos encuentra de manera constante en las calles, los procesos de autoformación, de análisis y estudio, de lectura crítica e investigación de la propia realidad que se pretende revolucionar, así como de experiencias y procesos históricos emblemáticos, resultan claves y de suma relevancia. Y es que frente a los palos de ciego recibidos en un cambio de época como el actual, al decir de Mario Benedetti no queda otra más que poder dar palos de vidente, y para ello es fundamental asumir que Marx en su tesis XI no proponía desechar la interpretación del mundo, sino más bien reconocer que este ejercicio no debe disociarse jamás de la intervención crítica y transformadora de la propia realidad, por lo que quizás valga la pena invertir su frase y postular que para cambiar el mundo, es imprescindible a la vez poder comprenderlo.

Precisamente en este contexto histórico tan intrincado y difícil de asir, la consigna ¡Socialismo o barbarie!, lanzada por Rosa poco antes de ser asesinada, parece cobrar más fuerza que nunca. Ella oficia de grito de auxilio para sobrevivir

en medio de tanta desolación, violencia estructural, pandemia y fascismo des-
embozado. Nuestro amigo Miguel Mazzeo nos habla en su reciente libro *Marx
populi* de lo arduo y a la vez urgente que resulta reconstruir una izquierda “en
tiempos de naufragio” (Mazzeo, 2018). Y a diferencia de muchos referentes del
marxismo que hoy dejan de ser leídos, o cuyos escritos y propuestas se nos pre-
sentan como añejas y parte de lo viejo que aún no termina de morir, Rosa se
destaca por su jovialidad e indisciplina, y por su extrema actualidad para este
convulsionado siglo XXI que habitamos y ansiamos transformar.

De ahí que, aun con todas las adversidades que cobija la coyuntura anómala
por la que transitan América Latina y el Sur global —o tal vez precisamente por
ello mismo—, revitalizar a Rosa nos parece acuciante. No para ejercitar la ne-
crofilia a la que nos tienen tan acostumbrados las izquierdas anquilosadas y las
burocracias de toda laya, sino en función de poner en práctica una biofilia que
celebre y defienda precisamente la vida en todas sus formas. Porque ya lo dijo
Walter Benjamin: si el enemigo triunfa, ni siquiera nuestros muertos estarán a
salvo, incluida por supuesto la querida Rosa Luxemburgo.

Rosa Luxemburgo

(1871-1919)

Breve cronología

1871

- 5 de marzo. Nace en Zamość, pequeña aldea ubicada en el suroeste de la Polonia rusa. Es la menor de cinco hermanos, hijos de Lina Löwenstein y Elias Luxemburg.
- 18 de marzo. Creación de la Comuna de París, experiencia de autogobierno popular que dura 72 días y es cruentamente reprimida.

1873

- Se muda junto a su familia a Varsovia, capital de la Polonia rusa.

1875

- Producto de una dolencia, le enyesan una de sus piernas y se mantiene postrada en la cama durante un año. Como consecuencia de este error médico tendrá una pierna más corta, lo que la obligará a cojear durante el resto de su vida.

1887

- A los 16 años comienza a participar en Polonia del grupo *Proletariado*, organización clandestina que lucha por el socialismo.

1888

- Se traslada a Zúrich (Suiza) para evitar ser capturada por la policía zarista, y se inscribe en la Universidad que, a diferencia de las instituciones académicas de su región natal, sí acepta estudiantes mujeres.

1890

- Conoce a Leo Jogiches, con quien militará y mantendrá una relación amorosa durante casi dos décadas.

1897

- Defiende su tesis y obtiene el doctorado en Ciencias Políticas.

1898

- Publica *El desarrollo industrial en Polonia*, versión revisada de su tesis doctoral.
- Se casa con Gustav Lübeck, hijo de una pareja de amigos, para obtener la ciudadanía alemana.
- Conoce a Clara Zetkin y a los principales referentes de la socialdemocracia alemana.

1900

- Publica *¿Reforma social o revolución?*, libro que compila una serie de artículos contra las posiciones revisionistas de Eduard Bernstein.

1903

- Sufre tres meses de cárcel por insultar públicamente al emperador alemán Guillermo II.

1904

- Participa del Congreso de la Segunda Internacional en Ámsterdam.
- Publica el folleto *Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa* en polémica con las posiciones ultracentralistas de Lenin.

1905

- Estalla la revolución en Rusia. Surgen por primera vez los sóviets (consejos).

1906

- Tras ser detenida y bajo la amenaza de ser ejecutada, pasa cuatro meses en prisión por participar en las revueltas populares de Varsovia.
- Luego de ser liberada de la cárcel, redacta *Huelga de masas, partido y sindicatos*, libro en el que esboza una original interpretación del proceso revolucionario en Rusia y reivindica la espontaneidad de las masas en contra del quietismo y la actitud conservadora de sindicatos y organizaciones de izquierda.
- Asiste al Congreso socialdemócrata de Mannheim, donde defiende su visión de la huelga de masas como herramienta de lucha política.

1907

- Se incorpora como educadora a la Escuela de formación política del partido socialdemócrata alemán. Permanecerá en ella hasta 1913. Como parte de la sistematización de sus clases elabora durante estos años el borrador de un libro titulado *Introducción a la Economía Política*, que jamás llega a publicar en vida.
- Se instala en su casa Constantin (Kostia) Zetkin, hijo menor de su amiga y compañera de militancia Clara Zetkin, con quien entabla una relación amorosa que, con intermitencias, durará hasta 1912.
- Es encerrada durante dos meses por sus discursos públicos antimonárquicos y en favor de la acción directa.

1910

- Debido a sus diferencias en torno a la lucha de masas, rompe su relación política y amistosa con Karl Kautsky, principal referente teórico de la socialdemocracia alemana y europea.

1913

- Publica *La acumulación de capital*.
- Es condenada a un año de prisión por su activismo antimilitarista. Tras apelar la sentencia, brinda ante el tribunal prusiano un discurso donde denuncia las atrocidades de la guerra.

1914

- Estalla la primera guerra mundial. La socialdemocracia alemana vota en el Parlamento a favor de los créditos de guerra.
- En la casa de Rosa se realiza la primera reunión de quienes se oponen al conflicto bélico interimperialista.
- Inicia una relación amorosa con Paul Levy, su abogado defensor, con quien luego mantendrá un vínculo de estrecha amistad hasta su muerte.

1915

- Padece un año de prisión por su militancia antimilitarista y contraria a la guerra.
- Escribe *La crisis de la socialdemocracia*, conocido como el folleto “Junius” por el seudónimo con el que lo firma.
- Edita desde la cárcel proclamas y documentos contra la guerra.
- Sale a la calle el primer número de *Die Internationale* (La Internacional), periódico en el que colabora y cuyos nueve mil ejemplares se agotan a las pocas horas de difundirse.
- Se conforma el Grupo Espartaco.

1916

- Traduce textos y redacta las *Cartas de Espartaco*.
- Sale de la cárcel en febrero, pero es nuevamente encerrada el 10 de julio. Permanecerá en prisión durante el resto de la guerra.

1917

- Se produce la revolución rusa.
- Abril. Se crea el Partido Socialista Independiente de Alemania (USPD), al que el espartaquismo se suma, sin dejar de conservar su autonomía y denunciar el carácter “centrista” de esta nueva organización.

1918

- Escribe en prisión el borrador *La revolución rusa*.
- Revolución alemana.
- 8 de noviembre. Rosa es liberada. Vive clandestinamente en Berlín.
- 9 de noviembre. Abdica el káiser. Cae el Imperio y se proclama la República.
- Dirige *La Bandera Roja*, periódico oficial del espartaquismo.

- Redacta el programa *¿Qué quiere la Liga Espartaco?*
- 30 de diciembre. Fundación del Partido Comunista Alemán.

1919

- Insurrección en Berlín.
- Escribe su último artículo titulado *El orden reina en Berlín*.
- 15 de enero. Es asesinada junto a Karl Liebknecht.

Nuestro secreto compromiso de encuentro

¿Acaso no nos roza, a nosotros también, una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de otras voces que dejaron de sonar? (...) Si es así, un secreto compromiso de encuentro está entonces vigente entre las generaciones pasadas y la nuestra.

Walter Benjamin

Dos tragedias signaron la vida de Rosa Luxemburgo e impidieron que nuestro encuentro con ella se concretase más tempranamente. A su cobarde asesinato –que constituyó un verdadero crimen de Estado y hoy incluso cabe catalogarlo como *femicidio*¹– le sucedió la construcción del llamado “luxemburguismo”, epíteto éste

1 El 15 de enero de 1919 por la noche, soldados integrantes del *Freikorps*, un cuerpo paramilitar de veteranos del antiguo ejército imperial del Kaiser, detienen a Rosa Luxemburgo y a Karl Liebknecht, ambos de 48 años de edad. De ultraderecha y extremadamente misóginos, se ensañan con alevosía contra ella: “ahí va la vieja prostituta”, exclaman sus captores al identificarla. La arrastran por el suelo y la golpean con la culata de sus rifles en la cabeza, para ya en un vehículo plagado de militares rematarla a tiros. Finalmente, la arrojan sin vida desde un puente a un canal. “La vieja mujerzuela está nadando ahora”, expresa con sorna uno de sus asesinos. Tras estar desaparecida casi cinco meses, su cuerpo será encontrado en el río Spree en Berlín. Su crimen, al igual que el de Liebknecht, aún hoy se mantiene impune.

que tendió a generalizarse como sinónimo peyorativo para denunciar a militantes y organizaciones distantes de la línea stalinista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Si al poco tiempo de su muerte Ruth Fischer convoca a eliminar de las filas del Partido Comunista Alemán el “bacilo sifilítico” introducido por Rosa, en 1931 Stalin denuncia su “semi-menchevismo” y le endilga ser, junto con Parvus, la creadora de la peligrosa “teoría de la revolución permanente”.

Por su parte, sectores opuestos desde un inicio al proceso soviético o enemistados con la opción de un socialismo de carácter anticapitalista por fuera de la institucionalidad estatal, tendieron a hacer un uso instrumental de ciertos textos y borradores de Rosa con igual malicia. La deliberada omisión de sus posicionamientos en contra del parlamentarismo burgués y en favor de una democracia consejista, o su coherencia ética e internacionalista frente a la claudicación de la socialdemocracia europea ante la primera guerra mundial, perdían relevancia en pos de resaltar casi de manera exclusiva las críticas que ella supo formular al bolchevismo y a Lenin en particular. En paralelo, algunos de sus textos comenzaron a ser difundidos a cuentagotas más allá de Alemania o Polonia, aunque en ocasiones mediante actos de prestidigitación que redundaron en la edición de libros o compilaciones de su “autoría” en Europa, bajo títulos como *Marxismo contra dictadura* (1934) o *La revolución rusa: un examen crítico* (1948).

A contramano de su original propuesta de relectura del marxismo no en los términos de un sistema acabado a “aplicar”, sino como caja de herramientas y estímulo para el pensamiento crítico y la acción disruptiva, el “luxemburguismo” resultó una doctrina cerrada. Esto empobreció y desvirtuó los notables aportes de Rosa e hizo de ciertas reflexiones coyunturales e interpretaciones situadas, un rígido y descontextualizado *dictum* al margen de todo tiempo y espacio, sospechado por igual de “menchevique”, “catastrofista”, “antiorganizacional” y “ultraizquierdista”.

De ahí en más, las conmemoraciones y recordatorios de su figura se mantuvieron en pie a costa de invisibilizar su rica y compleja producción teórica y política. Y a pesar del temprano llamado de Lenin a editar las obras completas de esta “águila”, a quien apreció muchísimo más allá de sus diferencias

y supuestos errores, Rosa se convirtió en mero ícono de lucha sin mayor conocimiento de su herencia intelectual y militante, apenas una referencia de dignidad y entereza, de vida noble interrumpida abruptamente a culatazos. Pero poco y nada se conocía en profundidad acerca de su pensamiento y acción, ni de sus conceptos y propuestas políticas más potentes. Menos aún de la revolución alemana de la que llegó a formar parte antes de ser asesinada. La cruenta derrota de ese proceso trocó en “fracaso” estrepitoso que bajo ningún punto de vista debía ser aprehendido ni estudiado y, por tanto, sus enseñanzas y potencias disruptivas quedaron enterradas para siempre en el basurero de la Historia.

A pesar de ello, la figura de José Carlos Mariátegui, marxista peruano y uno de los más originales intelectuales militantes de América Latina, se destaca en medio de este páramo por su sugerente apropiación del legado luxemburguista, e incluso por las notables afinidades que ostenta con respecto al derrotero de Rosa como revolucionaria incómoda para la época (Mariátegui, 1973 y 1975). En ambos casos, estamos en presencia de figuras aciagas, cuyas vidas se truncan abruptamente, que batallan tanto contra el reformismo y las lecturas positivistas del marxismo, como con aquellas visiones que pretendían hacer de la revolución rusa un “modelo” a replicar en todo tiempo y lugar.

La unidad indisoluble entre teoría y acción, el punto de vista de la totalidad como principio epistemológico del marxismo, la crítica al eurocentrismo que imbuía en aquel entonces a la inmensa mayoría de la izquierda, la denuncia de las formas imperiales de despojo en la periferia capitalista, la revalorización de las formas comunitarias de vida social, la defensa enconada del internacionalismo sin descuidar el análisis situado de la realidad, la apuesta por formas organizativas más democráticas y la confianza en la capacidad autoemancipatoria de las masas, son algunos de los puntos en común que los hermana. El destino de ambos también es similar: excomulgados por la III Internacional y gran parte de los partidos comunistas, al poco tiempo de fallecer, sus apellidos pasaron a ser sinónimo de error político y debilidad teórica, deviniendo herejías que debían ser combatidas con igual esmero.

Hay que recordar que dos tragedias se abatieron durante aquellos tiempos sombríos sobre el movimiento obrero y los pueblos de Europa: por un lado, el nazi-fascismo y, por el otro, el stalinismo. Esto trajo aparejado, en particular tras la segunda guerra mundial, una disociación creciente entre teoría y práctica revolucionaria, esto es, un desencuentro entre las lúcidas reflexiones elaboradas por reconocidos intelectuales (por lo general académicos), y la capacidad de que tales elucubraciones tengan un correlato o arraigo material en el accionar cotidiano de las masas populares. Casi sin excepciones, esta nueva generación echó de menos una sustancial dimensión del marxismo como era (y es) “la discusión *estratégica* de las vías por las que un movimiento revolucionario podría traspasar las barreras del Estado democrático burgués para alcanzar una verdadera democracia socialista” (Anderson, 1986: 17-18).

A pesar de este eclipsamiento que duró décadas, la rebelión global de 1968 tornó propicia la exhumación de Rosa como militante anticapitalista e integral. En las multitudinarias manifestaciones contra la guerra en Vietnam, junto a pancartas de Hô Chí Minh y el Che Guevara, se destacaron las de su inconfundible rostro. El mayo francés, el otoño caliente italiano y el movimiento estudiantil y de izquierda extraparlamentaria en Alemania, revitalizaron sus ideas y propuestas. Si ya la revolución cubana había abierto tempranamente un período de recreación del pensamiento crítico en América Latina, movimientos insurgentes y rebeliones populares como el Cordobazo traían al presente sus aportes y elucubraciones.

Una nueva generación militante hizo visible y redescubrió, en aquellos convulsionados años, un crisol de tradiciones opacadas por el bolchevismo y la socialdemocracia, que brindaban pistas para intervenir y comprender la irrupción plebeya y los desbordes desde abajo que despuntaban por doquier en las décadas de 1960 y 1970 a nivel global, mostrando un invisible hilo rojo entre estas apuestas emancipatorias de carácter radical, y las desplegadas durante las primeras décadas del siglo XX en Europa: el bienio rojo en el norte de Italia, la revolución alemana (y dentro de ella la Comuna de Berlín), así como la proliferación de sóviets y consejos en Rusia y Hungría.

Para la nueva izquierda latinoamericana gestada al calor de la revolución cubana, pero también para aquella surgida en las metrópolis de Europa y Estados Unidos, o la existente en los abigarrados territorios del llamado Tercer Mundo, Rosa floreció como referencia ineludible a nivel intelectual y político, ya sea en su faceta teórica o en su devenir militante, para oxigenar proyectos emancipatorios y reinventar la praxis revolucionaria.

Recién en este contexto de agitación y deshielo del marxismo, en la propia República Democrática Alemana se lograron publicar sus obras entre 1972 y 1975 (por cierto, no completas en sentido estricto, pero sí al menos en una forma más amplia y detallada), y lo mismo puede decirse respecto de su Polonia natal. Peor aún es el caso de Rusia, donde a pesar de que Lenin haya instado en 1921 a editar sus obras completas, sólo en la década de 1990, tras la caída del régimen soviético (que de soviético tenía poco y nada) se difunde por primera vez su borrador acerca de la revolución rusa, escrito tras las rejas en 1918 y dado a conocer pocos años más tarde en Alemania.

En América Latina, tempranamente militantes políticos y “teóricos de base” como Mario Pedrosa en Brasil, editoriales como Grijalbo y Era en México o grupos como Pasado y Presente en Argentina, tradujeron y dieron amplia difusión a sus textos y manuscritos. Hace 50 años, en ocasión del aniversario de su asesinato, José Aricó retomaba a Robert París para afirmar que editar a Rosa Luxemburgo es ante todo un acto político, que “adquiere una doble significación: la de un homenaje a la revolucionaria asesinada por la canalla de Noske, y a la vez la del rescate de una elaboración teórica y política fundamental para el marxismo, silenciada durante años por el stalinismo” (Aricó, 1969: 11). En esa coyuntura tan convulsionada en Argentina, sacudida por una imprevista rebelión obrera y estudiantil con tintes espontáneos y donde hasta los sindicatos y organizaciones de izquierda más avezadas y combativas se vieron desbordadas en las calles de Córdoba, esta generación reconocía sin ambages que “el pensamiento de Rosa Luxemburgo se nos presenta de una actualidad sorprendente. Es quizás esa actualidad lo que atemoriza tanto a los dogmáticos y los impulsa a seguir silenciando a la gran revolucionaria” (Aricó, 1969: 12).

Como se puede comprobar revisando las fechas de edición de los libros y materiales que abordan la obra de Rosa, la bibliografía centrada en ella tiene su explosión mayor en los años '70. Sin duda hay una coyuntura y un contexto global y latinoamericano que requiere herramientas teórico-analíticas y de intervención militante que vayan a contramano de los dogmatismos predominantes hasta ese entonces, y los escritos de Rosa resultan –ejercicio de traducción y actualización mediante– una brújula potente en aquel conmovedor tiempo histórico de crisis y reestructuración capitalista, donde la politización de las clases populares y el ascenso de las luchas constituye una invariante condición de época. Y ya lo decía sabiamente León Rozitchner, alguien que al igual que Rosa repudiaba los “modelos burgueses de rebeldía”: *si la sociedad no se mueve, la filosofía no puede pensar*. Menos aún, reinventar el pensamiento crítico y la praxis revolucionaria en función de los nuevos desafíos que nos depara una realidad tan difícil de asir.

Así pues, más allá de las especificidades y contextos situados, podemos caracterizar la existencia de tres grandes momentos o ciclos de la lucha de clases a nivel mundial, que condicionaron las lecturas, diálogos y apropiaciones de la obra de Rosa: el primero de ellos, del que participa ella misma, tiene a la revolución mexicana en América Latina y a la rusa en Europa y Asia como puntas de iceberg, pero cobija debajo de esa superficie a un crisol de experiencias insurrectas de lo más variadas. Intelectuales orgánicos como José Carlos Mariátegui, Luis Emilio Recabarren o Julio Antonio Mella en nuestras tierras, o Vladimir Lenin, György Lukács, Antonio Gramsci, Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo en Europa, son el emergente de esa época de guerras, crisis y revoluciones. El segundo, que tal vez se inicia con la revolución cubana en nuestro continente y tiene su punto de condensación máximo en la rebelión global de 1968, revitaliza al pensamiento y acción de Rosa para confrontar con los partidos de la vieja izquierda y los sindicatos burocratizados, e imaginar una política plebeya y liberadora más cercana a la vida cotidiana. El tercero, finalmente, que emerge al calor de las resistencias y luchas en contra del neoliberalismo en los años '90 y que, al margen de los vaivenes y cimbronazos vividos recientemente, aún no se ha cerrado.

En efecto, Rosa ha renacido en las últimas décadas al calor de las tomas de tierras del Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil y del alzamiento zapatista en el sur de México, en el Caracazo en Venezuela y en

las puebladas espontáneas en Argentina durante 2001, dando origen a movimientos y procesos políticos novedosos de enorme radicalidad en la región; en la irrupción de los pueblos indígenas y organizaciones comunitarias que resisten a la acumulación por despojo y defienden sus territorios a partir de la soberanía alimentaria y el buen vivir; en la ola verde de un feminismo popular que grita “¡Ni una menos, vivas nos queremos!” y cobra visibilidad y contundencia en su denuncia del patriarcado y la violencia contra las mujeres, en el movimiento estudiantil latinoamericano y el relevo generacional que vivenciamos actualmente, donde jóvenes de todo el continente no tienen tapujos en desafiar estereotipos, situaciones de privilegio y paradigmas de injusticia y opresión, para intentar *cambiar todo lo que deba ser cambiado*.

Este libro no pretende ser más que una apretada síntesis de estos debates e intercambios colectivos, algo así como una sistematización, subjetiva y provisoria, de los aprendizajes y el diálogo de saberes, sentires y haceres que hoy circundan a América Latina. Elegimos hacerlo a partir de un doble movimiento descolonizador: analizar y problematizar a nuestro continente como marxistas, pero a la vez cepillar a contrapelo a estos marxismos como latinoamericanos/as y desde el presente en el que vivimos. No con un ánimo de mera exegesis ni para ejercitar una nostalgia que siempre resulta contrarrevolucionaria, sino en pos de *reinventar la praxis política* desde abajo y a la izquierda, de cara al futuro como quería Rosa, para quien “la política del proletariado no conoce ‘la vuelta hacia atrás’; sólo puede marchar hacia adelante, a ella le es necesario ir más allá de lo que existe, sobrepasar lo que acaba de ser creado” (Luxemburgo, 1972: 153).



CAPÍTULO 1

Una vida signada por múltiples opresiones e infinitas ansias de libertad

Existen en la historia derrotas que más tarde aparecen como luminosas victorias, presuntos muertos que han hecho hablar de ellos ruidosamente, cadáveres de cuyas cenizas la vida ha resurgido más intensa y productora de valores.

Antonio Gramsci

La intensa vida de Rosa Luxemburgo coincide, desde su inicio hasta el momento de su asesinato, con dos procesos revolucionarios claves a escala europea y mundial. Si su nacimiento en marzo de 1871 es simultáneo a la creación de la Comuna en París (que dura tan sólo 72 días, pero deja una huella indeleble en la lucha de clases más allá de Francia y del continente del que forma parte), su trágica muerte a manos de soldados de ultraderecha se produce en enero de 1919, en medio del ciclo insurreccional en Berlín y también en otras latitudes como Hungría e Italia, o en nuestro caso en México, Perú y Argentina.

Entre uno y otro ascenso de estas luchas transcurre su precipitada vida, signada por múltiples situaciones de opresión: en tanto mujer, judía, polaca, migrante y de izquierda anticapitalista, que para colmo debe cojear al caminar, producto

de una afección en una de sus piernas. Rosa navega a contracorriente y a pesar de estas adversidades ejercita una militancia creativa por donde se la mire. Asume su condición subalterna para saltar por encima de ella y hacer de esta posible limitación una virtud autoafirmativa, trinchera desde donde parapetarse y dar pelea a todo pulmón, contra viento y marea. Rompe cada uno de los mandatos que la sociedad pretende imponerle y practica con extrema osadía un activismo febril e intransigente, siempre en favor de las y los más débiles o subyugados por este sistema. Y para los enemigos recomienda un método infalible que siempre da buenos resultados: “¡pulgares en los ojos y rodilla sobre el pecho!” (Luxemburgo, 2009: 78)

Sus primeros años en la Polonia zarista y el exilio en Suiza

Rosa nace en Zamość, pequeña ciudad de la Polonia ocupada por Rusia, en el seno de una familia judía culta. Crece en el contexto particular de una Polonia fracturada por los tres imperios más importantes de aquel entonces (Rusia, Alemania y Austria), donde rigen monarquías profundamente autoritarias, el antisemitismo cala hondo y las mujeres tienen vedado acceder a la Universidad u ocupar cargos públicos. No le fue nada fácil abrirse caminos en ámbitos dominados casi de manera exclusiva por hombres, blancos, soberbios y misóginos, dotados de un sinfín de prejuicios y privilegios.

Solemos pensar –erróneamente– que la plurinacionalidad es un fenómeno reciente y exclusivo de América Latina, una problemática que remite sólo a los pueblos indígenas, en particular a los de la región andina de nuestro continente, que en las últimas décadas han logrado con mayor ímpetu hacer visible su condición colonial y sus exigencias como pueblos. Sin embargo, Rosa vive su niñez en un territorio signado por la opresión nacional en una clave muy similar a la que han sufrido y aún hoy padecen numerosos pueblos de este lado del océano. Sometida al imperio ruso, Polonia había dejado de existir como entidad independiente desde 1795, por lo que la población tenía prohibido hablar su propia lengua y las escuelas a las que se asistía enseñaban contenidos totalmente ajenos a sus tradiciones e identidad.

Quizás esta atmósfera asfixiante, en particular en Varsovia a donde la familia se muda y radica a partir de 1874, haya sido una de las causas de su precoz instinto de rebeldía. En esta ciudad presencia varios *pogrom* (ataques violentos contra la población judía y sus bienes). Al fanatismo nacionalista polaco se suma la complicidad de la policía zarista, que azuza el antisemitismo, el incendio de viviendas y la segregación en barrios populares de gran concentración judía. Acaso ésta sea una de las razones por la que Rozalia Luksemburg pasa a llamarse Rosa Luxemburg.

En paralelo, una enfermedad mal tratada (los médicos diagnosticaron por error una tuberculosis de cadera) la obliga a reposar en la cama durante un año con un yeso en su pierna, tiempo que aprovecha para aprender a leer y escribir de manera autodidacta. Este hecho la marcará de por vida ya que, como consecuencia del prolongado y doloroso tratamiento, una pierna le queda más corta que la otra, motivo por el cual se ve obligada a renguear hasta el final de sus días.

Si bien existen testimonios que dan cuenta de algunos gestos contestatarios previos, será en esta ciudad donde, con tan sólo 16 años, se zambulla por primera vez en la militancia revolucionaria, sumándose a una organización clandestina llamada Proletariado, de carácter marxista y contraria al credo nacionalista, que venía de sufrir el asesinato de buena parte de sus dirigentes a manos del régimen zarista. La cárcel y el destierro eran también una constante para la militancia de izquierda en ese entonces, por lo que Rosa se incorpora a una de las pocas células que logran sobrevivir a este proceso de criminalización por parte del absolutismo ruso.

Bajo la amenaza de ser apresada por la policía, decide trasladarse a Zúrich (Suiza) donde vive durante nueve años. Allí cursa sus estudios universitarios y logra graduarse en una de las pocas instituciones que permiten el ingreso de mujeres sin ningún impedimento formal. Ésta es una adversidad, de las muchas que afronta en su intensa vida, que Rosa logra revertir y tornar en oportunidad para el ejercicio de la libertad. Migrar le facilita acceder a la Universidad y también tomar distancia del irrespirable clima de opresión vivido en Varsovia. En su estancia en Suiza conoce además a Leo Jogiches, joven revolucionario de Lituania, con el que establece un vínculo amoroso y político que durará muchos

años. Junto a él, en 1893 crea el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia, que pocos años más tarde se convierte en Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania (SDKPL), en franca oposición con el Partido Socialista Polaco, de matriz nacionalista y que lucha por la reconstrucción de Polonia.

También frecuenta diversos círculos de emigrados y toma contacto con varios de los máximos referentes del socialismo ruso, entre ellos Gueorgui Plejánov (1856-1918), Vera Zazúlich (1849-1919) y Pável Axelrod (1850-1928), a la vez que colabora con periódicos de izquierda editados en otras latitudes europeas, donde publica artículos con distintos seudónimos. La tesis doctoral que defiende, titulada *El desarrollo industrial en Polonia*, dista de ser una investigación académica como las que hoy proliferan en las universidades. En su caso, la motivación es directamente política: brindar una respuesta fundamentada al debate en torno a las perspectivas de “reunificación” de Polonia como territorio nacional, a partir de datos económicos y de un análisis del desarrollo del capitalismo en términos más estructurales.

La militancia y el debate político en el seno del socialismo alemán

Tras graduarse, acuerda casarse con Gustav Lübeck, hijo de una pareja de amigos, sólo para poder obtener la ciudadanía alemana, y del que se divorcia cinco años más tarde sin jamás volver a verlo. En mayo de 1898 arriba a Berlín –verdadero epicentro del movimiento obrero– y se establece allí para comenzar a militar en el Partido Socialdemócrata Alemán, una organización en ascenso y con un profundo arraigo de masas². Al poco tiempo de su llegada, se suma a la

2 En 1899, el partido contaba con más de 100.000 integrantes y poseía 73 periódicos con una tirada total de cerca de 400.000 ejemplares, 49 de los cuales salían a la calle seis veces a la semana. En términos electorales, y a pesar de las restricciones evidentes que impedían votar a las mujeres y subvaloraban a la clase trabajadora a nivel representativo, alrededor de 1.800.000 personas habían apoyado con su voto a la socialdemocracia en las elecciones al Reichstag (Laschitzka y Radczun, 1977).

campaña electoral en las zonas de alta presencia de trabajadores polacos, y da su primer discurso público en un mitin celebrado en una cervecería.

Estas y otras actividades de agitación no le impiden intervenir en el debate abierto por Eduard Bernstein a propósito del “revisionismo” y de la política de carácter reformista que propone. La compilación de artículos en los que polemiza con él son publicados bajo el nombre de *¿Reforma social o revolución?*, libro que le otorga mayor notoriedad en las filas socialistas, que se amplifica al participar en los sucesivos Congresos, tanto del partido, como especialmente de la Segunda Internacional, creada en 1891. En estos ámbitos defiende de manera efusiva sus ideas y propuestas, teniendo que tolerar en más de una ocasión gestos y discursos machistas y discriminatorios por parte de la vieja guardia socialista, entre ellos el de Georg von Vollmar quien, a finales de siglo y durante la incisiva exposición de Rosa –donde critica la disociación entre lucha cotidiana por reformas y objetivo final revolucionario–, la interrumpe al grito de “¡aprendiz mocozuella, yo podría ser tu abuelo!”

Su actividad periodística se intensifica con el correr de los años, al igual que las diferencias que mantiene con el sector mayoritario del partido que, a pesar de sostener cierta retórica confrontativa, en la práctica deviene cada vez más conservador y proclive a la estrategia de lucha legal y parlamentarista. Es así como en los primeros años del siglo XX polemiza en diferentes periódicos socialistas acerca de la experiencia de huelga general en Bélgica y del rol cumplido en ella por parte de la dirigencia reformista, más proclive a asociarse a sectores liberales en el parlamento que a propiciar una acción de masas en las calles. En simultáneo, acorde con su posición contraria a un programa nacionalista que abogue por la “reunificación” de Polonia e implique la construcción de un Estado independiente, desde el SDKPL propone sumar esfuerzos para confluir en el recién creado Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Sin embargo, las desavenencias con Lenin en torno a esta cuestión (quien reivindica el “derecho a la autodeterminación” de Polonia) y al tipo de organización ultracentralista y conspirativa que propone en el II Congreso del partido realizado en 1903 en Bruselas y Londres, dan lugar a una intensa polémica. Producto de esta discusión alrededor de los estatutos y el programa de este nuevo partido, Rosa redacta

el folleto *Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa*, en el que impugna la estructura antidemocrática y jacobino-blanquista (es decir, vanguardista) que sugiere Lenin, ya que de acuerdo a su lectura redundaba en obediencia ciega y docilidad de parte de la clase trabajadora.

En la Segunda Internacional (en cuyo Buró es aceptada Rosa como representante del SDKPL), las discusiones tienen en ese mismo contexto otro tenor. A la polémica sobre el “revisionismo” le sucede aquella referida a la participación de los socialistas en gobiernos burgueses, que asume dimensión continental, sobre todo a raíz de la actitud de ciertos sectores de la izquierda francesa encabezados por Jean Jaurès, y del llamado “ministerialismo”. Bajo el pretexto de defender la república amenazada por los conservadores, el dirigente socialista moderado Alexandre-Etienne Millerand había aceptado ocupar una cartera como ministro de comercio del gobierno Waldeck-Rousseau, desde junio de 1899 hasta mayo de 1902. Esto dio lugar a un debate profundo en el marco del Congreso Internacional de Ámsterdam, realizado en el verano de 1904, donde Rosa critica abiertamente estas actitudes colaboracionistas y fustiga con vehemencia a Jaurès. Éste, por su parte, le contesta en un tono violento y descalificador. La anécdota cuenta que, ante la falta de traductores, la propia Rosa se ofrece de intérprete y, en un gesto de honestidad y camaradería, reproduce en alemán con igual efusividad la diatriba que Jaurès le había lanzado.

Desde lejos no se ve: la revolución rusa de 1905 como parteaguas

En enero de 1905 estalla la revolución en Rusia, abriendo una nueva fase no solamente en el inmenso imperio zarista, sino también a escala europea. Por su radicalidad, los acontecimientos mes a mes sorprenden hasta a los dirigentes más curtidos, y a ella la cautivan a tal punto que, a finales de año, decide viajar clandestinamente a Varsovia junto a Leo Jogiches, con documentos falsos que la identifican como “Anna Matschke”. Parten de la estación de Berlín en un tren atestado de soldados y donde Rosa es la única mujer en toda la formación, para incorporarse al fragor de la lucha y conocer de primera mano el proceso

insurreccional. Llegan allí el 30 de diciembre de 1905 y se suman de lleno a la agitación y acompañamiento de la lucha que libra el proletariado en el último tramo del proceso insurreccional.

Escribe en periódicos, elabora documentos y difunde octavillas, debate con trabajadores, asiste a mítines y colabora en las barricadas. Rosa se encuentra en el ojo del huracán y la intensidad se respira a cada instante en lo que considera una inmensa escuela a cielo abierto. El “atrasado” pueblo ruso brinda, según su lectura, hondas enseñanzas al “avanzado” Occidente. En marzo de 1906 es detenida y sufre cuatro meses de encierro, tras lo cual es liberada por su delicado estado de salud y fianza mediante, expulsada de Rusia debido a su condición de “extranjera”. Pero nadie podía quitarle lo bailado, y luego llegará a decir que éstos fueron los meses más espectaculares de su vida.

Establecida en Finlandia, redacta *Huelga de masas, partido y sindicatos*, libro donde analiza el proceso revolucionario aún candente, a la luz de sus aportes para radicalizar el proyecto político del movimiento socialista europeo. Sus provocadoras páginas sirven de combustible para sacudir el inmovilismo, fulminar conciencias y estimular la acción directa en un momento bisagra a nivel histórico, y por ello mismo genera gran malestar en la burocracia sindical y la cúpula de la socialdemocracia alemana. La posición conservadora por parte de estas direcciones, resulta para ella un punto de no retorno que con el transcurrir de los años culminará en abierta ruptura.

Lo cierto es que el Partido Socialdemócrata, al discutir la cuestión de la *huelga de masas* (que lejos estaba de ser un problema teórico, ya que el eje estaba puesto en la pertinencia de su uso para exigencias políticas urgentes, como la modificación del sistema electoral, la defensa de las libertades democráticas o la conquista del sufragio universal) asume una actitud ambivalente que, finalmente, termina cediendo a las directrices y planteos del sindicalismo. Si bien en 1905 se había aprobado una resolución en el Congreso de Jena que reivindicaba su utilización en situaciones concretas, durante el siguiente Congreso –realizado en 1906 en la ciudad de Mannheim– se da marcha atrás y se postula que sólo es posible convocar a una medida de este tenor en casos excepcionales y con el acuerdo previo de los sindicatos. La huelga de masas es de hecho parangonada con la agitación

anarquista y se la rechaza como metodología de lucha pertinente. La burocracia festeja este triunfo y alega que lo que más se requiere en tiempos convulsionados es “calma y tranquilidad”.

La apuesta por iniciativas desde abajo y la crítica hacia la dirigencia socialdemócrata

En 1907 ingresa como educadora en la Escuela de formación del Partido Socialdemócrata alemán, siendo la única mujer que desempeña esa tarea dentro del cuerpo de profesores. Los testimonios de quienes por allí transitan –por lo general militantes elegidos por las organizaciones regionales y provinciales– dan cuenta de su enorme capacidad pedagógica para tornar comprensibles los conceptos y problemas más complejos de la economía política y el marxismo. Producto de la sistematización de las notas de clases, elabora una primera versión de un borrador de libro (que nunca será concluido) al que titula *Introducción a la economía política*. Con un lenguaje sencillo y sin vulgarizar ideas, da un primer acercamiento crítico a esta “disciplina”, y analiza formas de vida comunitaria y sociedades no capitalistas, en particular de tiempos pasados, poniendo en cuestión la concepción lineal y evolucionista del devenir histórico, así como la supuesta eternidad de la propiedad privada.

La vida personal y política de Rosa sufre ese año varias desavenencias. A las críticas cada vez más enconadas que recibe de parte de los sectores conservadores del partido, se suma la ruptura definitiva de su relación amorosa con Leo Jogiches, tras 17 años de continuidad casi ininterrumpida. Al poco tiempo de esta separación, inicia un romance con Konstantin Zetkin, de 22 años, hijo de su amiga y militante feminista Clara Zetkin.

Ese mismo año participa en Londres del congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, donde brinda un discurso sobre la cuestión nacional en Polonia que es aprobado por los bolcheviques. Éste es quizás uno de los momentos de mayor proximidad con ellos, al punto tal que Lenin le propone ingresar al partido y colaborar con el periódico ruso *Proletarii*, aceptando ella sólo esta se-

gunda opción. Ya de regreso a Alemania, debe cumplir la condena de dos meses de prisión, tras lo cual se reincorpora a la actividad política.

En 1910 una serie de hechos hacen que la relación con Karl Kaustky –máximo albaacea teórica de la socialdemocracia alemana y europea– se desmorone y cruja hasta la completa enemistad. Las críticas hacia sus escritos y posiciones no eran del todo nuevas, ya que dos años atrás había confesado en una de sus cartas que leer sus textos “es como una repugnante serie de telarañas (...) que sólo puede uno deshacer mediante el baño mental de leer al propio Marx” (Nettl, 1974: 334). Lo cierto es que, en esta nueva ocasión, la polémica se inicia con la negativa por parte de Kautsky de publicar en *Die Neue Zeit* un artículo de Rosa acerca de la huelga de masas, salvo que eliminase un fragmento donde reivindicaba la constitución de una República en Alemania. El altercado da lugar a un cruce de opiniones entre ambos, con un tono cada vez más beligerante, en torno al tipo de lucha pertinente para conquistar ciertos derechos políticos (Kautsky sugiere aquí la llamada “estrategia de desgaste”, basada en una acumulación paulatina de fuerzas que evita cualquier confrontación abierta con el poder estatal), que trae aparejado el quiebre total de la relación entre ambos.

A este hecho se suma en 1911 una polémica acerca de la llamada “crisis de Marruecos” (provocada por la incursión de un crucero alemán en este territorio, leída por ciertos sectores europeos como provocación contra Francia), que implica una dura pelea con August Bebel, máximo líder del partido, lo cual no hace sino aumentar el aislamiento y la desconfianza hacia la figura de Rosa por parte de la cúpula de la socialdemocracia alemana. Por ese entonces, también sufre injurias antisemitas en órganos de prensa del nacionalismo polaco, que llegan a insinuar que su defecto físico es un claro ejemplo de la degeneración judía.

Producto del trabajo de todos estos años en la Escuela de formación del partido, en 1913 publica el libro *La acumulación del capital*, su obra de mayor profundidad teórico-analítica, donde se anima a revisar ciertas lagunas y errores que, de acuerdo a su caracterización, plantea Marx en *El capital* respecto del estudio del capitalismo en su génesis y expansión histórica real, poniendo el foco en la relevancia que tienen en él los territorios de la periferia global no subsumidos a la lógica de acumulación colonial e imperialista.

El cataclismo de la primera guerra mundial

Inmersa Alemania en un clima de creciente patriotismo, y con el atentado de Sarajevo como trasfondo, el 4 de agosto de 1914 el bloque de diputados socialdemócratas vota en el Reichstag a favor de los créditos de guerra exigidos por el gobierno para intervenir en el conflicto bélico desatado a escala europea. El argumento esgrimido por ellos es “la defensa de la Patria”. Rosa expresa con tremenda bronca y desazón que después de esa fecha, la socialdemocracia alemana se había convertido en “un cadáver maloliente”.

El grupo antimilitarista que conforman, entre cuyos miembros se encuentran Clara Zetkin, Franz Mehring y Karl Liebknecht, edita un periódico de agitación bajo el nombre de *Die Internationale* (La Internacional) del que logran sacar un primer número a la calle. En sus páginas Rosa ironiza acerca de este momento trágico y escribe que “el llamamiento histórico del *Manifiesto Comunista* experimenta una adición esencial, y después de la corrección introducida por Kautsky, reza: ¡Proletarios de todos los países, uníos en tiempos de paz y degollaos mutuamente en tiempos de guerra!” (Frölich, 1976: 303).

En 1915 es encarcelada precisamente por su militancia contraria a la guerra. Durante los meses que se encuentra en prisión, sin descuidar su pasión por la botánica y la escritura de cartas de profunda significación afectiva, redacta *La crisis de la socialdemocracia*, conocido como el folleto *Junius*, por el seudónimo con el que se publica en abril de 1916. De amplia difusión en Europa, se convierte en uno de los materiales más contundentes de denuncia del estrecho vínculo entre guerra y disputa interimperialista, donde lanza su famosa consigna ¡Socialismo o barbarie!

A partir del 1 de enero de 1916, el grupo de izquierda internacionalista decide constituirse como núcleo organizado al interior del Partido Socialdemócrata, y hacer públicas sus posiciones a través de una serie de “Cartas de información” que distribuyen en las calles con el nombre de “Spartakus”. Rosa colabora desde la cárcel con el proyecto y escribe varias de estas misivas, que se conocen como *Cartas de Espartaco*. Si bien logra salir de prisión, a los pocos meses es nuevamente detenida, y ya no será liberada sino hasta el derrumbe del imperio alemán.

La revolución rusa vivenciada entre rejas

Mientras Rosa cumple condena en prisión, se produce en Rusia una segunda revolución en 1917, cuyo inicio se da un 8 de marzo en las barriadas obreras de Petrogrado, por iniciativa de trabajadoras que salen a las calles a protestar en contra del zarismo y por la hambruna que padecían en sus hogares. La movilización, de carácter espontáneo, sorprende una vez más a los dirigentes más experimentados³ y desencadena una huelga política de masas donde las mujeres y el proletariado en general tienen un papel clave, con consignas puestas en la dimensión reproductiva de la vida. Este ciclo de luchas culmina con la caída del zar Nicolás II, constituyéndose un gobierno provisional. No obstante, en paralelo a esta instancia estatal, los sóviets (consejos) devienen fuente embrionaria de un poder popular que, a lo largo de los convulsionados meses que se suceden, cobra cada vez mayor importancia, hasta que en octubre se produzca la insurrección liderada por los bolcheviques y estos órganos de autogobierno asuman todo el poder.

En Alemania la continuidad de la guerra genera un descontento cada vez más grande, lo que lleva a que un bloque de diputados socialistas decida no acompañar con su apoyo al gobierno, dando lugar a la creación del Partido Socialista Independiente (USPD). A pesar de las críticas que le realiza a esta nueva plataforma, el espartaquismo se suma a ella, aunque sin perder su autonomía organizativa propia. Mientras tanto, Rosa lee cuanto puede acerca de los acontecimientos en Rusia, y a los pocos días de la constitución del primer gobierno soviético

3 Cabe recordar que, en ese mismo momento, Lenin se encontraba exiliado en Zúrich, balbuceando que ojalá sus nietos tuvieran la oportunidad de ver un proceso revolucionario en Rusia en algún futuro remoto, y Trotsky pasaba, también como emigrado, largas horas en la biblioteca de Nueva York estudiando la estructura económica de los Estados Unidos. De acuerdo a varias fuentes de la época, los representantes de los bolcheviques en territorio ruso trataron de calmar a las obreras que se preparaban para celebrar activamente el “día de la mujer” previsto para esa jornada. Sin embargo, aquellas osadas trabajadoras hicieron caso omiso y, al igual que otras tantas figuras anónimas e imperceptibles de la historia reciente, resultaron ser las verdaderas tejedoras del inicio de esta revolución. Marcel Liebman, uno de los más lúcidos historiadores de la revolución rusa, supo afirmar de manera irónica y desde una perspectiva a tono con Rosa que “el movimiento de febrero de 1917 representa un enigma para quienes no pueden imaginar una huelga sin dirigente, ni una revolución sin tenebrosos jefes que dirigen en la sombra a las ‘muchedumbres-juguete’” (Liebman, 1969: 187).

le escribe desde su celda a varias amistades que “con mano impaciente” toma “cada mañana y cada noche los periódicos del día” para buscar, entusiasmada, noticias e informarse de los sucesos que allí sobrevienen.

Durante el tiempo que se encuentra en prisión, elabora un borrador que jamás publicará en vida, titulado *La revolución rusa* donde, sin dejar de reivindicar el proceso en curso, y atendiendo a las condiciones excepcionales y sumamente adversas en las que se desenvuelven los hechos, formula una aguda crítica tanto a las lecturas liberales y antimarxistas por parte de Kautsky y otros revisionistas alemanes, como hacia ciertas iniciativas defendidas por Lenin y Trotsky que, de acuerdo a su caracterización, resultan erradas y resienten el protagonismo de las masas populares. Entre ellas, el declive de los sóviets, la ausencia cada vez más notoria de canales de participación y debate público que involucra a fuerzas de izquierda y organizaciones no emparentadas con el bolchevismo, y el desencuentro entre socialismo y democracia al momento de pretender sentar las bases de la dictadura del proletariado.

En paralelo, y con su salud en franco deterioro (a mediados de 1918 anota en su diario personal que su peso es de tan sólo 51 kilos), publica algunos artículos anónimos bajo el formato clandestino de las *Cartas de Espartaco*, en los que en un tono más matizado advierte sobre el contexto trágico y por demás hostil de la situación en Rusia, y fustiga el quietismo y la falta de solidaridad del proletariado internacional, en particular del adormecido Partido Socialdemócrata alemán.

La caída del imperio alemán y la liberación de la cárcel

Con Rosa aún apresada en la cárcel de Breslau, el 29 de octubre de 1918 los marineros de la flota alemana en Kiel se amotinan y dan inicio a la revolución alemana. La rebelión se amplifica hacia diferentes puntos del país y del frente, con alzamientos de soldados, movilizaciones callejeras y declaraciones de huelga general. El 6 de noviembre se decreta una amnistía para prisioneros/as políticos/as y el 8 de noviembre Rosa es liberada.

El imperio se derrumba en medio de un clima de agitación y protesta popular sin precedentes, y la socialdemocracia se apresura a proclamar la República, sin

que exceda los contornos de un régimen democrático-burgués. Bajo el nombre de Consejos de Comisarios del Pueblo se constituye un nuevo gobierno, compuesto por tres integrantes del Partido Socialdemócrata y tres del USPD. Por su parte, el espartaquismo y los sectores más radicales de la izquierda, con Karl Liebknecht a la cabeza (quien había sido liberado el 23 de octubre), declaran la República socialista y el 10 de noviembre lanzan un “Llamamiento a los obreros y soldados de Berlín” para constituir y multiplicar los Consejos.

Tras su salida de la cárcel, Rosa viaja hacia Berlín para sumarse a las actividades de lucha y agitación que sus camaradas despliegan en las calles. Llega a vivir poco más de dos meses –tal vez los más intensos de su ajetreada existencia– inmersa en un clima de impugnación de todo lo estatuido y emergencia de formas novedosas de autoorganización popular. Si la revolución acontece cuando *lo extraordinario deviene cotidiano*, ella parece nadar en una marea de este tenor.

Consejos de obreros y soldados surgen por doquier, los mítines y asambleas multitudinarias son parte del paisaje en puntos neurálgicos de la ciudad, al igual que las movilizaciones, intentos de asalto de comisarías y choques con las fuerzas del orden. Durante estas intensas semanas de extrema convulsión, asume la dirección del periódico *Die Rote Fahne* (Bandera Roja), que es editado al comienzo en una imprenta requisada por la militancia espartaquista, y participa de diversas iniciativas en sintonía con el proceso de activación de masas que se vive en el país. Desde aquellas páginas de agitación expresa que las masas han de aprender a dejar de ser las inertes máquinas que el capitalista sitúa en el proceso de producción para convertirse en las conductoras pensantes, libres e independientes de su propio proceso (Luxemburgo, 2009a: 68).

Asiste entusiasmada, y a la vez con un cierto dejo de angustia hacia los acontecimientos, ya que, si bien éstos le permiten confirmar la importancia de la espontaneidad y la capacidad de empuje e iniciativa que en este proceso revolucionario ostenta la clase trabajadora, resulta evidente –y así lo testimonia en más de un escrito contemporáneo al devenir de los hechos– que aún falta cierta “madurez” y formación política en las masas, para asumir los enormes retos que esta coyuntura de crisis aguda les depara. Y es que lo que suele escasear en momentos como éstos, sugiere Rosa, es tiempo.

De la fundación del Partido Comunista Alemán a la contraofensiva represiva

Entre noviembre y diciembre se producen en Berlín una conjunción de acontecimientos que condensan la dinámica de la lucha de clases en toda Alemania. Sectores de izquierda radical encabezados por el espartaquismo intentan tomar por asalto el Cuartel General de Policía, grupos de oficiales y soldados de ultraderecha que responden amedrentando al proletariado, ocupaciones de edificios públicos y combates callejeros signan cada día. A mediados de diciembre se inaugura el Primer Congreso de los Consejos de trabajadores y soldados, donde cuentan con una holgada mayoría delegados que responden a la tendencia más conservadora de la socialdemocracia y la incidencia de los espartaquistas es ínfima. En una actitud suicida, esta instancia máxima ratifica al gobierno provisional y apoya la convocatoria a elecciones generales para una Asamblea Nacional el 19 de enero. Aun así, los Consejos logran perdurar y su ejemplo se irradia a buena parte del territorio nacional.

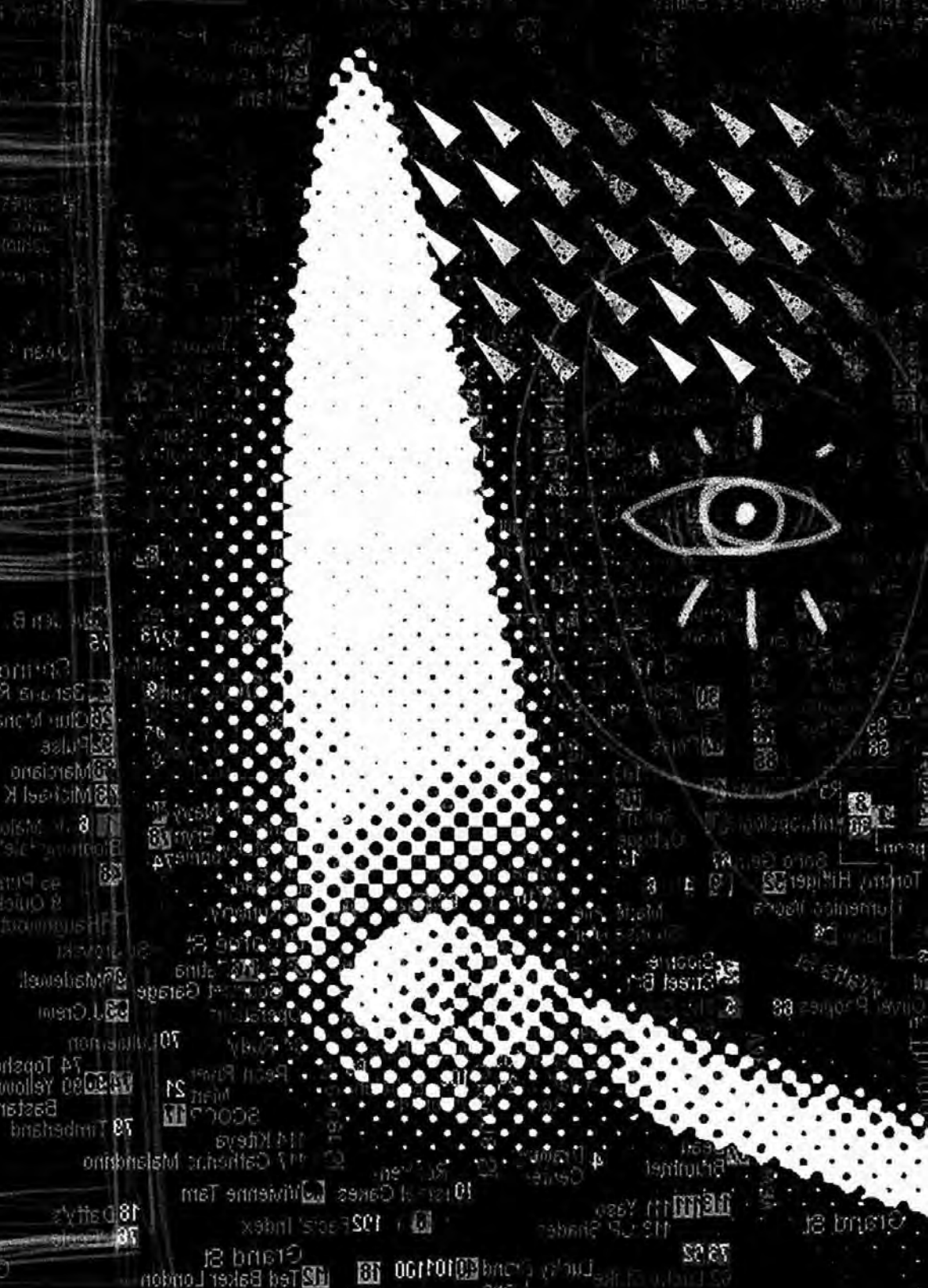
Tras este desenlace frustrado, y luego de acalorados debates acerca de su pertinencia, a finales de diciembre la Liga Espartaco decide convertirse en partido político, por lo que el 29 de diciembre se realiza el congreso fundacional del Partido Comunista Alemán. A él se suman sectores de la izquierda radical de Bremen y delegados de fábrica de varias regiones del país. Rosa brinda esa jornada un enfervorizado discurso, conocido luego con el nombre de “Nuestro programa y la situación política”.

Los primeros días de enero se viven momentos de extrema agitación. En una clara provocación, el gobierno socialdemócrata intenta destituir a quien es jefe de la policía en Berlín, Emil Eichhorn, un respetado periodista y dirigente izquierdista del USPD. Como respuesta, el día 5 se genera una movilización multitudinaria en la ciudad, donde se exige la renuncia del gobierno encabezado por Friedrich Ebert. La medida de fuerza es acompañada con una huelga a la que se pliegan cientos de miles de trabajadores. Envalentonados, sectores espartaquistas consideran que es el momento justo para dar inicio a la insurrección. Rosa duda de la situación y evalúa como apresurada la medida. Liebknecht y otros referentes postulan que la coyuntura resulta propicia para pasar a la ofensiva.

Varias estaciones centrales de trenes y edificios públicos son ocupadas, entre ellos el emblemático periódico socialdemócrata *Vorwärts*. Paradójicamente, es Gustav Noske, un destacado miembro de este partido, quien encabeza la cruenta represión de la rebelión popular desatada en las calles de Berlín.

Ya en un contexto de reflujo, el 15 de enero por la noche, integrantes del *Freikorps* (cuerpo paramilitar de veteranos del antiguo ejército imperial del Kaiser) detienen a Rosa Luxemburgo y a Karl Liebknecht y los trasladan al Hotel Eden, donde los ultiman a culatazos. Rosa recibe además un tiro de gracia en la nuca y su cadáver es arrojado a las frías aguas de un canal, por lo cual recién varios meses más tarde logra ser encontrado. Pocos días después de este vil asesinato, su amigo y camarada Franz Mehring fallece de pena. Como si esto fuese poco, el 10 de marzo, luego de ser detenido es acribillado Leo Jogiches, antiguo compañero y ex pareja de Rosa Luxemburgo, quien en ese momento se había volcado de lleno a la denuncia pública de su reciente muerte y desaparición.

A la vuelta de la historia, y un siglo más tarde de aquellos cobardes asesinatos, de nosotros/as depende que estas estrellas rojas se enciendan nuevamente, e iluminen frondosos senderos por los que transitar hacia *un socialismo en el que quepan muchos socialismos*. Desde ya, siempre teniendo en claro que aramos sobre un territorio virgen y –como supo escribir Rosa entre rejas– “sólo la experiencia está en condiciones de corregir y abrir nuevos caminos. Sólo una vida llena de fermentos, sin impedimentos, imagina miles de formas nuevas, improvisa, libera una fuerza creadora, corrige espontáneamente sus pasos en falso” (Luxemburgo, 1972c: 76).



CAPÍTULO 2

Conocer el capitalismo para poder combatirlo

Rosa Luxemburgo, figura internacional y figura intelectual y dinámica, tenía también una posición eminente en el socialismo alemán. Se veía, y se respetaba en ella, su doble capacidad para la acción y para el pensamiento, para la realización y para la teoría. Al mismo tiempo era Rosa Luxemburgo un cerebro y un brazo del proletariado alemán

José Carlos Mariátegui

Si hay algo que acompaña a Rosa a lo largo de su vida como la sombra al cuerpo es, sin duda, su vocación por comprender la realidad en la que se encuentra inmersa, en particular las profundas transformaciones que se estaban sucediendo en su tiempo histórico, en aras de potenciar un proyecto revolucionario que lograra eliminar todo tipo de explotación u opresión de la faz de la tierra, y edificar así el socialismo como proyecto civilizatorio alternativo. Para ello, una *brújula* fundamental de acuerdo a su lectura es el marxismo⁴, en la medida en que brin-

4 ¿Habría leído el joven José Carlos Mariátegui el folleto *Junius*, elaborado entre rejas por Rosa Luxemburgo y difundido bajo ese seudónimo en plena guerra mundial? Allí, caracteriza al marxismo en una clave muy similar a la formulada luego por el *Amauta*, quien supo afirmar que él no nos muestra un itinerario, sino que resulta una potente *brújula* para orientar nuestra praxis colectiva:

da aportes sustanciales para el estudio y combate del capitalismo como sistema de dominación. Ahora bien, ¿cómo lo entiende Rosa? ¿Qué interpretación supo hacer de la obra de Marx?

Por desgracia, muchos de los críticos de Rosa –de aquel entonces y también de hoy en día– pasan por alto esta cuestión, y abordan de manera fragmentaria y descontextualizada algunas de sus reflexiones y planteos teórico-políticos, para resaltar supuestos equívocos o bien impugnar apuestas políticas que se desviarían de la “línea” correcta marcada por Marx. De ahí que sea clave comenzar aclarando cuáles son los núcleos principales que, según ella, caracterizan al marxismo, para entender al capitalismo y batallar de manera integral y certera contra él, poniendo el foco también en las características y condicionamientos que tiene América Latina en el marco de este sistema-mundo. Como intentaremos poner en evidencia, Rosa considera al capitalismo como una totalidad que, en tanto proceso contradictorio y en constante dinamismo, involucra a nuestro continente en una relación global, donde el vínculo entre explotación, acumulación por despojo y colonialidad resulta clave.

La especificidad del marxismo: el punto de vista de la totalidad, la praxis y la historicidad

De acuerdo a Rosa, el marxismo constituye una concepción del mundo que nos permite entender la sociedad y a la vez transformarla. Si bien reconoce el carácter inconcluso de la obra de Marx, en particular de los volúmenes de *El capital*, e incluso se anima a polemizar con algunas hipótesis teóricas e interpretativas que se formulan allí, a diferencia de ciertas lecturas dogmáticas que ven en este rasgo distintivo una debilidad estructural del discurso de Marx, no considera que ello sea así en absoluto: “Inacabados como están esos volúmenes ofrecen

“La teoría marxista –sugiere Rosa– puso en las manos de la clase obrera del mundo entero una brújula que le permitía encontrar su camino en el torbellino de los acontecimientos de cada día y orientar su táctica de combate en cada momento en la dirección del inmutable objetivo final” (Luxemburgo, 1972b: 12).

algo infinitamente más valioso que cualquier verdad acabada: estímulo para la reflexión, la crítica y la autocrítica que son el elemento más original de la teoría que Marx nos legó” (Luxemburgo, 2017b: 174).

En efecto, aquel monumental e incompleto libro elaborado por Marx, al igual que otros escritos en la misma tónica, no son interpretados por ella como documentos puramente “científicos” de un académico o erudito. Si lo que se pretende, por ejemplo, es poner en evidencia “la verdadera raíz del enriquecimiento capitalista” –algo que Marx hace de manera magistral, por ejemplo, en los sucesivos capítulos del primer volumen de *El capital*–, es precisamente porque tiene una función político-práctica: fungir como un llamado a la acción, es decir, oficiar de develamiento, denuncia y grito de guerra contra un sistema de explotación y dominación al que es imperioso superar. De ahí que postule que “la explotación sólo se podrá acabar si se suprime la venta de la fuerza de trabajo, esto es, el sistema asalariado” (Luxemburgo, 2017b: 166).

Por lo tanto, la potencia del marxismo no está dada solamente por su rigurosidad “científica” en explicar la realidad y sus fundamentos últimos, sino también y, sobre todo, en su capacidad para cuestionar el tipo particular de relaciones sociales existentes como orden “natural” o imposible de modificar. Olvidada y traicionada por la sociedad burguesa –ironiza Rosa– la crítica de la economía política como denuncia y develamiento de las relaciones de poder en el capitalismo, busca encontrar en la clase trabajadora “no sólo comprensión teórica sino también una realización práctica” (Luxemburgo, 1972: 78). De ahí que podamos afirmar que Rosa entiende al marxismo como una *filosofía de la praxis o ciencia revolucionaria*, que amalgama conocimiento exhaustivo y apuesta militante, ya que, como indica Michael Löwy, para ella “el marxismo no era una Summa Teológica, un conjunto petrificado de dogmas, un sistema de verdades eternas establecidas de una vez para siempre, una serie de proclamas pontificales marcadas con el sello de la infalibilidad; pero sí, contrariamente, un método vivo que debe ser constantemente desarrollado para aprehender el proceso histórico concreto” (Löwy, 1981: 77).

Algunos presupuestos son claves para Rosa al momento de reivindicar al marxismo y su método dialéctico: en primer lugar, la *praxis*, como unidad indisolu-

ble de teoría y acción, articulación orgánica entre pensamiento y práctica; en segundo término, la perspectiva de *totalidad*, esto es, el punto de vista a partir del cual examinar los fenómenos y procesos humanos; finalmente, la *historicidad*, es decir, el carácter transitorio (no eterno ni inmutable) del sistema capitalista y del entramado de relaciones sociales que lo configuran.

Una de las principales preguntas que siempre surgen en los debates teóricos y políticos es cómo podemos conocer la realidad. Algo fundamental para esto es entender que conocemos el mundo en la medida en que lo transformamos, es decir, que nos apropiamos o bien intervenimos en él. Esto significa que es posible conocer el mundo no solamente porque formamos parte, sino también debido a que, como pueblos y clases subalternas, hemos contribuido a su creación. Buena parte de lo que nos rodea, ha sido creación nuestra: las casas y edificios, las plazas, lo que consumimos, aquello con lo que nos vestimos, etc. Todo esto es producto del esfuerzo de la clase trabajadora y los sectores populares, es decir, de nuestro trabajo cotidiano, aunque se nos presente –producto de lo que Marx llama el “fetichismo mercantil”– como algo totalmente ajeno y desvinculado de nuestro hacer colectivo.

Por lo tanto, el conocer (el reflexionar, el pensar, el preguntarnos por qué las cosas son como son y no de otra manera), se relaciona estrechamente con el hacer, es decir, con la transformación del mundo, con nuestra intervención crítica en él. Este vínculo entre teoría y práctica, entre conocimiento y acción, ha sido denominado por Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach* como *praxis*: “Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen a la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica”, por lo que “la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana, o cambio de sí mismo, sólo puede ser tomada y racionalmente comprendida como *práctica (praxis) revolucionaria*” (Marx, 1994: 230-231).

Para ejercitar nuestra *praxis* (es decir, para poder interpretar al mundo y a la vez aportar a su transformación), existen algunos conceptos importantes, que nos ayudan a conocer mejor la realidad. Uno de ellos es, en efecto, el de *totalidad*, que evita sucumbir a la “apariencia” de los hechos. Muchas veces lo que

ocurre en nuestra vida cotidiana, o lo que los medios hegemónicos de comunicación muestran (por ejemplo, la televisión y los diarios de circulación masiva), se nos presenta como algo caótico, confuso, fragmentado, dividido en “parcelas” o “dimensiones” que al parecer nada tienen que ver unas con otras, o bien como fenómenos que, al acontecer en territorios distantes a nivel geográfico, no condicionan a –ni mantienen vínculo alguno con– lo que nos ocurre a diario. Lo que le pasa a la economía de nuestro país no parece relacionarse con lo que ocurre en el resto del mundo, así como lo que hacen (o dejan de hacer) los políticos y empresarios parece no tener nada que ver con lo que sucede en nuestros barrios, poblaciones y comunidades. Esta mirada fragmentada nos hace creer que la economía va por un carril, la política por el otro, la cultura a su vez por otro también diferente y desconectado, y así sucesivamente; o bien que lo que sucede en nuestra vida “privada” (por ejemplo, adentro de nuestras casas) no está condicionado por la manera en la que está estructurada nuestra sociedad, o por los valores, ideas y costumbres que en ella predominan.

Esta visión fragmenta a la sociedad en una serie de “compartimentos” o dimensiones desvinculadas entre sí: la política, distinta y separada de la economía y de la cultura; lo “público” diferente de lo “privado”; las necesidades inmediatas, desacopladas del horizonte socialista por el cual se lucha; el espacio del barrio o territorio en el que se milita, sin relación alguna con los otros ámbitos, proyectos e iniciativas que impulsan las organizaciones y movimientos populares en el resto de la ciudad, de la provincia o región; las crisis que acontecen en otras latitudes o continentes, como algo totalmente ajeno a lo que ocurre en nuestro país.

A contramano de esta mirada parcial, de acuerdo a Rosa, el punto de vista de la *totalidad* nos permite entender que cada una de estas dimensiones de la realidad son *momentos, dimensiones o aristas de una unidad*. Por lo tanto, es preciso entender que la sociedad en la que vivimos debe ser vista como una unidad contradictoria, síntesis de múltiples determinaciones. Esto implica tener una mirada *integral*, partiendo de la configuración del conjunto (lo global), que es el que en última instancia condiciona a cada uno de los elementos que conforma dicha totalidad.

Entonces, el punto de partida para analizar la realidad, de acuerdo a Rosa, es entenderla como una *unidad* donde cada dimensión o elemento cobra sentido y tiene una función específica conforme a la estructura general o sistema (la totalidad) que le da forma y coherencia. Porque los mismos elementos o aristas pueden cumplir funciones o bien tener un sentido distinto, según cómo sea la organización del conjunto y de acuerdo al lugar que ocupan en él. Lo importante es resaltar la inter-dependencia (la conexión mutua) de cada uno de estos elementos entre sí, es decir, el no verlos como “compartimentos aislados”, sino como *momentos o dimensiones de una totalidad concreta*.

Lo específico del marxismo

Lo que diferencia decisivamente al marxismo de la ciencia burguesa no es la tesis de un predominio de los motivos económicos en la explicación de la historia, sino el punto de vista de la totalidad. La categoría de la totalidad, el predominio universal y determinante del todo sobre las partes es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y que puso, de modo original, en la base de una ciencia totalmente nueva (...) y lo que hay de fundamentalmente revolucionario en la ciencia proletaria no consiste solamente en el hecho de que contrapone los contenidos revolucionarios a la ciencia burguesa, sino principalmente en la esencia revolucionaria de su método mismo. El predominio de la categoría de la totalidad es el portador del principio revolucionario en la ciencia.

György Lukács, *Rosa Luxemburgo como marxista*
(1985: 103-104)



En uno de sus artículos más lúcidos en torno al pensamiento de Rosa Luxemburgo, György Lukács ya había expresado que, si bien “el aislamiento abstractivo de los elementos de un amplio campo de investigación o de complejos problemáticos sueltos o de conceptos dentro de un campo de estudio es inevitable, lo decisivo es saber si ese aislamiento es sólo un medio para el conocimiento del todo, o sea, si se inserta en la correcta conexión total que presupone y exige, o si el conocimiento abstracto de las regiones parciales aisladas va a preservar su autonomía y convertirse en finalidad propia” (Lukács, 1985: 104). Si se opta por esta última concepción, se reifica la mentalidad burguesa “que atomiza la sociedad, que ve a las cosas en lugar de los procesos, que busca escapar a las contradicciones aislando los fenómenos, y si se acepta considerar cada cosa en sí misma, abstraída de la totalidad de lo real, sin ver las repercusiones que tiene sobre el proceso histórico, entonces cualquier precio se convierte en aceptable también para el movimiento obrero, pero se hace eso a costa de la renuncia del carácter socialista del movimiento mismo, que sólo se expresa en una visión de conjunto” (Basso, 1977: 39).

Asimismo, cabe advertir que este método dialéctico no se restringe, en el caso de Rosa, a un mero entendimiento del devenir histórico (algo sin duda de todas maneras central dentro de la tradición marxista), sino que además supone considerar a la óptica desde la cual concebir y plasmar en la realidad misma la estrategia revolucionaria, amalgamando ciencia y transformación: “La obra de Rosa Luxemburgo consiste precisamente en el esfuerzo por introducir el método dialéctico de Marx en el centro de la lucha de clases, de hacerlo no sólo un método para la interpretación de la historia y el análisis de la sociedad presente, sino un método que se utiliza, además, para hacer la historia, esto es, se le aplica a la acción de grandes masas y a la construcción consciente del futuro” (Basso, 1977: 23).

Si ciertos marxistas conciben la historia (o al decir de ellos, la “Historia”, con mayúscula) como un suceder ajeno a la acción humana, mero acontecer signado por estructuras que lo trascienden y aplastan, mientras que otras lecturas –igualmente antidialécticas– hacen de ella una cera virgen moldeada a capricho y sin ningún tipo de condicionamientos por los seres humanos, Rosa intenta *articular sujeto y estructura*, iniciativa y lucha de clases sin desligarlos de los contextos y determinaciones múltiples que signan su devenir. Para ello, retoma

a Marx y lo interpreta en una clave compleja, desde esa totalidad concreta y en función de una dialéctica que evita cualquier determinismo y subjetividad antojadiza: “Los hombres no hacen la historia arbitrariamente, pero la hacen por sí mismos. El proletariado depende en cuanto a su actuación del grado de madurez de la evolución social, pero la propia evolución social no discurre al margen del proletariado, es su muelle impulsor y su causa en la misma medida en que es su producto y su consecuencia. Su acción es una parte codeterminante de la historia. Y si no podemos saltar por encima de la evolución histórica, de la misma forma que un hombre ni puede saltar por encima de su sombra, lo que sí podemos hacer es acelerarla o detenerla” (Luxemburgo, 1972b: 22).

En efecto, será esta capacidad para entender no solamente la dinámica de funcionamiento de la sociedad capitalista, sino el propio proceso revolucionario como en sí mismo dialéctico y contradictorio, lo que le permite a Rosa repensar la revolución bajo la original perspectiva abierta por el Marx maduro radicado en Inglaterra. Esta insistencia de Rosa –remarcada por Lelio Basso, uno de sus intérpretes más lúcidos– en poner de relieve la importancia del método dialéctico y “el significado de su referencia continua a la totalidad, se debe a que ésta es la clave para comprender no sólo su constante polémica con el revisionismo sino toda su estrategia revolucionaria”, basada en el “restablecimiento de la unidad dialéctica entre acción cotidiana y objetivo final revolucionario” (Basso, 1977a). Y es que, como ha indicado Michael Löwy, para Rosa Luxemburgo “la referencia a la totalidad es siempre la referencia al proceso histórico; no hay para ella estructura petrificada e inmóvil: se niega a absolutizar la estabilidad relativa de las articulaciones del todo” (Löwy, 1981a: 84).

Esta totalidad o unidad debe concebirse, por tanto, como algo *dinámico*, es decir, en permanente transformación y cambio, a raíz de su carácter *histórico*. La totalidad no es un sistema estático, rígido o inmóvil, sino que se encuentra siempre en movimiento, es por definición inacabada y tiene una génesis concreta. Debe ser, pues, vista como un *proceso* y no como una sucesión de hechos desconectados entre sí, ni tampoco como una serie de fenómenos analizados de manera aislada. La esencia del marxismo, dirá Rosa, “no consiste en una u otra opinión sobre problemas corrientes, sino únicamente en la historia (...)

El alma de toda la doctrina de Marx es el método dialéctico-materialista de examinar los problemas de la vida social, método para el cual no existen fenómenos, principios o dogmas constantes e inmutables” (Luxemburgo, 2014: 6).

Pero además de concebir la totalidad de forma *histórica*, es decir, transitoria, dinámica y procesual, una cuestión adicional es entender la totalidad como algo constitutivamente *contradictorio*, lo que significa que en su propio interior coexisten fuerzas contrarias y hasta antagónicas, que tienden a la vez a la unidad y a la oposición. Un claro ejemplo de esto son las clases sociales en nuestra sociedad, configuradas a partir –aunque no sólo– de la relación capital-trabajo: por un lado, está la clase capitalista (que nos explota) y por el otro la clase trabajadora (quienes sufrimos la explotación a diario, al no poseer los medios para subsistir y vernos obligados/as a trabajar). Ambas son fuerzas antagónicas (es decir, con intereses irreconciliables, contrarias unas de otras: ellos quieren explotarnos lo más posible y nosotros/as queremos evitar que nos exploten o despojen de derechos o medios para la reproducción de la vida) pero, al mismo tiempo, una depende de la otra. Los capitalistas dependen de nuestra explotación para obtener sus ganancias, y a la vez nosotros/as dependemos de que ellos nos contraten u ofrezcan trabajo, para así lograr tener un salario y poder reproducirnos. Lo interesante es que la clase trabajadora podría vivir sin capitalistas, pero... ellos no podrían subsistir sin nosotros/as.

Asumir la inter-relación entre las partes, su conexión orgánica, no equivale a diluir sus características específicas, es decir, sus cualidades, lo que tienen de particular. Lo importante es no absolutizar sus rasgos ni aislar completamente cada dimensión, sino analizar su especificidad *en función de la perspectiva de totalidad*. Por ejemplo, es fundamental entender cuáles son los rasgos distintivos y cómo funciona la economía del país en el que vivimos, pero también analizar los factores “externos”, así como las restantes dimensiones “internas”, que han condicionado su devenir histórico y contemporáneo (entre ellos, algunos claves son el imperialismo, la inserción en la división internacional del trabajo, los intereses de las clases dominantes locales y sus nexos con el capital transnacional, el vínculo específico campo-ciudad, las características geográficas del país, su matriz productiva, etc.).

La sociedad como totalidad en movimiento

Uso la palabra totalidad en el sentido marxista y luxemburguiano, de totalidad concreta, de un complejo orgánico de relaciones en el que cada cosa está referida al todo y el todo predomina sobre la parte; pero, naturalmente, no un todo fijo, estático, inmutable, sino un todo que esté él mismo en continua transformación. Por tanto toda separación entre política, economía, derecho, moral, etc., es arbitraria en tanto que se trata de caras diversas del mismo proceso unitario (caras que se pueden distinguir como tales pero no ser separadas de modo abstracto), de la misma manera en que es arbitraria toda separación neta de períodos y fases diversas del proceso histórico en cuanto que cada una comprende en sí la raíz de los desarrollos posteriores y la razón de su propia superación; como también es arbitraria la interpretación en un solo sentido de los hechos aislados, fuera de la totalidad de lo real, como si cada hecho, cada acción, cada movimiento, cada fenómeno no fuese el eslabón de una cadena infinita de acciones y reacciones recíprocas. Sólo quien tiene la conciencia de esta totalidad puede comprender los distintos momentos en que ella se articula, verlos en sus relaciones mutuas, en sus contradicciones intrínsecas, en sus líneas de desarrollo, y sólo quien no presupone conclusiones arbitrarias puede estudiar y analizar concretamente los fenómenos particulares.

Lelio Basso, Rosa Luxemburgo (1977: 24-25)



Y a su vez, debemos entender a cada una de estas dimensiones o elementos como *sub-totalidades*, o como *unidades parciales*, fenómenos o procesos constituidos también por múltiples determinaciones o por diferentes elementos o momentos, cada uno de ellos con sus propias características. La economía, por ejemplo, a la vez que no está aislada del resto de momentos que mencionamos (lo político, lo cultural, el contexto mundial, etc.), tampoco debe entenderse como

un todo indeterminado, sino como un subconjunto específico de relaciones y procesos que interactúan y tienen una coherencia interna, más allá del nivel de la apariencia. Este es precisamente el planteo de Karl Marx en sus borradores conocidos como *Grundrisse*: “El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que todos son miembros de una totalidad, diferenciados dentro de una unidad (...) Así, pues, una determinada forma de la producción determina también formas determinadas de consumo, distribución e intercambio, y determinadas relaciones entre los diversos momentos (...) Hay [por lo tanto] interacción entre los diversos momentos. Así ocurre en cualquier todo orgánico” (Marx, 1997: 20)⁵.

El vínculo orgánico entre capitalismo y colonialismo

Para Rosa el capitalismo como totalidad no implica solamente la explotación de la clase trabajadora por parte de la burguesía, sino también –en particular en su faceta imperialista y visto desde nuestra realidad latinoamericana– una dinámica de colonialismo y sujeción de pueblos enteros a los que se busca diezmar y expoliar, en función de la avidez de acumulación capitalista de los centros de poder global. Desde finales del siglo XIX, ella se encarga de denunciar la expansión brutal de los imperios y potencias europeas hacia África y América, así como las consecuencias profundamente negativas que este avasallamiento implica para las formas de “economía natural” y modos de vida de las poblaciones autóctonas, aunque no desde una mirada derrotista que celebre su supuesta inevitabilidad. Al decir

5 Al respecto, dos ejemplos interesantes de aprehensión y análisis desde el punto de vista de la totalidad, elaborados ambos en realidades del Sur global, son los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, escritos por José Carlos Mariátegui en 1928, y *La cuestión meridional*, redactado por Antonio Gramsci en 1926. En ambos casos, los autores intentan entender cuáles son las características principales de sus respectivas sociedades (Perú en el caso de Mariátegui, Italia en el de Gramsci), atendiendo a las diferentes dimensiones que las co-constituyen (lo económico, lo cultural, lo político, lo literario, lo histórico, etc.). Sus puntos de vista intentan por tanto combinar el análisis de lo que se conoce como “estructura” de la sociedad (por ejemplo, la trama de relaciones materiales a partir de las cuales los seres humanos producen y reproducen su vida) con el estudio de la dimensión “superestructural” (la cultura, las ideas y costumbres arraigadas en las clases y grupos sociales, el tipo de Estado, etc.). Al respecto, véase Mariátegui (1975) y Gramsci (2003a).

de Horacio González, descubre en la realidad de este mundo periférico, aún no anexado del todo por el capitalismo, “una fascinante posibilidad de pensar el remate terminal del ciclo burgués” (González, 1999: 263).

En efecto, de manera constante, Rosa confronta con las posiciones chauvinistas (ancladas en un positivismo extremo y en teorías evolucionistas en boga por esta época) de sectores importantes de la socialdemocracia alemana y de otros países, que llegan incluso a postular –sin sonrojarse– la necesidad de una “política colonial socialista”.

Si bien ya en un Congreso socialista realizado en Ámsterdam había aparecido este planteo de la mano del socialdemócrata holandés Henry Van Kol, es durante el Congreso de Stuttgart realizado en 1907 que la polémica asume su real dimensión. Allí, este dirigente se pregunta nuevamente si “¿debemos condenar toda posesión colonial, en todos los casos, las épocas y los lugares?”, ante lo cual responde que “hasta la sociedad socialista del futuro deberá elaborar su política colonial, reglamentando las relaciones de los países que han alcanzado en la escala de la evolución económica un grado superior al de las razas atrasadas”. De ahí que se interrogué si “¿Podemos abandonar la mitad del globo al arbitrio de pueblos que aún no han superado el período de la infancia, que no aprovechan las enormes riquezas del subsuelo de sus países y no cultivan las partes más fértiles de nuestro planeta?”⁶ y concluya expresando que una política colonial

6 Nótese que el argumento es similar al utilizado por varios gobernantes en América Latina durante las últimas décadas, frente a los pueblos y comunidades indígenas que rechazan la incursión de proyectos extractivistas en sus territorios. A modo de simple ejemplo, basta citar el artículo escrito por el ex presidente de Perú, Alan García, titulado “El síndrome del perro de hortelano”, donde retoma este dicho popularizado en una comedia de Lope de Vega, en la que el perro ni come (porque al no ser vegetariano, no consume las verduras del huerto) ni deja comer (debido a que no permite que nadie se las coma), para denunciar el “atraso” en el que los pueblos y comunidades indígenas y campesinas sumen a Perú, a raíz de su terca resistencia frente a este tipo de políticas de despojo. En este escrito, publicado en 2007 en uno de los diarios de mayor circulación en el país andino, concluye afirmando que “frente a la filosofía engañosa del perro del hortelano, la realidad nos dice que debemos poner en valor los recursos que no utilizamos y trabajar con más esfuerzo. Y también nos lo enseña la experiencia de los pueblos exitosos, los alemanes, los japoneses, los coreanos y muchos otros. Y ésa es la apuesta del futuro, y lo único que nos hará progresar”. Véase *El Comercio*, 28 de octubre de 2007, Lima.

socialista constituye sin duda “una obra de civilización” (Schram y D’Encausse, 1974: 126-127).

Es interesante el paralelismo que Van Kol traza entre los pueblos sometidos al dominio colonial y la niñez: “En la mayor parte de los casos –argumenta–, no se podrá renunciar a las antiguas colonias porque éstas no resultan capaces de autogobernarse y, debilitadas por una centenaria tutela, caerían en la anarquía y la miseria. Abandonar totalmente al niño débil e ignorante, que no puede prescindir de nuestra ayuda, equivaldría a hacerlo víctima de una explotación sin barreras o entregarlo a otros dominadores”, por lo que “en las colonias, la socialdemocracia tendrá que apoyar a los débiles, instruir a los no desarrollados y educar al niño que nos confiaron para convertirlo en un hombre fuerte que ya no necesite de nuestra ayuda” (Van Kol y otros, 1978: 24).

La analogía resulta clave para entender la configuración del capitalismo colonial moderno y su entrelazamiento con la dominación adultocéntrica, ya que, como sostiene Manfred Liebel, “el ser y la existencia de niñas y niños, así como los conceptos y las visiones de infancia que desde la Edad Media tardía han sur-

HENRY VAN KOL

(Países Bajos, 23 de mayo de 1852/Bélgica, 22 de agosto de 1925). Fundador del Partido Socialdemócrata Holandés, organización que en 1908 decide expulsar a su ala izquierda (conocida como “tribunista”) y abogar cada vez más por una línea revisionista y de lucha gradual en el terreno legal, reivindicando para ello incluso la colaboración con gobiernos burgueses. Por su conocimiento directo de las Indias ocupadas por Holanda y sometidas como colonias (llegó a vivir varios años en la isla de Java), Van Kol fue uno de los pocos socialdemócratas de la Segunda Internacional con un contacto directo con este tipo de realidades, a raíz de lo cual fue designado informante sobre este tema en los Congresos socialistas internacionales de París (1900), Ámsterdam (1904) y Stuttgart (1907).

gido en Europa, están estrechamente –y diversamente– vinculados con la colonización de otras partes del mundo. En gran parte, el concepto de una infancia separada de la vida de los adultos, ‘libre’ de tareas productivas, pero también marginada de la sociedad, surgió paralelamente al ‘descubrimiento’ y a la colonización del mundo fuera de Europa (desde el siglo XVI). Por un lado, el sometimiento y la explotación de las colonias –primero en América, posteriormente también en África y Asia– constituyeron la condición material para este concepto, pues dieron origen en las ‘madres patria’ a una clase social que vivía en prosperidad material y que podía permitirse privatizar a sus niños, entregándolos a un área reservada de la protección y del cuidado. Por otro lado, el sometimiento de las colonias sirvió de modelo para el sometimiento y la ‘educación’ de la niñez local, independientemente de si pertenecía a la clase dominante o a los grupos subalternos, de tal manera que con todo derecho podemos hablar de una colonización de las infancias o de la infancia moderna como una especie de colonia. Esa visión sirvió de modelo también a las ciencias de la infancia tempranas que apuntaban al control y a la perfección de la infancia. A la inversa, la construcción de la infancia como etapa previa, inmadura e inferior a la adultez fue la matriz para la degradación de seres humanos de cualquier edad en las colonias, concibiéndolos como seres inmaduros, necesitados de desarrollo, que permanecían en un estado de infancia” (Liebel, 2018: 153-154)⁷.

Pero, además, como ha advertido Leopoldo Mármora, estas tesis de Van Kol suponen resentir el vínculo orgánico entre colonialismo y capitalismo, y situarlo

7 Esta asociación entre pueblos indígenas sometidos, territorios coloniales e “infancia” tiene a la filosofía de la historia de Hegel como una de sus máximas expresiones. En sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, menciona que “cuando los jesuitas y sacerdotes católicos quisieron habitar a los indígenas a la cultura y moralidad europea (es bien sabido que lograron fundar un Estado en el Paraguay y claustros en México y California), fueron a vivir entre ellos y les impusieron, como a menores de edad, las ocupaciones diarias, que ellos ejecutaban –por perezosos que fueran– por respeto a la autoridad de sus padres (...) Esta manera de tratarlos, es indudablemente, la más hábil y propia para elevarlos; consiste en tomarlos como niños. Recuerdo haber leído que, a media noche, un fraile tocaba una campana, para recordar a los indígenas sus deberes conyugales. Estos preceptos han sido muy cuerdamente ajustados, primeramente, hacia el fin de suscitar en los indígenas, necesidades, que son el incentivo para la actividad del hombre. Así, pues, los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamientos y fines elevados” (Hegel, 1994: 172).

como una necesidad inevitable del “hombre moderno” y del desarrollo industrial, ya que los revisionistas “creían que la expansión imperialista observable a partir de fines del siglo XIX no era un producto del desarrollo capitalista sino de la ‘moderna sociedad industrial’”; por lo cual, impugnar el colonialismo o la dinámica de sometimiento imperial de territorios de ultramar y pueblos “menores de edad”, equivalía a un rechazo liso y llano del progreso histórico en sí (Mármora, 1978: 13).

El cinismo y la prestidigitación teórica de Van Kol llega a tal punto, que reinterpreta la consigna marxista de la “socialización de los medios de producción”, a la luz de la acumulación por despojo, el saqueo y la apropiación imperial de los bienes comunes, por parte de los centros de poder europeos que buscan garantizar sus exclusivos patrones de consumo. *Lo tuyo es mío y lo mío es mío* parece ser su lema social-imperialista: “¿Acaso no hay que entender por ‘socialización de los medios de producción’ que ‘todos’ los medios para vivir y trabajar tienen que pertenecer a ‘todos’? Sobre esto decidirá el futuro, pero *ya en la sociedad actual las posesiones coloniales resultan inevitables*. El hombre moderno no puede vivir más sin los productos de las regiones tropicales, sin las materias primas imprescindibles para la industria (cotonadas, yute, caucho, marfil, estaño, etc.), sin los medios de subsistencia que de otro modo no se pueden obtener en absoluto o que sólo con extrema dificultad resultan asequibles (café, té, tabaco, nuez moscada, quinina, etc.)” (Van Kol, 1978: 31-32).

No fue éste el único de los asistentes al Congreso de Stuttgart que se manifestó a favor de continuar con las políticas coloniales, incluso en caso de que exista una sociedad socialista en sus respectivos países. Lenin relató *a posteriori* que “las fuerzas de ambas tendencias [quienes apoyaban y aquellos/as que rechazaban la resolución elaborada por Van Kol] resultaron ser tan iguales en número que la lucha llegó a alcanzar un apasionamiento inusitado” (Lenin, 1967: 70). Eduard Bernstein, con quien Rosa ya había polemizado una década atrás por sus posiciones revisionistas, llegó a afirmar en él que “no podemos mantener nuestro criterio puramente negativo en materia colonial (...) Debemos rechazar la idea utópica cuyo objetivo vendría a ser el abandono de las colonias. La última consecuencia de esta concepción sería que se devuelva EE.UU. a los indios. Las colonias existen, por lo tanto, debemos ocuparnos de ellas. Y estimo que una

cierta tutela de los pueblos civilizados sobre los pueblos no civilizados es una necesidad (...) Por eso considero que debemos colocarnos en el plano de los hechos reales y oponer a la política colonial capitalista la política colonial socialista” (Schram y D’Encausse, 1974: 132).

Esta posición, en plena sintonía con los postulados de Van Kol, no era totalmente novedosa en el caso de Bernstein, ya que pueden rastrearse planteos similares en algunos de sus artículos redactados a finales del siglo XIX que dieron lugar al debate sobre el revisionismo marxista en el que intervino de manera enconada Rosa Luxemburgo. En efecto, entre 1896 y 1897, publica *La socialdemocracia alemana y los disturbios turcos*, donde advierte que “los pueblos enemigos de la civilización e incapaces de acceder a mayores niveles de cultura no poseen ningún derecho a solicitar nuestras simpatías cuando se alzan en contra de la civilización (...) Vamos a enjuiciar y combatir ciertos métodos mediante los cuales se sojuzga a los salvajes, pero no cuestionamos ni nos oponemos a que éstos sean sometidos y que se haga valer ante ellos el derecho de la civilización”. De ahí que diferencie –y hasta llegue a impugnar o bien avalar– las resistencias y luchas que libran los pueblos y la clase trabajadora, de acuerdo a la realidad geográfica y socioeconómica donde se produzca y al nivel de “estadio” civilizatorio alcanzado (obviamente, siempre teniendo como patrón de medida al desarrollo obtenido por las potencias de Europa occidental). Por ello no duda en aclarar que no es posible “sentir la misma simpatía frente a cualquier alzamiento de cualquier pueblo poseedor de una cierta cultura. La libertad de alguna nacionalidad insignificante fuera de Europa o en Europa central no puede ser equiparada con el desarrollo de los grandes pueblos altamente civilizados de Europa. Allí donde los intereses de este desarrollo se ven seriamente amenazados por una lucha semejante, no cabe ninguna duda de que debe ser adoptada una actitud de rechazo” (Bernstein, 1978: 49).

En su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, hará también una abierta apología del sometimiento de numerosos pueblos de América, Asia y África y reivindicado en igual sentido la positiva misión civilizatoria realizada por las potencias europeas en estos territorios: “para la opinión pública europea actual –afirma– la subordinación de los nativos a la soberanía de administraciones europeas de ninguna manera está siempre asociada a un

empeoramiento de su situación, sino que muchas veces significa lo contrario. Por mucha que haya sido la violencia, fraude y otras infamias que acompañaron a la expansión de la dominación europea en siglos pasados y que actualmente sigue teniendo vigencia en muchos casos, sin embargo, la otra cara de la medalla muestra que en general los salvajes están mejor ahora, bajo una dominación europea controlada en casa” (Bernstein, 1982: 60).

Pero volviendo al Congreso de Stuttgart, allí Bernstein coincide –si bien con leves matices– con Van Kol y otros miembros de la socialdemocracia europea en la “misión civilizatoria” de una política colonial encarada por la izquierda revisionista. Luego de una discusión acalorada en torno al tema, finalmente el proyecto de moción que reivindica la política colonial es rechazado, aunque tan sólo por 128 votos (negativos) contra 108 (en favor). Rosa Luxemburgo repudia la propuesta, al igual que Lenin y el conjunto de delegados de realidades signadas por situaciones de opresión nacional y étnica (rusos, polacos, búlgaros, serbios y españoles). El único delegado de América Latina, Manuel Ugarte, acompañó esta posición de repudio⁸.

Es importante entender que esta defensa enconada de la política colonial puede ser leída como síntoma y contracara de la hipótesis esbozada por Bernstein a finales del siglo XIX, del mejoramiento relativo de las condiciones de vida de la clase obrera europea que venían a impugnar las –de acuerdo a su visión– erradas interpretaciones de Marx en torno a la pauperización del proletariado. En sentido estricto, esta enorme periferia colonial y neocolonial constituía el “lado oscuro” que tornaba posible la emergencia de aquella aristocracia obrera cada vez más integrada al engranaje del capitalismo, y que a su vez ralentizaba la tendencia a la crisis propia de este sistema-mundo en un contexto signado por una

8 Escritor, periodista y diplomático argentino, Manuel Ugarte (1875-1951) milita durante varios años en el Partido Socialista Argentino, y tiene la oportunidad de vivir en Europa un lapso largo de tiempo, donde participa de diversos Congresos de la Segunda Internacional. Allí conoce, entre otras personalidades, a Rosa Luxemburgo. Tras su intervención en estos debates acerca de la cuestión colonial y migratoria, regresa a la Argentina y toma cada vez más distancia de la posición eurocéntrica y liberal del Partido Socialista, del que termina siendo expulsado. En las décadas siguientes, recorre el continente y publica numerosos libros y artículos, a la vez que edita periódicos y revistas, siempre en favor de las luchas antiimperialistas en América Latina.

nueva fase de carácter imperialista. De ahí la insistencia de Rosa de sostener la perspectiva de la *totalidad* en el análisis de todo proceso histórico, incluido por supuesto el del capitalismo en su fase expansiva y neocolonial.

A pesar de celebrar las restantes resoluciones de este Congreso, Lenin dirá en un breve texto de balance que en él “ha hecho acto de presencia un rasgo negativo del movimiento obrero europeo, rasgo que puede ocasionar no pocos daños a la causa del proletariado (...) la vasta política colonial ha llevado en parte al proletariado europeo a una situación por la que no es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas casi totalmente sojuzgados de las colonias (...) Tales condiciones crean en ciertos países una base material, una base económica para contaminar de chovinismo colonial al proletariado de esos países” (Lenin, 1967: 71).

Romper con el colonialismo intelectual y eurocéntrico

Una de las verdades más permanentes y venerables es la de que el movimiento socialista de los países subdesarrollados tiene que aprender del movimiento más antiguo de los países avanzados. Frente a esta opinión mantenemos nosotros otra: la de que de igual manera pueden beneficiarse los partidos socialistas antiguos y avanzados de un contacto más estrecho con los partidos hermanos más nuevos. Así como el economista marxista –a diferencia de los economistas clásicos burgueses y, especialmente, de los economistas vulgares– no consideran que todos los estadios económicos anteriores al orden económico capitalista sean simples formas “subdesarrolladas” en comparación con la cúspide de la creación, sino tipos históricos y distintos de formaciones económicas por derecho propio, de igual modo para el político marxista los distintos movimientos sociales son individualidades históricas concretas para sí en su diferente grado de desarrollo.

Rosa Luxemburgo, *Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa* (1978: 111)



Luego de estas querellas, Rosa publica en los años sucesivos varios artículos en la misma tónica, entre ellos uno centrado en las maniobras imperialistas mundiales que denuncia la actitud de estas potencias en la isla de Martinica (donde nacerá, años más tarde, Frantz Fanon). Dentro de estas misivas polémicas, merece destacarse su planteo crítico frente a los intentos coloniales del imperio alemán en Marruecos. En un escrito de 1911 titulado *Marruecos*, redactado a partir de la incursión del barco cañonero alemán *Panther* en este territorio africano, escribe que “una tempestad imperialista avanza por el mundo capitalista” e involucra a cuatro potencias de Europa: Francia, Alemania, Inglaterra y España, que se dirimen no solamente el destino de Marruecos, sino también de diversos grandes dominios de la “parte negra” de la tierra (Luxemburgo, 2017a).

En un clima de creciente conflictividad, que preanuncia la guerra interimperialista y de conquista pronta a desencadenarse, Rosa considera que la clase trabajadora no puede ser indiferente ante este hecho atroz de sujeción donde está “en juego la vida o la muerte de miles, así como el bienestar o el sufrimiento de pueblos enteros” (Luxemburgo, 2017a: 412). Es por ello que concluye afirmando que “el proletariado con conciencia de clase no está predestinado a representar, en este proceso finalizador del orden social capitalista, apenas el rol de observador pasivo. La comprensión consciente del sentido interno de la política mundial y de sus consecuencias no es, en el caso de la clase trabajadora, un filosofar abstracto, sino el fundamento intelectual de una política activa”, es decir, “de una hermandad socialista de los pueblos” (Luxemburgo, 2017a: 415-416)⁹.

9 He aquí una afinidad interesante con el joven Antonio Gramsci, quien dirá que la indiferencia termina operando en la historia de manera tan invisible como poderosa. En un breve y hermoso artículo que se llama “Odio a los indiferentes”, el marxista italiano postula lo siguiente: “La indiferencia obra en la historia con fuerza. Opera pasivamente, pero opera. Es la fatalidad; es aquello con lo que no se puede contar, es lo que desbarata los programas, desvirtúa los planes mejor contruidos; es la materia bruta que se rebela contra la inteligencia y la estrangula. Aquello que sucede, el mal que se abate sobre todos, el posible bien que un acto heroico (de valor universal) puede acarrear, no es tanto debido a la iniciativa de los pocos que actúan, sino a la indiferencia, a la prescindencia de los muchos. Aquello que adviene, no lo hace tanto porque algunos quieren que suceda, sino porque la masa de los hombres abdica de su voluntad, deja hacer, deja entrelazarse los nudos que luego sólo la espada podrá cortar, permite promulgar las leyes que sólo la revuelta podrá abrogar, asiste pasiva al ascenso al poder de hombres que luego sólo un motín podrá derrocar. La

La acumulación capitalista como proceso de despojo permanente

Pero más allá de estas intervenciones en congresos o a través de artículos periódicos y folletos de agitación, acaso sea en su libro *La acumulación del capital*, publicado en 1913, donde Rosa brinde mayores elementos teóricos e históricos para dar cuenta del capitalismo desde una perspectiva de totalidad, que no desatienda la centralidad que tiene –aunque pueda resultar paradójico– la “periferia” del capitalismo (y dentro de ella, por supuesto, nuestro continente). Producto de su estudio detallado de economía política y de las clases de la Escuela de formación política del partido, en esta obra postula la necesidad de analizar con ojo crítico el planteo de Marx en *El capital*, ya que, de acuerdo a su lectura, lo que formula en él es un esquema teórico que hace abstracción del proceso histórico real a partir del cual se ha configurado –y desde ese entonces se expande y reproduce– el capitalismo como sistema mundial.

Para validar su hipótesis, Rosa nos recuerda que Marx en el tercer tomo de su monumental e inconclusa obra –donde expone el proceso total de la producción capitalista– expresa textualmente: “Figurémonos la sociedad entera compuesta únicamente de capitalistas y obreros industriales”, así como en el primer tomo aclara en igual sentido que “para conservar el objeto de investigación en su pureza, libre de circunstancias secundarias que lo perturben, tenemos que considerar y presuponer aquí el mundo total comercial como una nación; tenemos que suponer que la producción capitalista se ha establecido en todas partes” (Luxemburgo, 1967: 252-253).

Sin embargo, según Rosa este esquema no se corresponde con *el devenir histórico concreto*, ya que “en realidad no ha habido ni hay una sociedad capitalista que se baste a sí misma, en la que domine exclusivamente la producción capitalista” (Luxemburgo, 1967: 266). En una de las primeras lecturas desde América Latina del libro de Rosa, Armando Córdova ha retomado sus planteos para coincidir en que el resultado de *El capital* fue un modelo teórico abstracto, homo-

fatalidad que parece dominar la historia no es otra cosa que la apariencia ilusoria producida por esta indiferencia, este ausentismo” (Gramsci, 2006: 38).

géneo y cerrado del modo capitalista de producción: “Abstracto, porque en él se dejan de lado las circunstancias históricas concretas en busca de las relaciones esenciales al capitalismo. *Homogéneo*, porque supone una totalidad integrada únicamente por dos clases, capitalistas y obreros. *Cerrado*, porque al abarcar con esa totalidad todo el mundo teórico, se consideraba a las relaciones internacionales como elementos endógenos al modelo” (Córdova, 1974: 21).

De ahí que para Rosa sea importante dar cuenta de la génesis y constitución del capitalismo, demostrando su historicidad y poniendo el foco en los territorios y realidades no subsumidas aún a la lógica de acumulación capitalista. Este proceso –por definición violento– implica una dinámica constante de desarticulación de aquellas formas comunitarias y de propiedad colectiva de la tierra (que en palabras de Rosa hacen parte de la “economía natural”) que aún resisten en la periferia del mundo, así como de despojo y privatización de bienes comunes y su conversión en mercancías.

En *La acumulación del capital* explica que “el capital no puede desarrollarse sin los medios de producción y fuerzas de trabajo del planeta entero. Para desplegar, sin obstáculos, el movimiento de acumulación, necesita los tesoros naturales y las fuerzas de trabajo de toda la Tierra. Pero como éstas se encuentran, de hecho, en su gran mayoría, encadenadas a formas de producción precapitalistas (...) surge de aquí el impulso irresistible del capital a apoderarse de aquellos territorios y sociedades” (Luxemburgo, 1967: 280). Esta lógica expansiva por parte del capital, supone un avance incesante sobre el medio social no capitalista que lo rodea, vastos territorios y realidades que se encuentran sustraídos de esta dinámica expoliadora y forma específica de apropiación de trabajo ajeno.

Por cierto, Marx ya había analizado, en particular en el capítulo XXIV del tomo I de *El capital*, el proceso a partir del cual se configuran las condiciones generales para la emergencia y consolidación del capitalismo, teniendo como referencia histórica exclusiva a Inglaterra. El segundo apartado de este célebre capítulo lleva el sugerente título de “Expropiación de la población rural, a la que se despoja de la tierra”. Y a diferencia de las primeras páginas con las que inicia Marx su propuesta analítica –en donde lo que se describe es el nivel de la apariencia en las sociedades modernas, donde el capitalismo “se nos presenta como

un inmenso arsenal de mercancías”–, en él intenta dar cuenta del grado cero del capitalismo o, mejor aún, de lo que considera “el pecado original” de la Economía Política: la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción.

Tomando como modelo de análisis clásico a la Inglaterra del siglo XV, cuya inmensa mayoría de la población se componía de campesinos libres y dueños de las tierras que trabajaban, Marx realiza una genealogía de la sociedad burguesa, donde la dinámica de *despojo* constituye su eje estructurante. “Los grandes señores feudales –dirá– levantándose tenazmente contra la monarquía y el parlamento, crearon un proletariado incomparablemente mayor, al arrojar violentamente a los campesinos de las tierras que cultivaban y sobre las que tenían los mismos títulos jurídicos feudales que ellos, y al usurparles sus bienes comunales. El florecimiento de las manufacturas laneras de Flandes y la consiguiente alza de los precios de la lana, fue lo que sirvió de acicate directo para esto en Inglaterra” (Marx, 2004: 224).

Hasta ese entonces, estos campesinos que trabajaban para sí mismos disfrutaban del usufructo de la tierra comunal, sobre la que pastaba su ganado y la que les proporcionaba a la vez combustible. Sin embargo, el impulso directo para esta política de despojo lo dio especialmente la expansión de la manufactura lanera flamenca y el consiguiente aumento en los precios de la lana. Más allá de estos causales, lo importante es entender que el sistema capitalista *exigía*, como relata Marx con minucioso detalle, una condición servil de las masas populares, así como la conversión de sus medios de producción (que podríamos denominar “bienes comunes”) en capital, esto es, en mercancías.

Esta depredación de tierras comunales resultó ser, por lo tanto, la precondition para sentar las bases del proceso de acumulación de capital. Sin ella, era imposible abrir paso a la agricultura capitalista, incorporar el capital a la tierra y crear los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la pujante industria de las ciudades, pues como afirmará el propio Marx “la expropiación de la población campesina sólo crea directamente grandes propietarios de tierra”. Es que, para construir este modo de producción, la burguesía tenía como tarea previa la desvinculación entre el productor y sus bienes comunes de autosustentabilidad, de tal forma que se lograra obtener una suerte

de “estado de separación” que tendiera a ser naturalizado por las masas “desposeídas”. Este proceso de transformación de las tierras comunitarias en praderas privatizadas para ser destinadas al ganado distó de ser algo armonioso. Muy por el contrario, la violencia y el pillaje fueron una constante, siendo el Estado –y la legislación que él sanciona y ejecuta de forma cruenta– una variable sumamente relevante en esta arremetida contra la propiedad comunal.

Lo cierto es que, más allá de este capítulo puntual (y de otras alusiones menores en otros apartados de *El capital*), tal como nos recuerda Massimo De Angelis (2012), es posible identificar dos marcos interpretativos centrales que abordan el problema de la acumulación primitiva u originaria en Marx. El primero lo representa el voluminoso estudio de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, elaborado a finales del siglo XIX, y que concibe a la acumulación primitiva como la premisa histórica del modo de producción capitalista, haciendo por tanto hincapié en el proceso de separación entre las personas y los medios de producción durante el período de transición entre modos de producción. “Lenin concebía este proceso como inevitable y, en última instancia, positivo –aunque, en general, se encargó de subrayar las contradicciones implicadas. Sin embargo, estas contradicciones no incluyen una mención de la resistencia campesina contra la expropiación, ni reflexiones acerca de cómo ésta podría haber contribuido a la creación de resultados que contradijeran los requerimientos del desarrollo del capitalismo ruso” (De Angelis, 2012: 3). *La acumulación del capital* de Rosa encarna, precisamente, una segunda y diferente interpretación, en la medida en que “el prerequisite extraeconómico para la producción capitalista –lo que denominaríamos como acumulación primitiva– es un elemento inherente y continuo de las sociedades modernas, y su campo de acción se extiende al mundo entero” (De Angelis, 2012: 4).

En efecto, lo sugerente del planteo de Rosa es que no interpreta a la acumulación originaria exclusivamente como un “momento” acotado en términos históricos (por caso, el acontecido y culminado en Inglaterra siglos atrás), sino en tanto *proceso permanente* que se reimpulsa y actualiza al calor de las crisis y reestructuraciones periódicas del capitalismo como sistema global, en particular en realidades y territorios como los que componen América Latina. Por

ello, además de articular la dimensión temporal (histórica o diacrónica) con la espacial (geo-política y de expansión territorial), traza un estrecho paralelismo entre aquel cercamiento de tierras analizado por Marx en Inglaterra, y la política imperialista desplegada a escala planetaria por las principales potencias a comienzos del siglo XX.

Aún no ha sido suficientemente reconocido el aporte sustancial de Rosa para con las regiones periféricas del mundo, a las que dio visibilidad en la gestación y despliegue del capitalismo como sistema-mundo. En palabras de Ángel Palerm, uno de los antropólogos latinoamericanos más originales, “las teorías contemporáneas sobre el imperialismo y el colonialismo, el intercambio asimétrico y las causas del subdesarrollo económico deben mucho más a Rosa Luxemburgo de lo que sus presuntos autores confiesan” (Palerm, 1980: 78). A través de sus lúcidas reflexiones, se hace posible reconsiderar la historia del capitalismo –sumamente abstracta desde el punto de vista desarrollado por Marx en *El capital*– a la luz del devenir concreto de sus vínculos de interdependencia económica y política con los territorios y segmentos coloniales o “subdesarrollados”, en función de una dialéctica centro-periferia (también enunciada bajo la dicotomía metrópoli-colonia), donde lejos de operar mecanismos meramente comerciales o financieros, el poder de los Estados, las guerras de conquista, los procesos violentos de apropiación y las relaciones de fuerza asimétricas, son una constante de importancia primordial.

La violencia como una constante en la acumulación por despojo

En la acumulación primitiva, esto es, en los primeros comienzos históricos del capitalismo de Europa a fines de la Edad Media y hasta entrado el siglo XIX, la liberación de los campesinos constituye, en Inglaterra y en el continente, el medio más importante para transformar en capital la masa de medios de producción y obreros. Pero en la política colonial moderna el capital realiza, actualmente, la misma tarea en una escala mucho mayor. (...) La dificultad en este punto consiste en que, en grandes zonas de la

superficie explotable de la Tierra, las fuerzas productivas están en poder de formaciones sociales que, o no se hallan inclinadas al comercio de mercancías, o no ofrecen los medios de producción más importantes para el capital, porque las formas de propiedad y toda la estructura social las excluye de antemano. En este grupo hay que contar, ante todo, el suelo, con su riqueza mineral en el interior, y sus praderas, bosques y fuerzas hidráulicas en la superficie, así como los rebaños de los pueblos primitivos dedicados al pastoreo. Confiarse aquí al proceso secular lento de la descomposición interior de estas formaciones de economía natural y en sus resultados, equivaldría para el capital a renunciar a las fuerzas productivas de aquellos territorios. De aquí que el capitalismo considere, como una cuestión vital, la apropiación violenta de los medios de producción más importantes de los países coloniales. Pero como las organizaciones sociales primitivas de los indígenas son el muro más fuerte de la sociedad y la base de su existencia material, el método inicial del capital es la destrucción y aniquilamiento sistemáticos de las organizaciones sociales no capitalistas con que tropieza en su expansión. Aquí no se trata ya de la acumulación primitiva, sino de una continuación del proceso hasta hoy (...) El capital no tiene, para la cuestión, más solución que la violencia, que constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, no sólo en su génesis, sino en todo tiempo, hasta el día de hoy. Pero como en todos estos casos se trata de ser o no ser, para las sociedades primitivas no hay otra actitud que la de la resistencia y lucha a sangre y fuego, hasta el total agotamiento o la extinción (...) El método violento es, aquí, el resultado directo del choque del capitalismo con las formaciones de economía natural que ponen trabas a su acumulación.

Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*
(1967: 283-285)



Para el historiador Adolfo Gilly, esta violencia ha sido el rostro espantoso de la *Gran Transformación* que fue tan bien descripta por Karl Polanyi, y constituyó el anverso subterráneo de la *Belle Époque*: “Esa segunda mitad del siglo XIX, la era de la gran expansión colonial europea en Asia, África y Medio Oriente, de la conquista del Oeste en Estados Unidos y de la expansión del capital en los países de América Latina, la era cruel de los ejércitos coloniales (externos e internos); de las matanzas de los pueblos indígenas; de la extensión veloz de las redes ferroviarias que llevan a los soldados, las mercancías y el mercado capitalista, y del cercamiento y la expropiación por la violencia de los territorios comunitarios en las antiguas y vastas tierras de la economía natural, trajo consigo decenas y decenas de millones de muertos por las armas y por hambre e incalculables desastres ecológicos y naturales” (Gilly, 2006: 32)¹⁰.

En igual sentido, a partir de la recuperación de estas ideas formuladas por Rosa Luxemburgo, en las últimas décadas una pléyade de intelectuales y activistas, provenientes en su mayor parte del marxismo crítico, han planteado la necesidad de repensar la noción clásica de “acumulación originaria” o por despojo desarrollada por Marx y resignificada por ella, no como un momento históricamente situado en los albores del capitalismo europeo (esto es, como hito fundacional de la separación de las y los trabajadores respecto de sus medios de subsistencia), y por lo tanto algo ya superado, sino en tanto *proceso constante* que debe reproducirse una y otra vez, para evitar que peligren las condiciones mismas de producción capitalista.

De acuerdo a De Angelis, la propuesta de la autora de *La acumulación del capital* permite analizar la política de “nuevos cercamientos” y privatización de bienes comunes acontecida en las últimas décadas en vastas regiones de Europa, África, Asia y casi la totalidad de América Latina. Y si bien se encarga de aclarar

10 En el caso específico de América Latina, tal como reseña Ricardo Melgar Bao, el proceso de acumulación originaria, por la vía oligárquica de un capitalismo dependiente, alcanzó su cenit durante este período: “En la Argentina, el sector agropecuario pasó de 9,7 millones de hectáreas en 1875 a 51,4 millones en 1908. En México, 49 millones de hectáreas pasaron a manos latifundistas entre 1881 y 1906. En Brasil, 65.000 terratenientes, principalmente agricultores y cañeros, se repartieron 84 millones de hectáreas, y en Chile, 600 terratenientes poseían el 52% de la tierra cultivable” (Melgar Bao, 1988: 95).

que las formas modernas de la acumulación primitiva se desarrollan en contextos bastante diferentes de aquellos en los cuales se dieron los cercamientos ingleses o el comercio de esclavos, dirá que “para enfatizar el carácter en común, nos permitiremos interpretar los nuevos sin olvidarnos de la dura lección de los viejos” (De Angelis, 2012). De esta forma, la progresiva privatización de activos públicos desplegada a partir de los años 1990 en nuestro continente, de la mano del recetario neoliberal impulsado al calor del Consenso de Washington, lejos de ser algo ajeno a la política de “cercamientos” descrita por Marx, constituye la forma históricamente específica que ésta asume en el marco del proceso de reestructuración capitalista iniciado durante la década de 1970.

En sintonía con la caracterización lanzada por De Angelis, Werner Bonefeld (2012) considera que para la configuración misma del capitalismo en tanto sociedad de clases es precondition la reproducción permanente, cotidiana y siempre renovada en función de la correlación de fuerzas por definición incierta, de aquella *separación* entre productores/as y medios de subsistencia graficada por Marx y retomada por Rosa. De ahí que, más que referirnos a la tierra en tanto mercancía *ya* plenamente constituida, debemos hablar de un proceso de disputa constante entre mercantilización y desmercantilización de los territorios, donde la mediación que garantiza en buena medida dicha escisión o desacople, intentando perpetuarlo en el tiempo, está encarnada por las instituciones estatales y por su violencia fundante. Desde esta perspectiva, los numerosos intentos de privatización de espacios comunales, activos públicos, bosques, lagos y montes a lo largo y ancho de nuestro continente, deben leerse como parte de una amplia estrategia de acumulación capitalista, basada en mecanismos predatorios que buscan convertir estas instancias vitales, saberes comunitarios y bienes naturales en productos con alto nivel de rentabilidad.

Asimismo, las feministas Mariarosa Dalla Costa, Silvia Federici y María Mies han advertido que no se debe ceñir este proceso al saqueo de tierras y a la explotación física de trabajadores/as y pueblos enteros. Una dimensión central de él ha sido la *simultánea expropiación* de saberes, acervos colectivos y medios de reproducción *a las mujeres* (curanderas, sacerdotisas, alfareras, herboristas, parteras, machis, por lo general indígenas y campesinas) que fue ejercida con brutalidad en Europa, pero también en nuestro continente, tanto durante la fase

del colonialismo clásico como en las décadas posteriores a 1810. De acuerdo a Dalla Costa, “en el período de la acumulación originaria, mientras nacía el trabajador asalariado libre, a consecuencia de las grandes operaciones de expropiación, otra operación, el mayor sexocidio que la historia recuerde, la ‘caza de brujas’, contribuía en un sentido fundamental, junto a otra serie de medidas dirigidas expresamente contra las mujeres, a forjar la trabajadora no asalariada y no libre para el proceso de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. La mujer, privada de los oficios y de los medios de producción y subsistencia típicos de la economía anterior y en gran medida excluida del trabajo artesanal y del acceso a los nuevos puestos de trabajo que la manufactura ofrecía, tenía ante sí fundamentalmente dos posibilidades para la subsistencia: o el matrimonio o la prostitución” (Dalla Costa, 2009: 313).

Por su parte, Federici dirá que “los homólogos de la típica bruja europea no fueron (...) sino los indígenas americanos colonizados y los africanos esclavizados que, en las plantaciones del ‘Mundo’, compartieron un destino similar al de las mujeres en Europa, proveyendo al capital del aparentemente inagotable suministro de trabajo necesario para la acumulación” (Federici, 2010: 305). Y si bien la opresión de las mujeres no comenzó con el capitalismo, lo cierto es que –al decir de Dalla Costa– este sistema dio comienzo a una explotación más intensa de la mujer como *mujer*, al tiempo que logró desarticular (por cierto, nunca de manera absoluta) a la comunidad como centro reproductivo y formativo de las clases y grupos subalternos, a la par que fracturó la relación orgánica –e incluso la coincidencia física– existente hasta ese entonces entre producción y consumo (Dalla Costa, 2009).

En una clave complementaria, María Mies ha recuperado las reflexiones luxemburguistas para analizar la interrelación existente entre la división internacional del trabajo y la división sexual que impone el patriarcado capitalista, así como visibilizado las áreas y dimensiones claves del planeta, más allá del limitado horizonte de las sociedades industrializadas y de las amas de casa de esos países. Junto a otras teóricas feministas como Claudia Werlholz y Veronika Bennholdt-Thomsen, Mies retomó el estudio de Rosa sobre el imperialismo

y su reinterpretación de la acumulación originaria, para formular una analogía entre la violencia ejercida sobre el cuerpo de las mujeres y los territorios coloniales, e identificar otras relaciones de producción no asalariadas (en particular el trabajo doméstico y el trabajo de subsistencia en las colonias) que fungen de requisito y pilar fundamental para la relación de trabajo asalariado del “privilegiado” trabajador (hombre). En este marco, lejos de ser el estadio superior del capitalismo, el colonialismo constituye –al decir de Rosa– su condición necesaria y constante.

Esta visión totalizante permitió según Mies trascender teóricamente las diferentes divisiones artificiales creadas por el capital, que oscurecían el trabajo de las mujeres en los territorios donde aún no se habían impuesto de manera generalizada las relaciones capitalistas. Por ello, a partir de una lectura actualizada de los aportes de Rosa, reconoce que “su análisis resultó ser crucial para nuestro entendimiento de por qué era necesario para el proceso en curso de acumulación primitiva el que se explotase a las colonias, la naturaleza y a las mujeres como trabajadoras domésticas no remuneradas” (Mies, 2019: 27). En conjunto, y con el transcurrir de las décadas del siglo XX, todos estos entornos y estratos que configuran un sistema a escala planetaria “han sido aprovechados por el capital en su avaricia global en pos de la constante acumulación”. Por lo tanto, concluye Mies, sería contraproducente “confinar nuestras luchas y análisis a los compartimentos que ha creado el capitalismo, es decir, si las feministas occidentales tan sólo intentasen comprender los problemas de las mujeres de los países sobredesarrollados y las mujeres de los países del Tercer Mundo restringiesen sus análisis a los problemas en las sociedades subdesarrolladas. El patriarcado capitalista, mediante la división y simultánea vinculación de dichas partes del planeta, ya ha creado un contexto mundial de acumulación dentro del cual desarrollan un papel crucial la manipulación del trabajo de las mujeres y la división sexual del trabajo” (Mies, 2019: 90).

El geógrafo y urbanista David Harvey, quien reivindica la necesidad de forjar un *geomaterialismo histórico*, también retoma de manera explícita la hipótesis de Rosa Luxemburgo y reconoce que “todas las características de la acumulación primitiva mencionadas por Marx han seguido poderosamente presentes en la geografía histórica del capitalismo hasta el día de hoy”, entre

ellas el desplazamiento de poblaciones campesinas e indígenas, la privatización de bienes que eran de propiedad comunal (como el agua) o de activos públicos, la desaparición de modalidades de producción y consumo alternativas, y el resurgimiento de formas extremas de opresión y esclavitud. En función de esto –dirá– dado que no parece muy adecuado llamar “primitivo” u “originario” a un proceso que se haya vigente y se está desarrollando en la actualidad, propone sustituir estos términos por el concepto de *acumulación por desposesión* (Harvey, 2004).

Dentro de esta línea interpretativa, un elemento clave del planteo luxemburguista, que resulta un aporte de gran vigencia, es haber entendido que la acumulación de capital tiene un carácter dual, vale decir, dos aspectos que están “orgánicamente entrelazados”, por lo que el derrotero histórico del capitalismo “sólo se puede entender considerándolos en su relación mutua”: por un lado, la mencionada *acumulación por despojo* (basada en la apropiación de bienes, la depredación, el fraude y la violencia sobre los territorios) y, por el otro, la *reproducción ampliada* (mediante la explotación del trabajo vivo en la producción).

Finalmente, el marxista colombiano Renán Vega Cantor ha sugerido que, en una perspectiva histórica amplia, pueden identificarse cinco grandes procesos de despojo perpetrados en los últimos cinco siglos, que están asociados a la emergencia y expansión mundial del capitalismo en la clave propuesta por Rosa: “la expropiación de la tierra y sus bienes comunes (la naturaleza); la expropiación del cuerpo de seres humanos para someterlos en sus propios territorios (amerindios) o convertirlos en esclavos y llevarlos con violencia al otro lado del mundo (africanos); la expropiación del producto del trabajo de artesanos y campesinos; la expropiación del tiempo de los trabajadores y de sus costumbres; y, la expropiación de sus saberes” (Vega Cantor, 2013: 13). Sin embargo, postula que igualmente relevante es destacar la infinidad de rebeliones, luchas y resistencias que ha librado y libra la humanidad expropiada, frente a estos mecanismos de explotación y despojo permanente que el capitalismo utiliza para reproducirse. Como veremos en el siguiente capítulo, para Rosa este punto resulta de vital importancia.



CAPÍTULO 3

Protagonismo popular y organización revolucionaria

La fórmula filosófica de una edad racionalista tenía que ser: 'Pienso, luego existo'. Pero a esta edad romántica, revolucionaria y quijotesca, no le sirve ya la misma fórmula. La vida, más que pensamiento, quiere ser hoy acción, esto es combate.

José Carlos Mariátegui

Por lo general se ha calificado a Rosa como “espontaneísta”, epíteto este que, por un lado, da cuenta de una acusación que busca desestimar su proyecto revolucionario original, y, por el otro, evidencia un enorme desconocimiento de su propuesta organizativa. En las siguientes páginas, nos proponemos reconstruir sus planteos sumamente sugerentes de la dialéctica entre espontaneidad y organización, o mejor aún, entre iniciativa de masas y (auto)dirección colectiva, adentrándonos también en los debates que mantuvo en torno a la huelga de masas como herramienta política, y en ciertas críticas que supo formular de los formatos organizativos tanto del bolchevismo (sin necesariamente cuestionar su pertinencia al interior de la realidad rusa) como del reformismo propio de la socialdemocracia alemana y europea.

Consideramos que sus hipótesis y análisis resultan por demás interesantes para el activismo y la militancia popular que hoy lucha contra el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo, en la medida en que pondera el protagonismo popular y las formas exploratorias de construcción de poder desde abajo, sin dejar de considerar como ineludible a la organización política, pero buscando evitar la asfixia de la potencia disruptiva que las masas despliegan en contextos de resistencia y ebullición. Sus aportes, por tanto, nos permiten trazar ciertos puentes con algunos debates que han signado a las izquierdas latinoamericanas, y establecer posibles afinidades entre las propuestas de Rosa y los procesos de luchas populares que se ensayan en nuestro continente.

La querella en torno a la organización burocrática y ultracentralista

Son numerosos los escritos donde Rosa aborda la cuestión organizativa y la relación entre líderes y masas (o bien entre dirección y bases al interior del partido). No obstante, aun cuando siempre aspire a fomentar la plena participación del conjunto de la militancia, sería un error considerar que existe en ella algo así como una “teoría general de la organización política”, ya que sus artículos, libros, documentos y epístolas remiten ante todo a ciertas coyunturas situadas, que en determinados contextos y momentos históricos pueden responder a un proceso “objetivo”, entendiendo por tal no un orden natural e inevitable, sino condicionamientos y contradicciones estructurales del capitalismo, que tienden a exacerbarse, mutar y/o aplacarse, y en función de las cuales es factible privilegiar un formato concreto a nivel organizativo, y un tipo de vínculo específico entre ambos polos de aquella relación.

Una primera aclaración que es importante plantear, teniendo en cuenta los malentendidos que han proliferado en torno a la obra de Rosa, es que con frecuencia el debate alrededor de este eje ha sido formulado de manera errónea y rasca donde no pica. En las antípodas de sus intérpretes malintencionados y sus precoces sepultureros políticos, ella jamás cuestionó la necesidad de la organización ni tampoco de la disciplina política. Lo que sí debatió siempre *es el tipo*

de organización revolucionaria, quiénes deben ser sus principales protagonistas y a qué disciplina atenerse, al igual que no temió confrontar al fetichismo del partido como órgano infalible e impugnar a aquellas direcciones y líderes que desestimaban la capacidad de autoemancipación e iniciativa de las masas en la construcción de un horizonte socialista.

Por si hiciera falta recordarlo, desde joven se suma a una organización ya existente en su Polonia natal, *Proletariado*, y al poco tiempo contribuye a gestar una novedosa instancia política, el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia, que más tarde pasará a llamarse Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania. Su traslado a Berlín es para incorporarse a las filas del Partido Socialdemócrata Alemán, y también participar de las instancias de debate en los Congresos de la Segunda Internacional (un espacio de articulación europeo y global de partidos de izquierda, en el que ocupa a lo largo de una década un lugar destacado y permanente en su Buró en Bruselas), así como en mítines en fábricas, minas y parques donde se congregaban miles de trabajadores y activistas organizados. Durante los años que milita en Alemania, y sin perder vínculo orgánico con su partido natal de Polonia y Lituania, es redactora de diversos periódicos y revistas editadas y difundidas como órganos oficiales de la socialdemocracia, y también funge de educadora en la Escuela de formación del partido. Estos espacios, por supuesto, no estaban exentos de disputas y arduas polémicas teóricas y políticas, lo que la lleva a conformar un ala izquierdista, el Grupo Internacional, que con el tiempo lleva a la creación de la Liga Espartaco y, por último, a la fundación del Partido Comunista Alemán, pocos días antes de su asesinato. Todo esto sin desmerecer su reivindicación y total acompañamiento de espacios plurales de autoorganización popular, como los sóviets en Rusia y en particular los Consejos obreros y de soldados en Alemania, en plena movilización y lucha en las calles durante fines de 1918 y comienzos de 1919.

No obstante, esta insistencia teórico-práctica en ponderar la organización política como algo imprescindible para dinamizar el proyecto revolucionario al que aspira, no le impide abrirse al aprendizaje de procesos y acciones imprevistas, como la revolución rusa de 1905 o las huelgas políticas de masas que irrumpen a escala europea por aquellos años, donde partidos y sindicatos, lejos de dirigir y orientar el rumbo de los acontecimientos, van a la saga de ellos y se ven

obligados a adaptarse a destiempo a sus ritmos y movimientos zigzagueantes. De ahí que Rosa sin duda exprese “el opuesto inequívoco del burócrata de partido, meticuloso, únicamente preocupado en la manutención de la máquina de la cual depende, que nunca quiere arriesgar nada, mediocre, sin imaginación, para quien la política es sinónimo de conchabos y acuerdos hechos en sordina” (Loureiro, 1999: 27).

Acaso por eso mismo haya decidido rechazar en más de una ocasión el ofrecimiento de ser “mantenida” por el partido (en tanto funcionaria “rentada”), prefiriendo vivir de manera austera, pero con la autonomía económica que le brindaba su incisiva y políglota pluma como periodista y redactora, o dando clases en la Escuela de formación creada por la socialdemocracia alemana. Y tal vez a sabiendas o por padecimiento en carne propia de aquellas dinámicas burocráticas e instrumentales, que permeaban en grado sumo la subjetividad de dirigentes y cuadros intermedios de la organización en la que militaba, es que con un dejo de ironía le confiesa a una de sus amigas, en pleno encierro como presa política, que “interiormente, me siento mucho más en mi medio en un pedacito de jardín, como ahora, o en un campo, tendida sobre la hierba, rodeada de zumbidos, que en un Congreso de partido. A usted puedo decírselo, pues sé que detrás de esto no acechará una traición a la causa. Bien sabe que yo, a pesar de todo, moriré como lo espero en mi puesto: en una lucha callejera o en el presidio. Pero, en mi fuero interno, la verdad es que me siento más cerca de los petirrojos que de los compañeros” (Luxemburgo, 1983: 68).

A pesar de esta y otras intervenciones, donde se queja de lo tediosas y burocráticas que son estas instancias, Rosa nunca dejó de apostar por la organización. Eso sí, siempre y cuando se la entendiera en constante movimiento, es decir, en tanto *organización-proceso*, dinámica, abierta y participativa, y no como rígida estructura de revolucionarios profesionales, ni en una clave piramidal de extremo disciplinamiento, donde una minoría de líderes lo deciden todo y una mayoría (las bases) simplemente obedece su mandato o ejecuta sus órdenes sin chistar.

Precisamente uno de los textos más sugestivos en el que ella profundiza en esta cuestión es *Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa*, escrito en

1904 con la intención de polemizar con la propuesta de estatutos presentada por Vladimir Lenin, en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR). El artículo de Rosa aparece simultáneamente en *Die Neue Zeit* (revista teórica de la socialdemocracia alemana) y en *Iskra* (órgano central del POSDR) en 1904, y constituye una dura respuesta a dos documentos elaborados por el marxista ruso: *¿Qué hacer?* y sobre todo *Un paso adelante, dos pasos atrás*. El primero de ellos, uno de sus libros más conocidos, había sido producido antes del II Congreso del POSDR (1903), mientras que el segundo es un análisis de dicho Congreso escrito *a posteriori*.

Rosa entiende que no es viable una organización revolucionaria exclusivamente polaca (ya que no se trata, a esa altura, de impulsar una liberación de Polonia como “nación”, sino de confluir en un mismo proyecto emancipatorio que involucre también a la clase trabajadora rusa), por lo que las discusiones acerca de la estrategia y las formas organizativas de este flamante partido resultan prioritarias. Lo cierto es que Lenin insiste durante el Congreso en incorporar dentro de los estatutos la reivindicación del derecho a la autodeterminación, lo

VLADIMIR ILICH ULIANOV (LENIN)

(Simbirsk, 22 de abril de 1870/Gorki, 21 de enero de 1924) Fundador del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) y dirigente del bolchevismo. Salvo por breves interregnos, se vio obligado a vivir de 1900 a 1917 en el exilio. Escribió numerosos libros y documentos políticos, entre ellos ¿Qué hacer?, El imperialismo, etapa superior del capitalismo y El Estado y la Revolución. Tras la caída del zarismo reingresa a Rusia y en octubre de 1917 es uno de los artífices de la insurrección que otorga todo el poder a los soviets. Durante los años posteriores, es el máximo referente del proceso revolucionario ruso, como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, y también de la Internacional Comunista, creada en 1919. Producto de un estado de salud cada vez más delicado, pasa sus últimos dos años en silla de ruedas y casi sin poder realizar actividad alguna.

cual contradecía el planteo del Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania del que Rosa es parte. Ante la negativa a suprimir dicho parágrafo, los delegados polacos se retiran del Congreso, al igual que lo harán poco más tarde representantes del Bund judío.

Tras este altercado, se produce un arduo debate en torno al nivel de apertura y democracia interna, así como al grado de centralización, que debía tener la organización, y cómo eso se expresaría en sus estatutos, en particular en el punto 1 que refiere a las características específicas que debe cumplir todo integrante del partido. Esto lleva a una votación en la que se genera una división entre dos sectores: el *bolchevique*, encabezado por Lenin, y el *menchevique*, representado por Martov (que significan, respectivamente, “mayoría” y “minoría” en ruso).

Pero más allá de los pormenores y el trasfondo del Congreso, lo relevante es que Rosa plantea en su escrito *Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa* una serie de críticas hacia los postulados formulados por Lenin, que en función de la experiencia histórica de la propia Rusia y también de varios países de nuestro continente, resultan por demás sugerentes y premonitorias, a la vez que advierte sobre ciertos peligros en los que puede caerse en caso de asumir la perspectiva propuesta por el líder bolchevique como virtuosa por definición.

Hay que tener en cuenta que Rosa acuerda plenamente con la oposición que Lenin y el grupo del periódico *Iskra* (La Chispa) tenían respecto de los planteamientos de la llamada tendencia “economicista”, que en Rusia negaba la necesidad de una lucha política frontal, se mostraba reticente a una organización unitaria y pretendía restringir la pelea del movimiento obrero ruso meramente a demandas reivindicativas inmediatas y sectoriales (de ahí su denominación). El eje de la polémica para ella giraba, ante todo, en torno a los principios organizativos que, según Lenin, debían regir al nuevo partido.

Luego de aclarar que “las concepciones marxistas del socialismo no se dejan aprisionar en fórmulas rígidas en ningún campo, ni siquiera en cuestiones de organización”, por lo que siempre deben adecuarse al proceso histórico y a las condiciones específicas en las que se gestan, una primera cuestión que Rosa aborda y cuestiona es lo que considera la “tendencia ultracentralista” e implacable de Lenin, donde “el comité central resulta ser el núcleo realmente activo

del partido, mientras que las demás organizaciones se limitan a ser instrumentos de ejecución de sus designios” (Luxemburgo, 1978: 114). Esta concepción, dirá, no se emparenta con la desplegada por el movimiento socialista, el cual “depende de la organización y de la acción directa autónoma de las masas”, sino que es “completamente distinta” y responde a experiencias precedentes, como la jacobina y blanquista, partidarias “de la conjura de una minoría” (Luxemburgo, 1978: 115)¹¹.

Es importante mencionar que Rosa no impugna la necesidad de que la organización revolucionaria contemple una *instancia central*, sino un tipo de centralismo particular que, según su apreciación crítica, se basa “en la obediencia ciega o en la supeditación mecánica de los miembros más combativos del partido a un poder central”, y que a la vez tiende a levantar “un muro de separación entre el núcleo de proletarios conscientes, ya organizados en cuadros fijos del partido y el medio circundante, afecto por la lucha de clase y que se encuentra en proceso de concientización respecto a sus intereses de clase”. A contrapelo, Rosa considera que estos principios responden a una estructura de tipo blanquista, de la que no resulta fructífero que se valgan las masas trabajadoras.

11 August Blanqui (1805-1881) fue un activista francés que lideró varios alzamientos durante el siglo XIX, producto de los cuales padeció décadas de encierro en la cárcel. El tipo de organización que supo pregonar para la toma del poder fue la *sociedad secreta*, totalmente clandestina y en la cual sus miembros –rigurosamente elegidos– por lo general no se conocían entre sí hasta el día de la insurrección, que era definida por una élite o dirección conspirativa. Su proyecto buscó darle continuidad al ala más radical de la revolución francesa (de ahí las asociaciones entre jacobinismo y blanquismo), que tuvo a Gracchus Babeuf (1760-1797) como su máximo líder, y cuyo horizonte era un comunismo igualitarista, que dote de un contenido social y económico a la República. A través de una organización clandestina, el Comité de Insurrectos intentó realizar un levantamiento armado que fue descubierto, siendo varios de sus integrantes sentenciados a muerte. Filippo Buonarroti, uno de los sobrevivientes de la llamada “conspiración de los iguales”, publicará en Bruselas en 1828 un libro donde relata esta experiencia y su proyecto político, que tendrá una influencia muy grande en los años siguientes, tanto en sectas secretas y sociedades neobabouvistas, como en numerosos intelectuales orgánicos del incipiente movimiento obrero europeo, entre ellos el propio Marx en su etapa juvenil. No obstante, en su caso tomará distancia de la concepción tanto de Babeuf como de Blanqui, de una minoría esclarecida que asalte el poder a través de una conspiración, para privilegiar la capacidad autoemancipatoria de la clase trabajadora. Precisamente Rosa tendrá como eje este contraste (que es organizativo, pero también responde a contextos históricos diferentes) para argumentar sus posiciones políticas.

Rosa también rechaza la glorificación que Lenin hace de la “función educativa de la fábrica”, de acuerdo a la cual el proletariado se formaría en una *disciplina* compatible con la requerida en la organización socialista. “La ‘disciplina’ a la que refiere Lenin –comenta– se le inculca al proletariado no solamente en la fábrica, sino, también, por medio del cuartel y de la burocracia moderna, es decir, por medio del mecanismo general del Estado burgués centralizado” (Luxemburgo, 1978: 118). Aquí nuevamente diferencia entre aquella obediencia ciega y falta de voluntad que infunden este tipo de instancias autoritarias que se engarzan con la estructura de funcionamiento del capitalismo como sistema de explotación y opresión, y la posibilidad de una coordinación voluntaria de acciones políticas conscientes, donde lo que rige es una *autodisciplina* personal y colectiva, política y revolucionaria, que se vincula con métodos de lucha concertados que van a contramano del automatismo y la sumisión que impone la fábrica y la subsunción del trabajo vivo en ella.

Asimismo, el conceder un poder prácticamente omnímodo a la dirección del partido, dotada de atribuciones casi ilimitadas de intervención y fiscalización, redundaría según Rosa en exacerbar el carácter conservador y autoritario de esta instancia central burocrática, resintiendo de manera simétrica la libertad de crítica y la participación activa de las bases de la organización. De ahí que concluya afirmando de manera lapidaria que este ultracentralismo extremadamente jerárquico que propugna Lenin “no nos parece impregnado en su esencia por un espíritu positivo creador sino por un espíritu de vigilante (...) que rebaja al proletariado combativo a la condición de un instrumento dócil de un ‘comité’” (Luxemburgo, 1978: 121 y 127).

Una vez más, la apuesta es en favor del protagonismo de las masas, es decir, de una organización que lejos de asfixiar su potencial y capacidad de iniciativa, lo fortalezca desde una perspectiva revolucionaria, evitando caer en dos tentaciones o peligros que “no surgen de las cabezas humanas, sino de condiciones sociales”, y que de acuerdo a Rosa son los dos brazos de una tenaza: “la renuncia al carácter de movimiento de masas y el abandono del objetivo último, la recaída en la secta y la conversión en un mero movimiento reformista burgués” (Luxemburgo, 1978: 129).

El escrito culmina con una frase por demás provocativa que será sin duda un sello distintivo de la perspectiva de Rosa en los años venideros: “Digámoslo claramente: los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario, son infinitamente más fructíferos y valiosos desde el punto de vista de la historia que la infalibilidad del mejor ‘comité central’” (Luxemburgo, 1978: 130)¹².

Es sabido que no fue Rosa la única que, en ese contexto, formuló críticas a los planteos realizados por Lenin en el marco del II Congreso de POSDR de 1903. Además de otros militantes socialistas como Pável Axelrod o David Riazanov, León Trotsky impugnó sus argumentos en una tónica similar en su olvidado y sugerente libro *Nuestras tareas políticas*, donde además de criticar el “jacobinismo” y la concepción de partido que defiende Lenin, escribe una frase que ha quedado para la historia por su connotación visionaria, respecto de lo que, décadas más tarde, terminaría sucediendo en Rusia con el triunfo del stalinismo: “la organización del partido sustituye al partido en su conjunto, luego el comité central sustituye a la organización y finalmente el dictador sustituye al comité central” (Trotsky, 1975: 77).

Cuando las masas corren por izquierda a los dirigentes

Lo cierto es que la irrupción de la revolución rusa en 1905, que sorprende a mencheviques y bolcheviques por igual, salda en la práctica misma aquel acalorado debate gestado en el marco del II Congreso del POSDR, y es el propio Lenin quien se ve obligado a relativizar sus planteos y hasta restarles relevancia en función de la nueva e inédita coyuntura abierta en el territorio ruso. Desde su exilio en Estocolmo vislumbra a través de las noticias que le llegan el carácter espontáneo de las huelgas e insurrecciones que se suceden durante meses, así

12 Sin duda John William Cooke (quien había leído atentamente a Rosa) cuando lanza su magistral y provocativa frase “es mejor equivocarse con el Che que acertar con Codovilla”, tiene en mente y recupera casi de forma textual este tramo final escrito por ella en su polémica con Lenin. Para ahondar en las posibles afinidades entre ambos, véase Miguel Mazzeo (2016). *El hereje. Apuntes sobre John William Cooke*. Buenos Aires: El Colectivo.

como el nivel de enorme radicalidad de las masas en las luchas desplegadas en el transcurso de este proceso (que llegan a crear de manera autónoma los primeros sóviets, como órganos de autogobierno territorial), lo cual insta a Lenin a revisar su postura, ya que a esa altura resulta evidente que el proletariado era capaz de avanzar, por sí solo, más allá del “tradeunismo” al que –según los preceptos volcados en el *¿Qué hacer?* y en *Un paso adelante, dos pasos atrás*– no podían trascender sino a partir del auxilio y la concientización de revolucionarios profesionales (Lenin, 1946).

A contramano de este prejuicio, desde comienzos de 1905 las masas rusas se insubordinan y despuntan como sujeto con iniciativa propia, osadía y extraordinaria creatividad, a tal punto que Rosa llega a comentar en forma irónica que “los llamamientos de los partidos apenas seguían a los levantamientos espontáneos de las masas; los dirigentes apenas tenían tiempo para formular las consignas cuando ya la masa de proletarios se lanzaba al asalto” (Luxemburgo, 1970: 56). De ahí que, tal como ha indicado Antonio Carlo, a partir de este momento Lenin se vea obligado a defender “una estructura elástica y democrática y reclama una entrada masiva de los obreros en sus filas, con el propósito de transformar en vida concreta los grises esquemas de los intelectuales” (Carlo, 1973: 330).

Por ello consideramos certera la caracterización que realiza Kurt Lenk, para quien la posición del partido *vis á vis* las masas populares “no la vio Rosa Luxemburgo como una relación de voluntad dirigente centralizada y de masas dirigidas, sino en que aquello que el partido hacía y podía hacer debía orientarse siempre según el movimiento propio, espontáneo de las masas populares y, en todo caso, encontraba su legitimación solamente mediante su fundamentación en el movimiento de estas masas. Las revoluciones no pueden proclamarse o desconvocarse por la decisión de unos dirigentes del partido, sino que bajo determinadas condiciones históricas irrumpen de momento, de manera espontánea, impetuosas, incontroladas” (Lenk, 1978: 178).

Esta acepción planteada por Rosa, de una organización menos vanguardista, y cuyos dirigentes populares tienen una función no desdeñable de orientar y a la vez acompañar (en paralelo a aprender de) el proceso de autoactivación de masas, se acerca a la categoría de “intelectual orgánico” que desarrolla Antonio

Gramsci (1999) en sus *Cuadernos de la Cárcel*. Como expone Rosa en sus análisis de las huelgas de masas, la tarea de la dirección de una organización o movimiento, sobre todo en contextos de alza de las luchas, consiste en brindar cierta perspectiva asentada en el punto de vista de la totalidad y hacer comprender el conjunto del proceso, es decir, intentar adelantarse al curso de los acontecimientos y sugerir posibles rumbos de acción, sin tener jamás una plena certeza ni infalibilidad alguna, aunque sí con una búsqueda constante de orientación general de la lucha que aporte a su vez cohesión organizativa a las masas. La suya es una labor pedagógico-política de primer orden, ya que debe fijar con claridad, coherencia y resolución la táctica y los horizontes de las clases subalternas, no desde un afuera frío y remoto sino como parte activa e inmanente a la dinámica misma de la experiencia práctica.

El debate sobre la huelga política de masas y los límites del parlamentarismo

Si bien la formulación más sistemática en torno a la huelga de masas como herramienta política es la expuesta por Rosa en su libro *Huelga de masas, partidos y sindicatos*, nacido justamente de su experiencia directa en la última fase del proceso revolucionario en Rusia de 1905, lo cierto es que el debate alrededor de las potencialidades y límites de este método de lucha, tanto en el seno del movimiento socialista europeo como del alemán, se remontan a más de una década atrás de la publicación de este folleto en 1906. Podríamos apelar a una de las frases preferidas por ella y afirmar que, una vez más, *en el principio fue la acción*.

En efecto, en mayo de 1891 se produjo en Bélgica una huelga de masas para exigir reformas en el injusto sistema electoral, a la que le sucedió una de mayor envergadura en abril de 1893, tras la cual se logró una democratización parcial del voto. Al poco tiempo de esta segunda huelga, Eduard Bernstein publica un artículo en *Die Neue Zeit* donde, aun cuando la reconoce como posible arma de lucha, advierte que sólo debe usarse en casos excepcionales y “de forma prudente”. Entre 1895 y 1896, aparecen una serie de artículos en la revista socialdemócrata, donde se aborda y discute el tema con mayor profundidad. Entre ellos, se

destaca el de Aleksander Helfand, más conocido como Parvus, titulado *Golpe de estado y huelga de masas*. En él retoma los planteos formulados por el viejo Friedrich Engels en 1895, para analizar las transformaciones operadas en el escenario de la lucha de clases y la complejización de las sociedades, y reivindicar la huelga de masas como factor político de importancia en la fase por la que transita el capitalismo a fines del siglo XIX.

Ya en 1902, Rosa Luxemburgo publica sin firma un conjunto de artículos centrados en la experiencia belga. Como explica Paul Frölich, “del mismo modo que el ministerialismo en Francia, esta huelga general en Bélgica constituyó para ella uno de los ejemplos prácticos en los cuales podían ser corroboradas sus conclusiones teóricas sobre el reformismo” (Frölich, 1975: 62). En efecto, en uno de ellos, precisamente titulado “La causa de la derrota”, demuestra cómo la huelga general estalló sobre todo por una decisión soberana de las masas obreras, y a regañadientes terminó siendo apoyada por la dirección del Partido Socialista belga. Lo interesante es que, al denunciar la actitud ambivalente y conservadora de esta organización durante el proceso huelguístico, Rosa lamenta que no se haya contemplado como parte del pliego reivindicativo “al sufragio femenino”, cediendo a los intereses de los sectores liberales y clericales en el parlamento¹³.

En concreto, y más allá del análisis detallado de los sucesos, el balance de esta lucha colectiva no deja para ella margen de duda alguno: “los ruidosos discursos en la cámara no podían conseguir nada. Hacía falta la presión máxima de las masas para vencer la resistencia máxima del gobierno” (Luxemburgo, 1975a: 89). Por ello, de manera frontal, el apartado con el que cierra este artículo contempla un título que funge, a la vez, de repudio total hacia una forma de hacer política donde la acción directa en las calles es sacrificada, cual Prometeo encadenado, a lo acontecido en el parlamento: “El burocratismo contra la espontaneidad”. Y como expresa en otro artículo posterior redactado en la misma tónica, esta acti-

13 Émile Vandervelde, el dirigente socialista belga con el que Rosa polemiza, en su respuesta a esta crítica llega a justificar que “el partido obrero limitara momentáneamente el movimiento para la revisión de la constitución al sufragio masculino, excluyendo al femenino”, con el argumento de que esto se debió a “la gran masa de obreros que, mal que me pese [*sic*], era muy hostil a la introducción inmediata del sufragio femenino, por temor a que con él se prolongara la dominación de los clericales por un tiempo indeterminado” (Luxemburgo, 1975a: 92-93).

tud de la dirección del socialismo belga, no hace sino denotar según Rosa “una total falta de confianza en la acción de las masas populares” y un miedo extremo a la violencia ejercida por parte de ellas en las calles, como medio legítimo de la lucha de clases para conquistar derechos o evitar que sean vulnerados (Luxemburgo, 1975a: 99).

Pero al margen de estos antecedentes, será la revolución rusa de 1905 la que instale el debate en torno a la huelga política de masas como método y arma de lucha en el seno de la socialdemocracia alemana. El libro de Rosa, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, busca justamente sacudir a la adormecida dirección del partido, pero también advertir a las masas de ese país de que los acontecimientos ocurridos en Rusia no resultan ajenos al quehacer de la industrializada Alemania, sino que inauguran y anticipan un ciclo general de luchas basadas en esta metodología concreta y en un protagonismo descollante del proletariado. Lejos de resultar una herramienta meramente “defensiva” –como pretenden interpretar ciertos dirigentes sindicales asustadizos– ella se constituye como elemento central de la estrategia revolucionaria acorde al período histórico abierto en territorio ruso.

En este sentido, este proceso insurreccional no es el último coletazo de las revoluciones burguesas sino, antes bien, el primer capítulo de las revoluciones proletarias. Una característica distintiva para Rosa es la amplia unidad y confluencia que se produce en la práctica misma entre activistas organizados/as y sectores no organizados, diluyendo en este torrentoso océano huelguístico aquella línea divisoria tan rígida establecida por Lenin a comienzos de siglo y poniendo en cuestión la “superstición organizativa”. Junto a este rasgo, otro también novedoso es la influencia recíproca e “interacción completa” entre las luchas económicas (por reivindicaciones inmediatas) y la lucha política (en contra del absolutismo, por ejemplo), que nos reenvía a la dialéctica virtuosa entre reforma y revolución.

Por lo tanto, la espontaneidad de las masas no es vista por ella como algo pernicioso y menos aún contrarrevolucionario, sobre todo en procesos donde lo que irrumpe con fuerza es la autoactividad, el dinamismo y descontento popular, que se hace carne en movilizaciones multitudinarias, huelgas de carácter político, acciones callejeras que desbordan toda institucionalidad, o combates

e iniciativas plebeyas desplegadas a contramano de lo que suelen ordenar las burocracias de escritorio y los dirigentes timoratos¹⁴.

La burocracia sindical: la organización como fin en sí mismo y la tregua como estrategia

La especialización de su actividad profesional de dirigentes sindicales, así como la restricción natural de horizontes que los liga con las luchas económicas fragmentadas en períodos de quietud, concluyen por llevar fácilmente a los funcionarios sindicales al burocratismo y a una cierta estrechez de miras. Pero estas dos características tienen su expresión en toda una serie de tendencias que podrían ser fatales para el porvenir del movimiento sindical. Entre ellas, habría que enumerar ante todo la tendencia a sobrestimar la organización que paulatinamente de un medio con vistas a un fin se convierte en un fin en sí misma, en un bien supremo al que deben estar subordinados todos los intereses de la lucha. Se explica así, ante todo, esta necesidad abiertamente confesada, de tregua, cuando se temen riesgos serios, esta necesidad de pretendidos peligros para la existencia del sindicato, cuando se teme la espontaneidad de ciertas acciones de masas; así se explica la confianza excesiva en el método de lucha sindical, en sus perspectivas y en sus éxitos.

Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos*

(1970: 110)



14 No creemos equivocarnos si afirmamos que la totalidad de los grandes acontecimientos donde las masas populares de Nuestra América han irrumpido, a lo largo del siglo XX y lo que va del actual, en el escenario público del poder con enorme osadía y radicalidad, desbordando los límites de toda institucionalidad existente y abriendo nuevos horizontes de sentido en términos históricos, han tenido casi sin excepciones a la espontaneidad como rasgo distintivo e invariante. Del 17 de octubre de 1945 en Buenos Aires al Bogotazo del 9 de abril de 1948, del Cordobazo del 29 de mayo 1969 al Caracazo del 27 de febrero de 1989; de diciembre 2001 en Argentina a junio de 2013 en Brasil. En particular, 2019 ha sido un año signado por rebeliones espontáneas y huelgas políticas de masas, en las que más que movimientos populares, quienes animaron las dinámicas insurreccionales fueron pueblos en movimiento, sobre todo en Haití, Chile y Colombia.

La primera edición de noviembre de 1906 fue requisada y destruida, pero no por las autoridades monárquicas ni a pedido del poder judicial, sino a solicitud de varios dirigentes sindicales. A pesar de este acto de tremenda bajeza, una segunda edición pudo circular profusamente e instaló con fuerza una discusión que, con los años, iba a ser clave tanto en Alemania como en el resto de Europa: qué tipo de estrategia revolucionaria era pertinente en Occidente. Si bien el nivel de conflictividad vivido inmediatamente *a posteriori* de los sucesos rusos menguó, lo cierto es que entre 1909 y 1910 una nueva oleada de movilizaciones de protesta y huelgas de carácter político en favor de una reforma y democratización del sistema electoral sacude a Prusia.

En esta coyuntura álgida, Rosa decide retomar la polémica y afirmar la pertinencia de sus planteos vertidos en *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Pero en esta ocasión, es el propio Karl Kautsky quien arremete contra sus argumentos en las páginas de *Die Neue Zeit*. Rosa se cuida al comienzo de no impugnar de lleno la estrategia de la socialdemocracia, pero no deja de hacer notar que en más de una ocasión “las masas fueron contenidas” por el partido, el cual por momentos parece convertirse en un fin en sí mismo. En su respuesta crítica, Kautsky expone lo que caracteriza como “estrategia de desgaste” (contrapuesta, según él, a la “estrategia del asalto directo”), que evita todo combate decisivo prematuro, por lo que una huelga política se presenta ante este escenario como perniciosa. “Nosotros no tenemos que intensificar nuestra agitación actual en la dirección a la huelga de masas, sino que debemos hacerla ya con vistas a la próxima elección para el Reichstag”, sugiere Kautsky (Luxemburgo, 1975a: 137).

Rosa levanta el guante y le recrimina que “la socialdemocracia no es una secta constituida por un puñado de alumnos obedientes, sino un movimiento de masas en el que las cuestiones que lo agitan interiormente se hacen públicas, aunque haya quienes las quieren silenciar” (Luxemburgo, 1975a: 158). Cuestiona la idea de una huelga de masas que es visualizada por Kautsky como “un plan sorpresivo y comandado por el ‘estado mayor’”, en clara alusión a los dirigentes sindicales que pretenden ser la voz cantante y tener la decisión última en el desencadenamiento de una huelga de ese talante. Y, sin desestimar la disputa que pueda darse en la arena parlamentaria, advierte sobre la absolutización de este tipo de lucha en detrimento de las acciones callejeras y la confrontación por fuera del Reichstag.

KARL KAUTSKY

(Praga, 16 de octubre de 1854/Ámsterdam, 17 de octubre de 1938) Uno de los principales teóricos de la socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional. Redactor del Programa de Erfurt aprobado por el partido socialdemócrata alemán en 1891 y autor de numerosos libros acerca del marxismo, con los que se formaron generaciones enteras, entre ellos La doctrina económica de Karl Marx, La cuestión agraria y El camino del poder. Fue director de la revista Die Neue Zeit (Tiempos Nuevos). Rosa rompe con él en 1910 debido a sus posiciones “centristas” y contrarias a la huelga general como herramienta política de masas contra la monarquía en Alemania. Se integra al Partido Socialista Independiente en 1917 pero reingresa a la socialdemocracia en 1922, desde donde mantiene una crítica aguda hacia el proceso revolucionario en Rusia, al que tilda de dictatorial.

En el intercambio de opiniones, las diferencias se tornan cada vez más agudas entre ambos, debido a que la dirección del periódico *Vorwärts* rechaza la publicación de un artículo de Rosa al respecto, que Kautsky también decide excluir de *Die Neue Zeit*. Al margen de las argumentaciones, la dirección de la socialdemocracia se posiciona en bloque en defensa de las tesis de Kautsky, y desestima los planteamientos de Rosa, a quien en intercambios epistolares definen como una “fulana” que “carece del menor sentido de la responsabilidad” y es “maligna como un mono” (Nettl, 1974: 372). El debate, por supuesto, queda trunco, y Rosa rompe todo vínculo personal y político con el máximo teórico de la socialdemocracia.

José Aricó sugiere que “frente a la negación kautskiana de la insurrección, y frente al blanquismo preconizado por los teóricos de la revolución de minorías, Rosa Luxemburgo preconiza lo que ella denomina una ‘estrategia de derrocamiento’, basada en la práctica sistemática de la huelga de masas” (Luxemburgo, 1972: 8). Sin duda hay en ella una intención de tomar distancia de estos formatos que considera erróneos para afrontar los desafíos de una realidad crecientemente compleja en

sus tramas sociales, pero también en la que la clase trabajadora había asumido niveles de “integración” en el plano gremial y político que hacían peligrar su capacidad de cuestionamiento sistémico. Las revoluciones, para Rosa, si bien *son por definición anti-definicionales*, involucran no solamente niveles de fuerza favorables para las masas populares, y cambios sustanciales en un plano general, sino también rupturas, quiebres y dinámicas de confrontación *vis á vis* el Estado, que no se planifican en pizarrones o cerebros, ni se provocan mediante órdenes y directivas emanadas de algún comité central o estado mayor.

De acuerdo a su estrategia revolucionaria asentada en el método dialéctico, es preciso articular *proceso y salto*, es decir, construcción de largo aliento e irrupción violenta, acumulación de fuerzas, capacidad organizativa y autoconciencia por parte de la clase trabajadora, que precede y continúa más allá del momento bisagra del “asalto” al poder, que implica la desarticulación del núcleo burocrático-militar del aparato estatal. Por ello podemos afirmar que, para ella, el poder simultáneamente se disputa (ya que es relacional e involucra una correlación de fuerzas dinámica y cambiante), se construye (en la clave de un poder propio, autónomo y antagónico al que ostentan el Estado y las clases dominantes) y se conquista o toma (mediante el asalto y derrocamiento de esas instancias donde se cristaliza y condensa materialmente el poder burgués). De ahí que no sea en este punto específico donde ella tenga desencuentros absolutos con el bolchevismo, como muchos suponen. Jamás cuestionó el *instante* revolucionario¹⁵ que hizo posible que todo el poder pase a manos de los sóviets el 25 de octubre de 1917, ni lo consideró –como sí lo hizo Kautsky– un mero “golpe de Estado” vanguardista. Sí, como veremos más adelante, llamó la atención, tras el triunfo y la consolidación del poder soviético, que éste debía implicar también un cambio radical de los mecanismos y de las formas de ejercicio del poder, y no meramente un traspaso de ellos, en el que la democracia socialista cumple un papel fundamental.

15 De acuerdo a György Lukács, un *instante* es “una situación, cuya duración temporal puede ser más corta o más larga, pero que se destaca del proceso que conduce hacia ella por el hecho de que en ella se concentran las tendencias esenciales del proceso, de modo que en tal instante ha de tomarse una decisión respecto de la *dirección futura del proceso*. Esto quiere decir: las tendencias alcanzan una suerte de punto culminante, y según cómo se *actúe* en la situación dada, el proceso asume una nueva dirección, después del ‘instante’” (Lukács, 2015: 25).

Excursus: las raíces de la burocratización de la socialdemocracia europea

Como vimos, Rosa batalla sin descanso contra las lógicas burocráticas y crecientemente conservadoras que permean y condicionan al Partido Socialdemócrata alemán y a otras plataformas organizativas en gran parte del continente europeo, como los poderosos sindicatos y las cooperativas de producción y consumo. Un error común es considerar que estas prácticas y formas de proceder se han debido a discursos o teorías que incidieron en grado cada vez mayor al interior de las filas socialistas, induciendo a la burocratización y al reformismo al conjunto de la militancia. El ejemplo de Eduard Bernstein y sus hipótesis revisionistas ha sido por supuesto el más conocido, aunque por cierto no el único¹⁶. Antes de él, el propio Engels llegó a plantear ciertas propuestas y claves de intervención política en Alemania que, de acuerdo a algunas lecturas, podrían haber dado lugar a un creciente reformismo por parte del Partido Socialdemócrata (Engels, 2004).

A contrapelo de las variadas interpretaciones que indagan en las cuestiones individuales y hasta psicológicas del viejo Engels a la hora de explicar el porqué de la autocrítica que realiza en su “Introducción” de 1895 a *La lucha de clases en Francia*, buscando en este texto y en la relectura que de él hacen Bernstein y más tarde Kautsky una causa crucial del aburguesamiento de la socialdemocracia europea (Colletti, 1975), creemos necesario realizar un análisis crítico, que dé cuenta de los diferentes condicionamientos que dieron lugar a una teorización crecientemente escindida de la praxis revolucionaria, cuya máxima expresión se termina plasmando, en los albores del primer conflicto bélico a escala planetaria, con el voto a favor de los créditos de guerra por parte de los legisladores del PSDA.

De acuerdo a Rosa, el “oportunismo” no era algo totalmente ajeno al movimiento obrero, sino que despuntaba como peligro latente al disociar el objetivo final (la revolución) de la lucha cotidiana por reformas. Al enfocarse de manera

16 Es preciso reconocer que Bernstein no hace sino explicitar lo que en la práctica ya venía aconteciendo hace varios años. Por eso el propio Ignaz Auer, secretario del Partido Socialdemócrata Alemán y afín al planteo revisionista, le escribe cínicamente en una carta: “Ede, eres un asno; esas cosas no se escriben, se practican” (Vidal Villa, 1978: 41).

casi exclusiva en esta última dimensión del proceso (algo que cuestiona tanto en su crítica a Bernstein como en las polémicas que entabla con el socialismo belga y con Kautsky), y perder de vista el horizonte estratégico, la socialdemocracia tiende a integrarse de manera cada vez mayor a la sociedad capitalista. Por lo tanto, el reformismo no se supera simplemente corrigiendo los posibles “errores” teóricos de intelectuales o referentes revisionistas, como por ejemplo Bernstein y Vollmar. Antes bien, es preciso entender la raíz de clase y sus fundamentos materiales últimos, que remiten a aquel olvido o negación del objetivo final, lo cual redundo en que, lejos de fortalecer la negación de la sociedad burguesa, esas conquistas parciales terminan potenciando la condición subalterna y la integración a ella¹⁷.

Al respecto, Ernest Mandel (1973) brinda sólidas herramientas para entender el complejo proceso de burocratización sufrido por la socialdemocracia en gran parte de Europa¹⁸. En efecto, según el autor de *El capitalismo tardío*, el problema de la burocracia en el movimiento obrero se plantea como “el problema del aparato de las organizaciones obreras”. Esto significa que, en la medida en que un grupo diferenciado hace profesionalmente y de forma permanente política o sindicalismo revolucionario, existe ya de modo latente una incipiente posibilidad de burocratización del movimiento.

Siguiendo este planteo, podemos afirmar que la famosa frase del *Manifiesto Comunista* “los proletarios no tienen nada que perder salvo sus cadenas” estaba totalmente alejada de la realidad del Partido Socialdemócrata Alemán. Con millones de electores y miembros, centenares de periódicos y diarios, miles de sindicatos, cooperativas, bibliotecas, nucleamientos juveniles y feministas, así como decenas de militantes

17 El marxista boliviano René Zavaleta formuló este dilema en la siguiente clave: todo movimiento revolucionario debe cabalgar sobre la dialéctica que se despliega en un proceso contradictorio, condensado por un lado en luchas por reformas cotidianas y, por el otro, en una estrategia de radical cambio global que las oriente, de forma tal de ser lo suficientemente interno a la realidad que se pretende transformar de raíz, y “lo suficientemente externo [a ella] como para dejar de pertenecerle” (Zavaleta, 1987: 204).

18 Existen, obviamente, otras interpretaciones, tanto en el seno del marxismo, como ajenas a él. Un aporte interesante, desde una perspectiva opuesta a la de Mandel, es el desarrollado por Robert Michels (2017). Debido a la extensión de este capítulo, nos remitimos simplemente a mencionarlo.

rentados y diputados del Reichstag, constituía sin lugar a duda una organización política y social de enorme envergadura. Frente a esta situación, surgió indefectiblemente el conflicto de *la necesidad de defender lo adquirido*. De acuerdo a Mandel, tras el problema de la burocratización se encuentra el de los privilegios materiales y de la defensa de las conquistas parciales obtenidas. Es desde esta óptica que debe ser entendido el creciente reformismo de los miembros del partido, y no a partir de una posible “contaminación teórica” realizada por Bernstein o Kautsky¹⁹.

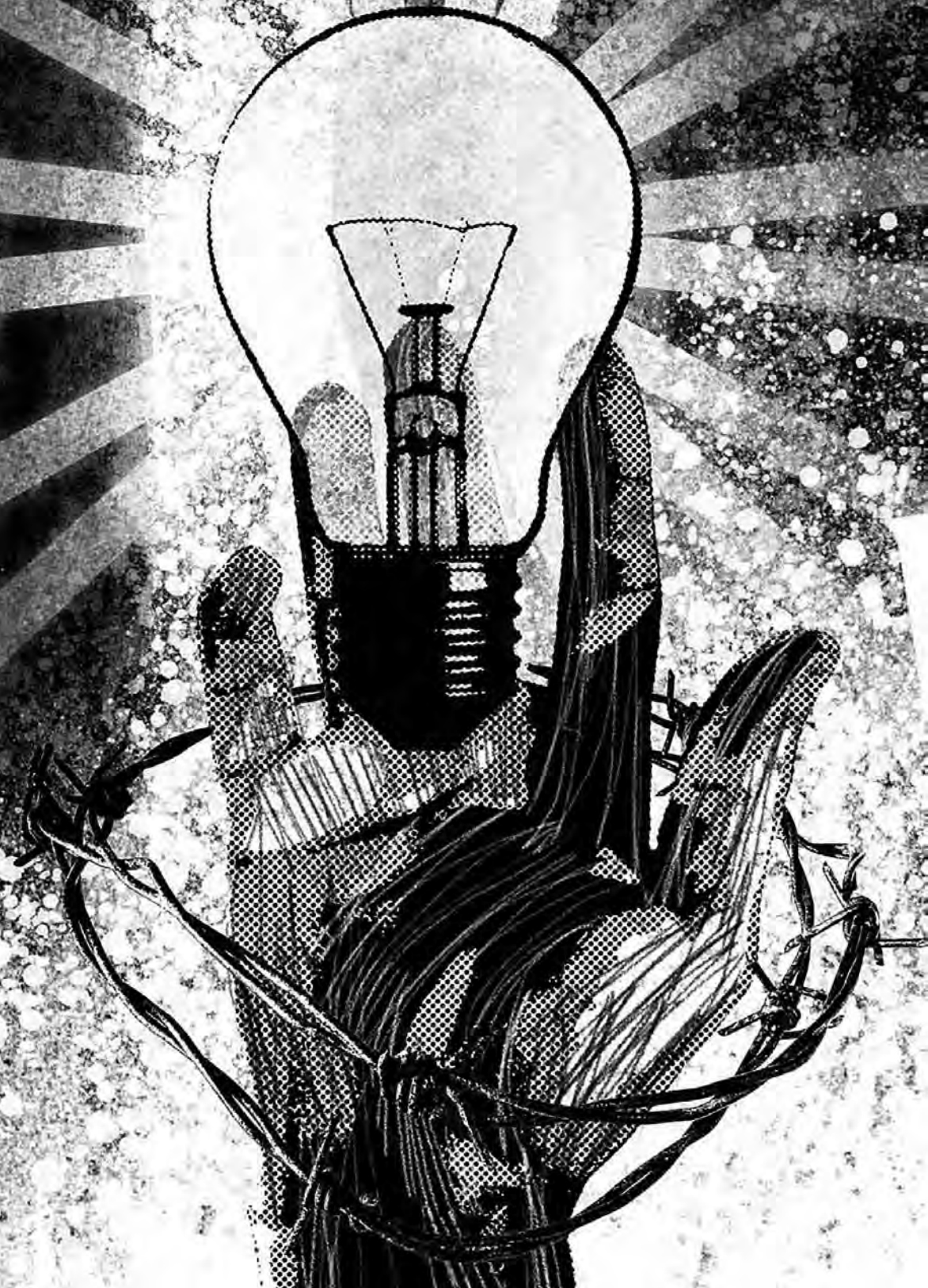
Otro factor a tener en cuenta es la evolución de la composición social y profesional de los miembros del partido. Un claro ejemplo de ello es que, a finales del siglo XIX, de la totalidad de diputados socialdemócratas miembros de Reichstag, prácticamente ninguno era obrero. Sumado a esto, Lenin utilizó en numerosas ocasiones el concepto de *aristocracia obrera* para referirse a un sector considerable en el seno de la socialdemocracia²⁰, para dar cuenta del creciente aburguesamiento de ciertas capas del movimiento obrero europeo, que respondió, en buena medida, a la ausencia de estallidos revolucionarios a lo largo de todo el período que se extiende desde el cruento aplastamiento de la Comuna de París en 1871 hasta principios del siglo XX.

Las esperanzas de transformación social se trasladarían, según Marx y Engels, de Francia hacia Alemania. Pero a la primera gran crisis del capitalismo (1873-1887), a la que, en teoría, debía sucederle una etapa de catástrofes económicas e insurrecciones políticas, le sobreviene, por el contrario, la *belle époque*: un florecimiento y expansión capitalista nunca antes visto, que implicó que la industria alemana creciera entre 1893 y 1902 alrededor de un 40%.

19 Como afirma Paul Kellog (1995), la verdadera raíz de la aceptación de la vía parlamentaria al socialismo no está en el viejo Engels “sino en la realidad material de la práctica cotidiana de la socialdemocracia europea (en especial la alemana)”.

20 Si bien fue Lenin quien desarrolló esta noción de manera acabada, Engels había expresado, más de medio siglo atrás, lo siguiente: “Parece que, después de todo, los obreros (franceses) se han aburguesado completamente por la momentánea prosperidad y por las perspectivas de la gloria del imperio” (Carta a Marx del 24 de septiembre de 1852). Pocos años después, extendería esa caracterización para referirse al “real aburguesamiento progresivo del proletariado inglés”. Como posible explicación de este fenómeno, argumentaba que “en una nación que explota al mundo entero, ello es en cierto modo de esperar” (Carta a Marx del 7 de octubre de 1858; ambas en Marx y Engels, 1973).

Esto minó los ánimos de numerosos dirigentes del movimiento obrero, llevando a muchos de ellos a replantearse, tal como lo hizo Eduard Bernstein, la capacidad creciente del capital de salir airoso de las crisis periódicas que lo acechaban. En los años siguientes, el imperialismo y la acumulación por despojo en las periferias y colonias brindaría, además, un marco de contención material para las clases dominantes europeas frente a los sectores subalternos en constante crecimiento. Esta relativa (y, por supuesto, temporaria) *bonanza* capitalista puede, por tanto, aportar alguna explicación adicional al paulatino reformismo y burocratización de la socialdemocracia en Alemania y en gran parte de Europa.



CAPÍTULO 4

Formación política y disputa cultural para la emancipación

*El único medio de presión que puede llevar a la victoria es
la formación política dentro de la lucha cotidiana*

Rosa Luxemburgo

No son muchos los estudios e investigaciones dedicadas a la vida y obra de Rosa que destaquen su faceta como educadora e impulsora de proyectos político-culturales, y de sus ideas y propuestas centradas en la lucha en ese plano, a pesar de haber sido ésta una arista clave en su derrotero militante. Por ello vale la pena recorrer brevemente algunas de sus principales reflexiones e iniciativas que nos ha legado en este sentido, para revitalizar la praxis revolucionaria y potenciar aquellos proyectos emparentados con una pedagogía liberadora y una cultura emancipatoria, y que nos permita redoblar la apuesta por la formación constante de los movimientos populares y las organizaciones feministas, juveniles, comunitarias y territoriales de América Latina y el Caribe.

Rosa es una de las marxistas que, en tanto educadora popular, más esfuerzos destina a lo largo de su vida en favor de los procesos formativos, a los que

considera prioritarios para cada activista. Paradójica y erróneamente, se la sigue caricaturizando como una “espontaneísta” que denostaba la teoría y la necesidad de la organización política, algo alejado por completo de su concepción revolucionaria. Desde sus primeros pasos como militante clandestina en su Polonia natal, hasta su destacado papel en el seno de la izquierda alemana y europea, siempre abogó por construir y dotar de centralidad a los espacios orgánicos y a los momentos de autoaprendizaje de las masas.

La experiencia de la Escuela de formación política en Berlín

Al poco tiempo de sumarse a las filas del Partido Socialdemócrata Alemán, Rosa es invitada a incorporarse como educadora a su Escuela de formación. Salvo en los diferentes interregnos que estuvo encarcelada, dedica buena parte de su militancia diaria a esta tarea, a razón de cuatro veces por semana, desde 1907 hasta 1914 (año en el que, como consecuencia de su agitación contra la guerra, sufre sucesivos y prolongados períodos de encierro en la cárcel). En los talleres y cursos que coordina, no permite que se tomen notas en el momento, ya que considera que es mejor que quienes asisten puedan seguir, sin interrupción y con la mayor atención posible, la dinámica de intercambio y exposición que orienta a cada encuentro. “Uno no quiere simplemente repetir”, convertirse “en un fonógrafo”, sino “recoger material fresco para cada nuevo curso, ampliar, cambiar, mejorar”, que se fomente la discusión y “un tratamiento profundo de la materia mediante preguntas y conversación”, confiesa en una de sus cartas (Luxemburgo, 2017c: 175).

Rosi Wolfstein, integrante del Partido Comunista Alemán, brinda un testimonio de primera mano acerca de cuál era el método de Rosa en esta escuela: “¿Cómo nos obligaba a que cada persona analizara y aprendiera por sí misma en los temas de la economía nacional? ¡Por medio de preguntas! Mediante preguntas y nuevamente siempre preguntar e investigar obtenía de la clase todo el conocimiento posible, que debía ser comprobado y que ella depositaba ahí. A través de sus preguntas hacía resonar la respuesta, y nos permitía escuchar dónde y cómo sonaba vacío; a través de sus preguntas tanteaba los

razonamientos y nos permitía ver si estaban huecos o derechos, por medio de preguntas obligaba a ir del reconocimiento del error personal, a la búsqueda propia de un resultado irrefutable” (Schütrumpf, 2007: 48).

Este espacio formativo no estuvo exento de disputas y en más de una ocasión vio peligrar su continuidad, producto del desprestigio y las críticas que recibía de parte de los sectores más moderados del partido, así como de los dirigentes y burócratas sindicales contrarios al marxismo revolucionario, que incluso no ocupaban las plazas destinadas a sus afiliados a manera de boicot. Denunciada la Escuela por ellos como “centro intelectual de instrucción de radicales” e “iglesia marxista”, lo que les molestaba eran no sólo los contenidos que allí se impartían, sino los cuadros que componían el equipo docente, y que expresaban una tendencia de izquierda refractaria al revisionismo y a la perspectiva educativa conservadora propia de los sindicatos.

Rosa mantiene incluso una polémica en torno a este punto, debido a que en un determinado momento algunos sectores del partido proponen una fusión de la Escuela que ella integra y del instituto de formación creado por los sindicatos. Si bien se muestra de acuerdo con esta posibilidad –ya que, según su visión, el partido y los gremios son parte de un mismo movimiento que, en su complementación recíproca, aportan a la lucha de la clase trabajadora, por lo que “solamente pueden florecer y fortalecerse sobre un fundamento teórico común y unificado”–, advierte que para que tenga sentido la propuesta, se requiere primero conocer en detalle y problematizar ambas iniciativas pedagógico-políticas.

Nuevamente aquí Rosa parte del punto de vista de la *totalidad*, y en un interesante y poco conocido escrito titulado *Escuela sindical y escuela de partido*, afirma que ambas escuelas “están erigidas sobre cimientos completamente diferentes y representan [por tanto] dos tipos enteramente diferentes”. Por eso aclara con sutil ironía que “no nos estamos refiriendo a la orientación de algunos profesores de la escuela sindical que notoriamente no se encuentran en el terreno de la doctrina marxista” (Luxemburgo, 2017a: 406). Antes bien, se trata de un debate que excede estos espacios formativos e involucra tanto a la dirección del movimiento obrero como al Partido Socialdemócrata, y que atañe a sus respectivos puntos de vista y convicciones.

Pero más allá de esta centralidad *política* de la querella (la orientación teórico-ideológica y el perfil militante que se busca en cada ámbito), que en última instancia remitía a la confrontación de dos posiciones al interior del socialismo, entre aquella que reivindica el revisionismo y pregona una estrategia gradualista de absolutización de las reformas, y la defendida por Rosa en clave revolucionaria, ella no desestima la arista estrictamente *pedagógica* de la discusión, comenzando por la propia organización de cada espacio formativo. Si en el caso de la Escuela partidaria se prioriza una cantidad relativamente pequeña de participantes, para evitar el hacinamiento y garantizar la participación general y al mismo tiempo un trabajo más personalizado, así como un intercambio entre estudiantes y educadores/as fluido, en las escuelas sindicales el número resulta excesivo y esta dinámica se torna casi imposible. A su vez, si en la Escuela partidaria se abordan dos o a lo sumo tres materias por día, de dos horas cada una de ellas, para tener de acuerdo a Rosa tiempo suficiente para el proceso de enseñanza-aprendizaje e incluso re TRABAJAR en la casa con más tranquilidad lo visto y revisar sus materiales y anotaciones; en la escuela sindical, la cantidad de materias son cinco por día, de una hora cada una, sin posibilidad de que ocurra una discusión profunda sobre la temática, por lo que “se suceden unas tras otras las asignaturas, sin que los alumnos puedan recapacitar”, a lo que se suma el hecho de que cada curso dura sólo seis semanas (Luxemburgo, 2017a: 409).

En una tónica similar, Rosa le escribe una carta a Wilhem Dittman, quien en 1911 le consulta acerca de esta polémica generada al interior de la socialdemocracia y en el seno de varios gremios, donde concluye aseverando que, más allá de que en las escuelas sindicales los maestros sean en su mayor parte revisionistas (entre ellos se encontraba el propio Bernstein), “la línea de los maestros es cuestión de convicción; pero la organización de la enseñanza es cuestión de una pedagogía racional, y ahí es para mí un acertijo toda la escuela de los sindicatos” (Luxemburgo, 2017c: 174).

Una parte sustancial de las clases dadas por Rosa en la Escuela del partido, en cuyos borradores trabaja para su publicación incluso durante los meses de 1914 y 1915 que está en la cárcel, fue editada póstumamente bajo el título de *Introducción a la economía política*, y vale la pena leer estos manuscritos porque

no solamente desmitifica en ellos el pensamiento de los “sabios burgueses”, sino que aborda de manera detallada –y hasta reivindica– las formas comunitarias de vida social existentes en la periferia del mundo capitalista, entre ellas las de los pueblos indígenas que aún perduran hoy en día en Nuestra América.

Prefigurando dinámicas de educación popular y preguntas generadoras similares a las que décadas más tarde serán desplegadas en América Latina por Paulo Freire y una pléyade de militantes y pedagogos de la praxis, Rosa traslada imaginariamente a las y los estudiantes de esta Escuela de formación a los más heterogéneos territorios remotos de nuestro continente y de África, y los hace habitar en ellos tanto en tiempos inmemoriales como en años recientes, hablándoles en primera persona cual campesina e indígena sojuzgada o en férrea resistencia de un entorno comunitario donde la propiedad privada no existe y el vínculo con la tierra se encuentra en las antípodas del existente en las grandes urbes europeas.

Pedagogía de la autonomía

Desde el punto de vista pedagógico la escuela partidaria está, sobre todos los aspectos, organizada de modo fundamentalmente distinto de la escuela sindical. El contraste comienza ya con la cantidad de alumnos que frecuentan simultáneamente un curso. Criticamos la escuela popular por causa de la tan frecuente superpoblación de las clases, que imposibilita una enseñanza racional y, en particular, un tratamiento individual del alumno. Lo mismo vale, en grado aún mayor, para los proletarios adultos en proceso de aprendizaje. Aquí la discusión, el debate libre de los estudiantes con el profesor, aparece como la primera condición de una enseñanza fructífera. Sólo por medio de un intercambio vivo de ideas es que se puede obtener la tenencia, la concentración de espíritu entre los proletarios que de modo general no se asocia al trabajo intelectual y, por eso, acaban cansándose más fácilmente. Pero este método de enseñanza es especialmente recomendado

por el hecho de que un instituto de formación para luchadores de la clase proletaria no puede, en primera instancia, considerar como su tarea principal meter en la cabeza de los alumnos mecánicamente una suma de conocimiento positivo, sino la educación para el pensamiento autónomo y sistemático. Las discusiones en las que todos toman parte activamente –aunque sea por el seguimiento atento, cuanto menos– sólo pueden ser llevadas a cabo con un número limitado de participantes en el aula. Por ese motivo, la escuela partidaria definió desde el inicio un número máximo de treinta alumnos, y la experiencia de cinco años confirmó la total viabilidad práctica de un aula viva con una participación general activa. En las escuelas sindicales, dependiendo del caso, 50, 60, 70 y hasta 75 alumnos frecuentan cada curso, por lo que un constante intercambio de ideas entre alumnos y profesores, una interacción viva entre ellos durante la clase parece, aún con la mejor de las intenciones de los dos lados, casi impensable.

Rosa Luxemburgo, *Escuela sindical y escuela partidaria*
(2017a: 407)



Podemos imaginarnos lo que implicó que una mujer, polaca, judía y migrante ingrese como “profesora” en ese espacio construido y habitado casi de manera exclusiva por hombres, que además de desvalorizar la capacidad intelectual y política de las mujeres, en no pocas ocasiones reproducían los peores prejuicios misóginos y antisemitas. Y lo mismo cabe decir de sus querellas y discusiones en periódicos y revistas teóricas de la socialdemocracia, donde no temió enfrentarse con los “popes” de la vieja guardia marxista ortodoxa (que por cierto censuraron más de uno de sus artículos por su frontalidad), en aras de defender cada idea con extrema pasión y originalidad. Ella, al igual que supo afirmar Mariátegui en las palabras iniciales de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, fusionaba pensamiento y vida, y no dudaba en meter toda su sangre en sus ideas.

Instrucciones para escribir un artículo

¿Saben lo que en este momento no me deja ni un respiro? No estoy nada satisfecha con la forma en que se escriben en el partido la mayoría de los artículos. Todo es tan convencional, tan acartonado, tan rutinario (...) Lo sé, el mundo es otro y los nuevos tiempos exigen canciones nuevas. Pero “canciones”, nuestros garabatos no suelen serlo, más bien son un murmullo monótono como el ruido de una máquina. Creo que la causa de esto radica en que la gente al escribir olvida, casi siempre, ahondar en sí misma y percibir la importancia y la verdad de lo que están escribiendo. Creo que cada vez, cada día, en cada artículo hay que sentir y revivir la causa, entonces surgirán con facilidad palabras frescas, palabras salidas del corazón y que alcanzarán al corazón para la vieja causa. Pero uno se acostumbra a la verdad y recita las cosas más grandes y más profundas como un padrenuestro. Me propongo no olvidar jamás que cuando escriba debo entusiasmarme y abandonarme en lo escrito.

Rosa Luxemburgo, *Carta a Robert y Mathilde Seidl*
(Frölich, 1976: 75)



Formarse desde la praxis: la importancia de la discusión teórica y de la educación en la lucha

Hoy sabemos que la batalla de Rosa fue en varios frentes: contra el capitalismo como sistema de dominación múltiple, que además de intensificar la explotación de la clase trabajadora, exacerbaba el militarismo bélico y desplazaba su crisis hacia los países coloniales y la periferia global a través de la acumulación por despojo, pero también contra lo que Raya Dunayevskaya llamó “chauvinismo masculino”, que imbuía al propio partido en el que ella militaba, incluyendo a sus principales referentes teóricos y políticos, Karl Kautsky y August Bebel. Algunos de sus textos más disruptivos son producto de las querellas libradas

contra las tendencias burocráticas al interior de la organización, que subestimaban de manera simétrica la capacidad de lucha y autoconciencia de las clases populares.

Uno de sus primeros escritos, *¿Reforma o revolución?*, constituye una brillante respuesta a las hipótesis reformistas de Eduard Bernstein. Producido a partir de la sistematización de artículos publicados por ella en la prensa partidaria, en este libro editado entre 1899 y 1900 explicita la centralidad del estudio y la discusión teórica: “no se puede arrojar contra los obreros insulto más grosero ni calumnia más indigna –arenga– que la frase ‘las polémicas teóricas son sólo para académicos’”. Es que, como afirma en otra de sus cartas, “el socialismo no es precisamente, un problema de cuchillo y tenedor, sino un movimiento de cultura, una gran y poderosa concepción del mundo”, por lo que la disputa intelectual y la formación política tenían una relevancia ineludible (Luxemburgo, 2017c: 203).

La relevancia del debate teórico y de instancias específicamente formativas como la Escuela de partido en la que participa durante muchos años, no significa para Rosa desmerecer las acciones militantes en la calle, sino por el contrario concebirlas, también, como momentos de profundo aprendizaje, forjadores de autoconciencia en un ida y vuelta con la reflexión crítica. *Huelga de masas, partido y sindicatos*, otro de sus libros más sugerentes, es un claro ejemplo de su concepción dialéctica de la realidad y de la autoformación en torno a ella, donde también insiste en la importancia del debate teórico surgido de problemas prácticos, en este caso la huelga de masas como novedosa y potente herramienta de lucha. Rosa considera que esta discusión “servirá para ampliar el horizonte intelectual del proletariado, contribuirá a aguzar su conciencia de clase, a profundizar sus ideas y fortificar sus energías para la acción” (Luxemburgo, 1970: 46-47).

A partir de la reconstrucción y análisis del proceso revolucionario vivido en Rusia en 1905, este texto elaborado en Finlandia tras su participación directa en los últimos meses del proceso de rebelión vivido en su caso en Varsovia, demuestra cómo la supuesta “espontaneidad” de las masas populares en las calles y barricadas de aquel “bárbaro” país oriental, tenía mucho para enseñarle a la cómoda y “educada” dirigencia sindical y socialdemócrata de Alemania e incluso al conjunto de Europa, respecto de cuál era el horizonte de lucha al que apuntar:

“un año de revolución ha dado al proletariado ruso esa ‘educación’ que treinta años de luchas parlamentarias y sindicales no pueden dar artificialmente al proletariado alemán”, sentencia en una de sus páginas más ardientes, donde se mofa de “los burócratas enamorados de los esquemas prefabricados” (Luxemburgo, 1970: 92).

Tal enfado genera este material, que la dirección de los burocráticos y adormecidos sindicatos alemanes decide destruir e incendiar la edición que esperaba ser difundida por esas tierras. Este libro en particular brinda una enseñanza vital en términos formativos, debido a que postula que la experiencia práctica, *el aprender haciendo*, resulta fundamental en el proceso autoeducativo de las masas en su caminar revolucionario, a punto tal que la organización de las y los oprimidos no es una creación que antecede a la lucha, sino un producto de ella. A esto alude Michael Löwy cuando asevera que “lo que salvaba su argumento de un economicismo fatalista era la pedagogía revolucionaria de la acción” (Löwy, 2012: 2).

Rosa destaca que el proletariado ruso no luchó durante esos convulsionados meses de 1905 meramente por reivindicaciones mínimas, sino que uno de los ejes de su agenda era el derrocamiento del absolutismo, una exigencia que iba a demandar tiempo por su carácter ambicioso, pero también niveles altos de conciencia por parte de la clase trabajadora, que según su interpretación no se conseguiría de manera librezca, sino en *la escuela viva de los acontecimientos*: “Si el elemento espontáneo desempeña un papel tan importante en las huelgas de masas en Rusia, no es porque el proletariado ruso sea ‘insuficientemente educado’, sino porque las revoluciones no se aprenden en la escuela” (Luxemburgo, 1970: 79). En este punto es insistente, en la medida en que el proletariado, de acuerdo a su visión, tiene necesidad “de un alto grado de educación política, de conciencia de clase y de organización. No puede aprender todo esto en los folletos o en los panfletos, sino que esta educación debe ser adquirida en la escuela política viva, en la lucha y por la lucha, en el curso de la revolución en marcha”, sentencia (Luxemburgo, 1970: 59). Por ello, si bien no desmerece las conquistas materiales concretas que puedan lograrse en este marco, afirma que el resultado más precioso de la revolución estriba en su peso *intelectual*. “El crecimiento por saltos del proletariado en el plano intelectual y cultural

ofrece una garantía absoluta de su irresistible progreso futuro tanto en la lucha económica como en la política” (Luxemburgo, 1970: 64).

En igual sentido, un principio epistemológico y político de Rosa es entender que los conceptos y reflexiones no son jamás elucubraciones antojadizas gestadas detrás de un escritorio, ni tampoco el pensar insurgente puede crearse sólo a partir de otros pensamientos o reflexiones meramente teóricas, sino que resultan un genuino producto de aquella praxis crítico-transformadora que despliegan las masas en su andar colectivo. De ahí que sean siempre “categorías-de-lucha” o “ideas-acción”, forjadas al calor de la intervención militante, el diálogo de saberes y las resistencias emancipatorias que se libran a nivel cotidiano. Y tal como ha expresado Roberto Pittaluga, si para ella “era imposible un pensamiento aislado absolutamente del carácter conflictual de las relaciones sociales que lo hacen posible, el marxismo, emergente del conflicto, debe aplicarse a sí mismo sus propias categorías, empezando por concebirse como producto histórico, desterrando esos juicios que lo estimaban como verdad revelada y eterna” (Pittaluga, 1998: 43).

La autocrítica como aprendizaje de los propios errores

En el contexto del desencadenamiento de la primera guerra mundial, Rosa utiliza su pluma –bajo seudónimos varios– como arma de combate contra las fuerzas nacionalistas que instan al intervencionismo militar alemán en el conflicto bélico. *La crisis de la socialdemocracia* (escrito en 1916 entre rejas y firmado con el nombre de *Junius*), es quizás uno de los folletos de denuncia contra la guerra imperialista de mayor trascendencia en Europa, donde además de efectuar una sincera autocrítica a raíz de las debilidades y limitaciones que impidieron evitar este conflicto bélico fratricida, advierte sobre una disyuntiva civilizatoria que pasará a la historia como consigna de las causas populares a nivel mundial: *¡Socialismo o barbarie!*²¹

21 Si bien esta consigna se emparenta con la visión trágica del devenir histórico en el contexto de la primera guerra mundial, es posible rastrear algunos momentos previos a este conflicto bélico, donde Rosa caracteriza a la cotidianeidad de la sociedad capitalista como *barbarie*. En un emotivo e irónico

Lejos de propiciar una neutralidad absoluta que implique desentenderse de esta tragedia bélica, advierte que “jamás la actitud pasiva del *laisser-faire, laisser-passer* ha sido la línea de conducta de un partido revolucionario”, por lo que el papel de las y los socialistas “no es el de situarse bajo la dirección de las clases dirigentes para defender la sociedad de clases existente, ni permanecer silenciosamente al margen, esperando que la tormenta pase, sino seguir *una política de clase, independiente*”. Pero para construirla, aclara, la clase trabajadora “no tiene un esquema previo, válido de una vez para siempre, ni un guía infalible que le muestra el camino que debe recorrer; no tiene otro maestro que la experiencia histórica (...) Sólo alcanzará su liberación si sabe aprender de sus propios errores. Para el movimiento proletario, la autocrítica, una autocrítica valiente, cruel, que llegue hasta el fondo de las cosas, es el aire y la luz sin los cuales no puede vivir” (Luxemburgo, 1972c: 133).

Esta actitud autocrítica irá cobrando cada vez mayor dimensión al calor de la actitud chauvinista no sólo de los llamados socialistas mayoritarios –que continuarán defendiendo el intervencionismo en la guerra mundial por parte de Alemania a pesar del descontento creciente en las filas del partido–, sino también de la posición ambivalente y tibia que asuman los socialistas “independientes”, que en abril de 1917 rompen con el partido y conforman una nueva organización, el Partido Social Demócrata Independiente de Alemania (USPD). Si bien el Grupo Internacional y la Liga Espartaco deciden sumarse a esta plataforma, mantienen una posición crítica frente a este reagrupamiento caracterizado como “centrista” por Rosa y sus compañeros de militancia.

artículo publicado en el periódico feminista *La Igualdad*, afirma que a pesar de que “nuestra sociedad parece ser normalmente muy decorosa, mantiene alto su honor, el orden y las buenas costumbres”, lo cierto es que “de repente, a nuestra sociedad le es arrancada la máscara de la decencia por el fantasma atroz de la miseria” y “se muestra, que bajo el delirio exterior y la futilidad de la civilización se abre el despenadero de la barbarie, del embrutecimiento; se revelan las imágenes del infierno” (Schütrumpf, 2007: 51). Aquí y en otros fragmentos lúcidos, Rosa parece sugerir que la barbarie, lejos de ser un estado de excepción momentáneo y breve, no es más que una exacerbación de la normalidad burguesa.

Por eso ella no duda en reconocer que es necesaria “una autocrítica despiadada, de verdad sin disfraz”, ya que “sólo así se puede hoy prestar servicio al socialismo”. Se torna pues acuciante apelar a “esa importantísima tarea de esclarecimiento crítico que actualmente hace falta al movimiento”, debido a que “no basta que un puñado de personas tenga la mejor receta en el bolso y que ya sepa cómo las masas deben ser dirigidas. Esas masas precisan ser intelectualmente arrancadas de las tradiciones de los cincuenta años pasados para liberarse de ellas [en alusión a la práctica e ideología reformista de la socialdemocracia alemana]. Y sólo puede hacerlo un amplio proceso de rigurosísima y permanente autocrítica del movimiento como un todo” (Luxemburgo, 2017b: 159 y 162).

Al poco tiempo, y a pesar de encontrarse nuevamente entre rejas –donde permanece confinada numerosos meses, precisamente a raíz de su militancia internacionalista y contra la guerra–, tiene oportunidad de realizar una lectura crítica de los primeros momentos del proceso revolucionario vivido en la Rusia soviética de 1917 y principios de 1918. El manuscrito *La Revolución rusa* resulta un texto clave, no solamente para todo proyecto de formación política en cuanto a su método de análisis y autocrítica fraterna desde el marxismo, sino porque en él se explicita la centralidad que este tipo de propuestas adquiere en la transición al socialismo, e incluso antes de él. “El dominio de clase burgués –dirá Rosa sin medias tintas– no tenía necesidad de una instrucción y de una educación política de las masas populares, por lo menos más allá de ciertos límites muy estrechos. Para la dictadura proletaria, en cambio, ambas cosas constituyen el elemento vital, el aire, sin el cual no podría subsistir” (Luxemburgo, 1972c: 76).

En efecto, la nueva sociedad implica la participación activa y consciente del pueblo, razón por la cual “la práctica socialista exige una completa transformación espiritual en las masas degradadas por siglos de dominación burguesa”. De acuerdo a la militante espartaquista, “la escuela misma de la vida pública, de la más ilimitada y amplia democracia, de la opinión pública”, es lo que iba a permitir el avance hacia un socialismo no burocratizado ni autoritario. Por ello concluye afirmando que “la democracia socialista no comienza solamente en la tierra prometida”, sino que debe prefigurarse en el presente, ensayarse aquí y ahora como proyecto formativo de autogobierno cotidiano (Luxemburgo, 1972c).

Incluso en los momentos más duros y adversos, Rosa no temió ejercitar de manera fraterna y honesta aquella autocrítica reivindicada como vital, en aras de evitar un desencuentro cada vez mayor entre libertad e igualdad, algo que vislumbraba como peligro en la Rusia soviética: “La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre libertad para el que piensa de manera diferente”, se atreve a advertirles de manera premonitoria a los camaradas bolcheviques en uno de los párrafos finales de su manuscrito, donde a la vez denuncia la falta de canales de participación real de las masas y la ausencia de debate público en torno a los principales problemas que aquejan al proceso revolucionario (Luxemburgo, 1972c). Sin embargo, sus propios compañeros espartaquistas la regañaron y le sugirieron no difundir el escrito producido por ella en la cárcel, por miedo a que le hiciera “el juego a la derecha”.

A contrapelo, para Rosa el análisis autocrítico y (en caso de ser necesaria) la rectificación genuina, constituyen un ejercicio teórico-político ineludible, ya que, según su convicción, flaco favor hace la militancia a los proyectos emancipatorios si se convierte en mera aplaudidora de sus posibles logros y, “haciendo de la necesidad virtud”, omite sus contradicciones, ambigüedades o errores, por temor a ser excomulgada o considerada “traidora”. Hay que asumirlo de una vez por todas: ausencia de reflexión (auto)crítica, estancamiento y dogmatización van de la mano, y de acuerdo a Rosa nos sumergen en un círculo vicioso del que es cada vez más difícil salir.

Pedagogía del poder popular y el autogobierno

En dos de sus últimas manifestaciones públicas antes de su muerte, *¿Qué quiere la Liga Espartaco?* y el discurso ante el Congreso de fundación del Partido Comunista Alemán, también desliza algunas afirmaciones que denotan la extrema preocupación que tenía aún por la formación intelectual y política de las masas, en base a su praxis colectiva centrada en la construcción e irradiación de órganos de autogobierno popular, como los Consejos de obreros y soldados gestados al calor de la revolución alemana. En el primero de ellos (que supo

fungir de programa de la izquierda radical a fines de 1918), no sólo redobla la apuesta por su autoemancipación –citando una vez más la frase de Marx a la que tanto apeló en su vida, “la emancipación de la clase trabajadora debe ser obra de la propia clase trabajadora”– sino que define a la revolución como un proceso de trastocamiento subjetivo, donde la educación y el cultivo de nuevos sentimientos refractarios al individualismo son claves: “De máquinas muertas que el capitalista coloca en el proceso de producción, las masas proletarias deben aprender a convertirse en dirigentes pensantes, libres y autodeterminados de ese proceso. Deben adquirir el sentimiento de responsabilidad propio de miembros activos de la comunidad, única propietaria de la riqueza social” (Luxemburgo, 2009a: 68-69).

Asimismo, en el discurso por la creación del Partido Comunista Alemán sugiere que “las masas deben aprender a ejercer el poder, ejerciendo el poder. No hay otro camino”, ya que, si en las revoluciones burguesas “bastó con derrocar el poder oficial central y entregar la autoridad a unas cuantas personas”, en nuestro caso se trata de un hecho masivo no sólo en términos físicos, sino también en términos espirituales, debido a que la clase trabajadora, tal como supo advertir el joven Gramsci, no puede darse el lujo de ser ignorante, ya que éste es un privilegio exclusivo de la burguesía. Por lo tanto, “el socialismo no puede ser ni será creado por decreto; no lo puede crear gobierno alguno, por socialista que sea. El socialismo lo deben crear las masas, lo debe realizar cada proletario”, lo que sólo es posible a partir de la conquista del poder “desde abajo” (Luxemburgo, 2009a: 99).

Inmersa en un clima revolucionario en Berlín, Rosa redobla la apuesta por la construcción de poderes e instituciones propias, creadas y expandidas desde abajo, que cuenten con el protagonismo del proletariado como *intelectual colectivo*, que aprende a (auto)gobernar en la praxis misma de su lucha y en órganos democráticos como los Consejos. Desde el optimismo de la voluntad sentencia: “Felizmente, quedaron atrás los días en que nos proponíamos ‘educar’ al proletariado en el socialismo. Parecería que los marxistas de la escuela de Kautsky siguen viviendo en esas épocas pasadas. Educar en el socialismo a las masas proletarias significaba distribuir volantes y folletos, hacer conferencias. Pero ése

no es hoy el método de educar a los proletarios. Hoy, los obreros aprenderán en la escuela de la acción” (Luxemburgo, 2009a: 107-108).

En plena ebullición obrera y combate desigual en las calles de Berlín, y pocas horas antes de ser asesinada junto a Karl Liebknecht, a pesar del evidente reflujo Rosa no duda en redoblar su confianza en la capacidad autoemancipatoria de las masas, y exclamar: “La dirección ha fracasado. Pero debe y puede crearse una nueva dirección, por y a partir de las propias masas. Las masas son el elemento decisivo, el pilar sobre el que se construirá la victoria final de la revolución. Las masas estuvieron a la altura de su tarea histórica. Ellas han convertido esta derrota en una de las derrotas históricas que serán el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Y por ello, sobre esta derrota florecerá la victoria” (Luxemburgo, 1976: 100).

La disputa cultural por una nueva hegemonía: afinidades electivas con Gramsci

Vista retrospectivamente, la confianza casi absoluta en las masas por parte de Rosa hoy tal vez pueda resultar excesiva y hasta un tanto ingenua. Si bien ellas han demostrado en reiteradas ocasiones estar “a la izquierda” de las organizaciones, partidos y movimientos populares en diferentes coyunturas y procesos históricos, mostrando radicalidad e ímpetu, también han evidenciado en ciertos contextos puntuales un carácter ambiguo y hasta conservador. Basta pensar en el apoyo que, en determinados momentos, han brindado a regímenes fascistas y profundamente autoritarios, entre ellos en Italia y la propia Alemania en los años '30, o a votaciones en procesos electorales de América Latina donde han apoyado a candidatos neoliberales, racistas y misóginos. Obviamente Rosa tenía en claro que, sin una ardua disputa cultural y educativa, las masas terminarían subsumidas a los valores e ideas propios de las clases dominantes. Y aunque no llegó a desarrollarla, como vimos, supo prestar atención a esta dimensión de la lucha que es profundamente pedagógica, ya que apela al *convencer, para poder vencer*. De ahí que haya afirmado que “para que el socialismo pueda llegar a la

victoria, es necesario que existan masas cuya potencia resida tanto en su nivel cultural como en su número” (Luxemburgo, 1972b: 158).

Por ello resulta por demás sugerente pensar en la articulación de su legado intelectual y político con los aportes del marxista italiano Antonio Gramsci. Como ha planteado Lelio Basso (uno de los mayores “traductores” del pensamiento de Rosa Luxemburgo en una clave revolucionaria original), teniendo en cuenta que no resulta fácil “formular *ex novo* una estrategia para los países de capitalismo desarrollado, donde la integración de la clase obrera en el sistema ha alcanzado niveles alarmantes (...) por lo menos un arado teórico del terreno representa una exigencia muy urgente. Y esto puede suceder sólo sobre la base de la veta de pensamiento Marx-Luxemburgo, naturalmente enriquecido por la experiencia y por las contribuciones teóricas sucesivas, entre las cuales es por supuesto de la máxima importancia la contribución gramsciana” (Basso, 1977b: 14).

Al igual que han propuesto Carl Boggs (1985), Peter Weiss (1999) y Frigga Haug (2013), puede establecerse una estrecha conexión entre ambos marxistas, que habilita a pensar en una línea “Luxemburgo-Gramsci” acorde a la resignificación de la praxis política, en una clave que involucra la disputa y construcción de una nueva hegemonía, prioriza la autonomía integral y toma distancia de la imposición y el dogmatismo de la izquierda tradicional, pero también de la visión gradualista de la socialdemocracia europea, que considera a las instituciones del Estado instancias neutras y exentas de un contenido de clase, racial y patriarcal.

Según ha expresado Carl Boogs, “la interpretación teórica de la lucha de clases desarrollada por Gramsci en sus *Cuadernos de la Cárcel* tiene mucho en común con el más temprano enfoque de Rosa Luxemburgo sobre la problemática de la conciencia popular (...) En un momento en que mandaba el marxismo objetivista, con su fetichismo hacia las ‘fuerzas y estructuras históricas’, dichos teóricos se erigieron virtualmente solitarios para afirmar que la acción revolucionaria sólo podría surgir de las normas compartidas, del lenguaje y los símbolos emocionales (tales como los ‘mitos’) de la lucha ideológica popular” (Boggs, 1985: 57). Asimismo, en palabras de la feminista marxista Frigga Haug, “leer a Gramsci con las exigencias políticas de Luxemburgo y su praxis nos enseña a

comprenderle mejor; leer a Luxemburgo con Gramsci nos conduce a un gran número de pistas y propuestas cuya importancia y cuya posibilidad habríamos pasado por alto sin él. El estudio de ambos autores en interacción produce una gran sinergia que refuerza la esperanza política y, por lo tanto, la capacidad de actuar” (Haug, 2013: 77).

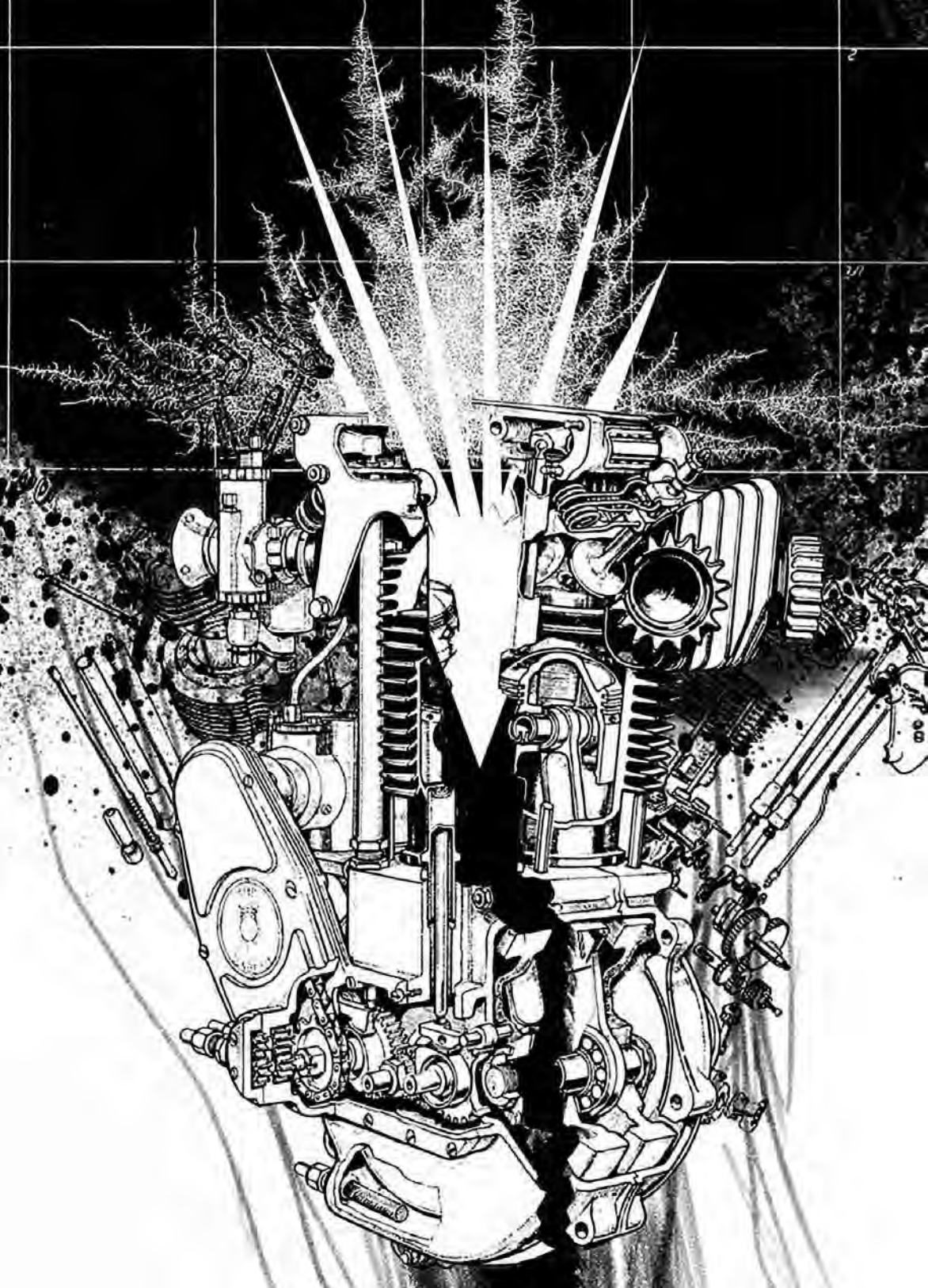
Gramsci toma distancia de las visiones que definen a la cultura y lo político como meros reflejos de la infraestructura o “base material” de una sociedad, o aspectos secundarios en el estudio y la transformación de la realidad. A contrapelo de estas lecturas deterministas, postula que el hacer y el pensar, la materia y las ideas, lo objetivo y lo subjetivo, son momentos de una *totalidad* en movimiento (a tono con el punto de vista epistémico de Rosa), que sólo pueden separarse en términos analíticos, ya que configuran un abigarrado bloque histórico en el que se articulan y condicionan de manera dialéctica, complejo proceso éste que no puede explicarse únicamente desde la esfera económica (a la que, por cierto, al igual que Rosa, no desestima).

Uno de los conceptos más potentes formulados por él es el de *hegemonía*, que en tanto concepción del mundo arraigada en –y co-constitutiva de– la materialidad de la vida social, busca construir un consenso activo alrededor de los valores e intereses de las clases y grupos dominantes, internalizados como propios por el resto de la sociedad, deviniendo “sentido común” y principio articulador general. Muchas veces no somos nosotros y nosotras quienes hablamos y actuamos, sino la hegemonía la que habla, siente y actúa a través nuestro. Campo de lucha dinámico e inestable, lo hegemónico es habitado, confrontado y recreado a diario por quienes resisten a una condición subalterna.

De ahí que en sus *Cuadernos de la Cárcel* destaque el rol que cumplen las instituciones de la sociedad civil (entre ellas los medios de comunicación y el sistema educativo) como “trincheras” donde se disputan sentidos, y a través de las que se difunden un conjunto de ideas, pautas de comportamiento y expectativas que contribuyen a sostener y apuntalar –o bien a erosionar e impugnar– un entramado de relaciones de dominación que, además de capitalistas, son patriarcales, racistas y adultocéntricas.

Sin haber llegado a profundizar esta arista, Rosa sin embargo tenía claridad acerca de ello, a raíz de su concepción de la revolución como proceso de largo aliento e *integral*, no restringible a un problema “de cuchillo y tenedor”, sino concebido como una apuesta contracultural y pedagógica, de persuasión y batalla de ideas, que debía comprometer el pensamiento sin dejar de pensar el compromiso, siempre desde los afectos, la corporalidad y la acción directa. Lo que hoy denominamos desde Gramsci “espíritu de escisión”, un pilar fundamental en la ardua dinámica de creación de una *nueva hegemonía* que rompa con la dependencia ideológica y política de la clase trabajadora respecto de la burguesía, era por lo tanto también para ella una condición imprescindible de cualquier proyecto socialista que se precie de verdaderamente emancipatorio. “La visión *propia* de las masas en sus tareas y caminos –resalta– es una precondition histórica indispensable de la acción socialista, como antes su falta de comprensión era la precondition de la acción de las clases dominantes” (Luxemburgo, 2007a: 144). Y en esta ardua y tenaz lucha, a Rosa se le fue la vida, al igual que al tozudo Gramsci en las cárceles del fascismo.





CAPÍTULO 5

Estado, lucha de clases y política prefigurativa. De la dialéctica reforma-revolución al ejercicio de una democracia socialista

*Un pueblo políticamente maduro puede renunciar tan poco
a sus derechos como un hombre vivo a respirar*

Rosa Luxemburgo

Uno de los temas más espinosos en la obra de Rosa, que dio lugar a profundos malentendidos al interior de las organizaciones de izquierda y en el seno del marxismo, es aquel que refiere a la tensión o dicotomía entre reforma y revolución. Formulado por lo general como interrogante desde una mutua exclusión, esto es, en tanto opciones imposibles de complementarse o estrategias totalmente contrapuestas, esta polémica cobra hoy nuevamente vitalidad al calor de los procesos políticos con vocación posneoliberal en América Latina, algunos de los cuales han intentado ensayar un vínculo virtuoso –con variados resultados según sea el caso– entre ambos polos de esta relación.

Por ello, retomar este debate entablado por ella hace más de un siglo, y recuperar las posibilidades de articulación entre luchas en favor de reformas de estructuras con el objetivo final de superación del orden civilizatorio capitalista, constituye un desafío mayúsculo que, lejos de resultar una inquietud puramente académica o intelectual, remite a una urgencia político-práctica de primer orden, en pos de comprender y sopesar los procesos que se viven en América Latina (varios de los cuales, a decir verdad, en los últimos años han sufrido un declive o fueron desalojados del gobierno, al ser derrotados mediante triunfos electorales o a través de contraofensivas destituyentes encabezadas por fuerzas de derecha), aunque sin desestimar el problema del poder del Estado como algo neurálgico a afrontar.

Asimismo, otro desafío lanzado por Rosa que nos parece relevante, es aquel que postula la necesidad de amalgamar democracia y socialismo para repensar la relación entre medios y fines en la construcción de un proyecto emancipatorio que tenga como columna vertebral al protagonismo popular a partir de una política que podemos denominar *prefigurativa*, en la medida en que anticipa en las prácticas del presente los gérmenes de la sociedad futura. En efecto, Rosa nos propone concebir de manera dialéctica este binomio, por lo que cabe afirmar que para ella sin democracia no hay socialismo, pero a la vez sin socialismo no es posible una democracia sustantiva. En esta clave, pasaremos revista al balance autocrítico que realiza entre rejas Rosa, acerca del proceso revolucionario en Rusia durante sus primeros momentos de ebullición y despliegue, atendiendo a sus debilidades y contradicciones, pero sin omitir la vigencia de la revolución y el horizonte de un socialismo humanista y antiburocrático.

Reforma y revolución

Es la actitud “empirista” y pragmática en la que se encuentran sumidos los sectores más conservadores de la organización a la que se incorpora a militar Rosa a finales del siglo XIX (expresada tanto en el plano sindical como en el parlamentario), la que la lleva a enfrentarse con los referentes revisionistas del Partido Socialdemócrata Alemán. Recordemos cómo se inicia la polémica. Eduard Bernstein, a través de la publicación durante 1896, 1897 y 1898 de una serie de artículos en la Revista *Die Neue Zeit*, posteriormente reunidos en formato de libro bajo el título de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, abre el debate político con relación a la caducidad de las, según él, principales tesis del marxismo, a saber: 1) el hundimiento “automático” del capitalismo a partir de sus propias contradicciones internas; 2) el empobrecimiento o pauperización creciente del proletariado; y 3) la toma del poder mediante una insurrección violenta.

A criterio de Bernstein, la revolución ya no tenía sentido alguno, desde el momento en que las contradicciones de clase tendían a “armonizarse”, producto del

EDUARD BERNSTEIN

(Berlín, 6 de enero de 1850/Berlín, 18 de diciembre de 1932). Comienza a participar del Partido Socialdemócrata Alemán en 1872, y se exilia durante 12 años, primero en Suiza y finalmente en Inglaterra, como consecuencia de las Leyes Antisocialistas de Bismarck. Durante su estancia en Londres toma contacto con la Sociedad Fabiana y los sindicatos de oficio, que postulan un socialismo de carácter moderado. También edita el periódico El Socialdemócrata, introducido en forma ilegal en el imperio alemán, y se cartea con Friedrich Engels, quien lo considera uno de sus herederos testamentarios. Durante la primera guerra mundial, se suma al Partido Socialista Independiente (USPD) aunque años más tarde, tras la finalización del conflicto bélico, se reincorpora a la socialdemocracia, en el marco de la cual se desempeña como diputado y periodista.

positivo desarrollo del capitalismo a finales del siglo XIX, y una adaptabilidad creciente que iba a contramano de la supuesta polarización entre las clases sociales prevista por Marx. Asimismo, si para éste, especialmente durante su fase “madura” posterior a 1850, nunca debía perderse de vista el objetivo o meta final (esto es: la superación del capitalismo, la desarticulación del Estado y la construcción de una sociedad socialista), para Bernstein, por el contrario, “el fin no es nada, ya que el movimiento lo es todo” (Bernstein, 1982: 75)²².

Sin embargo, aun cuando quiera presentárselo como el precursor del revisionismo, Bernstein no fue el primero en efectuar un replanteo con relación a los postulados básicos del socialismo. De hecho, ya Marx y Engels lo habían hecho. En rigor, la puesta en cuestión de determinadas concepciones e hipótesis –que, en principio, no necesariamente supone su “caída en desuso”– lejos de ser una claudicación teórica y política, forma parte del movimiento dialéctico inherente a la praxis transformadora, que reactualiza de manera permanente su corpus teórico e interpretativo. El problema, por tanto, no radica en la *revisión* como tal, sino más bien en los fundamentos y consecuencias que la sostienen y hacen que devenga en una teorización *reformista*, que escamotea la necesidad de rupturas revolucionarias o de confrontaciones violentas contra el orden dominante.

Un claro ejemplo de ello es la crítica a la “necesidad histórica” del socialismo, que Bernstein realiza en su libro. En principio, esto no constituye un hecho negativo, ya que supondría entender la historia de las sociedades humanas como construcción en disputa y, por tanto, no determinada de manera lineal y teleológica (es decir, como algo inevitable o garantizado de antemano). La cuestión radica en que, para Bernstein, la lucha de clases deviene superflua en la explicación del cambio social y político, ya que lejos de intensificarse (según él, pronóstico errado de Marx), la confrontación entre burguesía y clase trabajadora tiende a menguar cada vez más y a ceder paso a la colaboración creciente, al punto tal de que el socialismo resulta de un proceso gradual y exento de quiebres violentos, logrado a partir de la profundización de las bases democrático-liberales

22 Tal vez previendo esta posterior revisión, ya en 1885, Engels (1973) le advertía en una epístola “no olvidar la vieja regla de no descuidar, por el presente del movimiento y de la lucha, el futuro del movimiento”.

del sistema capitalista, y asentado en un proyecto moral de tipo kantiano. “Por lo que concierne al liberalismo como movimiento histórico universal –afirma Bernstein– el socialismo es su heredero legítimo” (Bernstein, 1982: 98).

Esta concepción reformista, que según él está presente ya en la “Introducción” de 1895 escrita por Engels a *La lucha de clases en Francia* de Marx (Engels, 2004), tiene como correlato práctico una creciente moderación política, en la medida en que entiende a las instituciones liberales de la sociedad moderna, por contraposición a las feudales, como flexibles, con capacidad para transformarse sustancialmente, lo cual torna a su vez innecesaria (e indeseable) su destrucción o derrocamiento, ya que sólo sería preciso hacerlas evolucionar, debido a que el propio desarrollo de la democracia –y, en particular, del parlamento en tanto encarnación de la voluntad general– supone “la supresión del dominio de clase” (Bernstein, 1982: 75).

De esta manera, si para el viejo Engels podía realizarse un (por definición transitorio) uso político del parlamento, ante todo como tribuna de denuncia y agitación, sin que mengüen en paralelo las restantes formas de lucha (incluida desde ya la callejera), y por supuesto sin perder de vista el horizonte estratégico general de trastocamiento del orden dominante; para Bernstein el camino al socialismo supone de manera ineludible la *absolutización del culto a la legalidad*, más allá de cualquier momento o circunstancia, y una escisión entre acción cotidiana y objetivo final.

Pero más allá de las posibles interpretaciones a que dio lugar el “testamento político” de Engels de 1895, Rosa Luxemburgo levanta el guante y se aboca a polemizar en profundidad con las tesis de Bernstein, en su libro *¿Reforma social o revolución?*, escrito en 1899 y elaborado sobre la base de un conjunto de artículos precedentes²³. En primer lugar, y para descartar malentendidos, sugiere que “la reforma social y la revolución social forman un todo inseparable”, por lo que no habría, en principio, oposición entre ambas luchas. Sin embargo, se encarga de aclarar que, “si el camino ha de ser la lucha por la

23 A pesar del evidente tono confrontativo del libro de Rosa, Bernstein llega a reconocer que los artículos de la marxista polaca “son lo mejor que se ha escrito en mi contra, desde el punto de vista metodológico” (Bernstein, 1982: 266).

reforma, la revolución será el fin” (Luxemburgo, 1976: 110). Esto la lleva a afirmar que “quien para transformar la sociedad se decide por el camino de la reforma legal, *en lugar y en oposición* a la conquista del poder, no emprende, realmente, un camino más descansado, más seguro, aunque más largo, que conduce al *mismo* fin, sino que, al propio tiempo, elige distinta meta; es decir, quiere, en lugar de la creación de un nuevo orden social, simples cambios, no esenciales, en la sociedad ya existente. Así, tanto de las concepciones políticas del revisionismo como de sus teorías económicas, llegamos a una misma conclusión: que éstas no tienden, en el fondo, a la realización del orden *socialista*, sino simplemente a la reforma del *capitalista*; que no quieren la desaparición del sistema de salario, sino el más o el menos de explotación. En una palabra: pretenden la aminoración de los excesos capitalistas, pero no la destrucción del capitalismo mismo” (Luxemburgo, 1976: 97; cursivas en el original).

Rosa apela al punto de vista de la totalidad precisamente para cuestionar las tesis formuladas por Bernstein, debido a que disocia completamente el presente del futuro, la lucha inmediata del horizonte estratégico, el movimiento del fin. Por eso alega que el revisionismo, lejos de propugnar la realización del socialismo, tiende según esta lectura crítica a la mera reforma del sistema capitalista, sin lograr trascenderlo ni buscar quebrantarlo, sino sobre la base de “construir una cadena de reformas crecientes que llevará del capitalismo al socialismo sin solución de continuidad” (Luxemburgo, 1976: 75).

Cabe aclarar que ella no reniega de la participación efectiva en las elecciones parlamentarias, siempre y cuando este tipo de disputa tenga como horizonte (y permita avanzar hacia) la construcción de un proyecto político antisistémico y un nivel de correlación de fuerzas tal, que haga posible la eliminación de la burguesía como clase explotadora y del Estado en tanto órgano de dominación. Por cierto, este objetivo quedaba totalmente fuera de la mirada de Bernstein, quien, como recuerda José Aricó, “colocaba el problema en el terreno puramente electoral y en el de la democratización de ciertas instituciones, y no en el terreno de la producción social” (Aricó, 2011: 74). Su *daltonismo epistémico* le impedía visualizar la naturaleza explotadora de la relación básica capitalista y el papel regulador y de co-constitución que cumplía el Estado en este sentido, y a lo sumo pugnar por suprimir los “abusos” del capitalismo, pero no sus núcleos fundantes. Es así que,

según la irónica y lapidaria interpretación de Vania Bambirra y Theotonio Dos Santos, Bernstein termine “en lo político, por oponer la reforma y la revolución para optar éticamente por la primera, ajustando el conjunto de su táctica al funcionamiento del Estado burgués. El pequeño burgués se concilia así con el Estado burgués sin abandonar su simpatía sentimental por la clase obrera. La ideología surgida de este encuentro cumple un papel mediador importante entre el orden burgués y la subversión obrera, en favor de la conservación del primero” (Bambirra y Dos Santos, 1980: 127).

A contrapelo, Rosa parte de la caracterización de la sociedad burguesa como opresiva y basada en una forma de dominación específica que le es inherente, así como “el Estado imperante es un Estado clasista”. Pero aún desde este prisma, fiel a su método de análisis marxista, nos aclara que “al igual que a todo lo que se refiere a la sociedad capitalista, no hay que entenderlo de manera rígida y absoluta, sino dialécticamente” (Luxemburgo, 1976: 68). Esto es lo que le permite admitir la posibilidad de luchas por reformas, pero en estrecha conexión con el fin revolucionario de conquista del poder y construcción del socialismo, y sin resentir su capacidad de antagonismo anticapitalista, ya que “las masas sólo pueden forjar esta voluntad en la lucha constante contra el orden existente”. En última instancia, el desafío estriba en “la unión de la lucha cotidiana con la gran tarea de la transformación del mundo”, avanzando a tientas entre dos peligros: olvidar el objetivo final o abandonar el carácter de organización de masas, es decir, “caer en el reformismo o en el sectarismo” (Luxemburgo, 1976: 110).

Según el marxista holandés Anton Pannekoek, la corriente revisionista no concebía la lucha parlamentaria como lo que efectivamente podía ser, esto es, “un medio para acrecentar el poder del proletariado”, sino en tanto *la lucha misma* por el poder (Bricianer, 1975: 178), por lo que su caída en aquel peligro del reformismo se fue tornando en grado cada vez mayor una cruda realidad cotidiana. En el caso concreto de la socialdemocracia alemana, cabe decir que a finales del siglo XIX constituía un verdadero partido de masas, con fuerte arraigo popular, sobre todo obrero, con una estructura burocrática y administrativa girando en torno del parlamentarismo y la lucha por reformas inmediatas, que lo tornaba “un Estado dentro del Estado y sus legítimos gobernantes representaban un interés poderoso en el mantenimiento del *statu quo*” (Nettl, 1974: 191). El

historiador Jacques Droz (1977) detalla que a principios de siglo XX la organización comprendía más de 4.000 funcionarios que, lejos de ser autodidactas, fungían de intelectuales diplomáticos, con cargos relativamente bien remunerados, a lo que hay que sumar a los diputados y legisladores de concejos municipales, en particular de las regiones del sur de Alemania.

La consecuencia de este proceso es que “se desarrolla en el seno del partido un grupo de técnicos, una oligarquía de burócratas permanentes, para los cuales los problemas ideológicos pasan a ser secundarios, y ponen en el primer plano de sus preocupaciones la mejora material de la suerte del proletariado: forman una clientela abonada para el revisionismo (...) La ‘organización’ socialdemócrata se convierte en un fin en sí, al cual se sacrifica todo” (Droz, 1977: 50). No casualmente, Rosa culmina su libro advirtiendo que puesto que “nuestro movimiento es un movimiento de masas (...) los peligros que lo acechan no derivan del cerebro humano sino de las condiciones sociales” (Luxemburgo, 1976: 110). En esta misma clave, Lelio Basso sugiere precisamente que la impotencia creciente de la socialdemocracia arraigó en última instancia en esta separación entre estrategia y táctica, es decir, en el desencuentro cada vez más exacerbado entre reforma y revolución (Basso, 1977).

El llamado “debate Bernstein” condensó, más allá de la figura individual del autor de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, variadas y contrapuestas posiciones y estrategias políticas, que luego cobrarían un contorno más nítido con el transcurrir de los años y dividirían aguas en las filas del movimiento socialista, en el marco de la primera guerra mundial, e incluso en las llamadas Segunda y Tercera Internacional, como instancias de articulación europea y global. No obstante, al margen de esta interesante historia, lo cierto es que, con el tiempo, el libro de Rosa parece haber sido interpretado en una clave opuesta a la formulada a lo largo de cada una de sus páginas.

Y es que, mal que les pese a sus autores/as, hay textos que escamotean la intención de quien contribuyó a parirlos. En efecto, aquella o que -según Rosa- debía concebirse como puente y conexión orgánica entre ambos vocablos y propuestas de acción (reforma – revolución), de manera tal que se combinaran las luchas por el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora con el

proyecto estratégico de emancipación, terminó siendo una muralla infranqueable que ofició como delimitación tajante. Así, lo que constituía un todo inseparable y complementario (no exento, por cierto, de tensiones), devino en férrea incompatibilidad y crucial dilema con el correr de los años. De esta forma, el argumento principal utilizado por los líderes de la socialdemocracia alemana con quienes debatió incansablemente Rosa, acabó operando en términos dicotómicos en el seno de la propia izquierda ortodoxa, aunque en un sentido inverso al propuesto en su momento primigenio: la revolución social y la ruptura con el orden dominante, en tanto horizonte de sentido, transmutó en antídoto y contrapropuesta *frente* a la posibilidad (y el “peligro”) de conquistar reformas parciales.

Sin embargo, las apuestas por articular reforma y revolución cobraron una nueva significación tanto al calor de la coyuntura abierta en el contexto de la rebelión global de los años 1960 y 1970 en Europa y el llamado Tercer Mundo, como en las últimas décadas en las luchas desplegadas en América Latina contra las políticas neoliberales y los procesos de ajuste estructural. A partir de la recuperación del planteo de Rosa Luxemburgo, en estas interpretaciones se esboza una estrategia revolucionaria que podemos caracterizar como *prefigurativa*.

En el primer caso, algunas de las relecturas más lúcidas han sido las encaradas por Lelio Basso en Italia y André Gorz y Nicos Poulantzas en Francia. En ellos se constata una común perspectiva luxemburguista, a partir de un interrogante clave que Gorz formula en su libro *Estrategia obrera y neocapitalismo*: “¿Es posible, *desde dentro* del capitalismo –es decir, sin haberlo derrocado previamente– imponer soluciones anticapitalistas que no sean inmediatamente incorporadas y subordinadas al sistema? Es la vieja cuestión sobre ‘reforma y revolución’” (Gorz, 1969: 58). Su respuesta es afirmativa, ya que no es necesariamente reformista “una reforma que se reivindica no en función de lo que es posible en los marcos de un sistema y de una administración dados, sino de lo que *debe hacerse posible* en función de las necesidades y de las exigencias humanas” (Gorz, 1969: 59).

Estas *reformas no reformistas* no pretenden establecer “islotas de socialismo” en un océano capitalista, sino fortalecer un poder autónomo que restringe o disloca el poder del capital y busca romper el equilibrio del sistema. Por su parte,

Basso retoma el planteo de Rosa Luxemburgo y establece que “la diferencia entre una posición revolucionaria y una reformista no está tanto en el *qué*, es decir en los objetivos de la lucha cotidiana, cuanto en el *cómo*, es decir en la ligazón de estos objetivos al objetivo final”, por lo que el criterio que debe guiar a todo movimiento o proyecto emancipatorio en cada una de sus acciones, debe ser el de *un acercamiento real y progresivo a la meta*, que implica la captación de la historia como proceso unitario y articulado (Basso, 1977a: 89).

Así, lejos de encapsularse en las medidas y reivindicaciones como momentos en sí (la absolutización del *qué*), éstas deben ser contempladas en relación con el proceso histórico considerado en toda su complejidad (la supeditación al *cómo*). En última instancia, la prefiguración de la sociedad futura en el presente estaría dada no tanto por las conquistas individuales o corporativas valoradas como buenas en sí mismas, sino de acuerdo con las repercusiones que ellas traigan aparejadas sobre la construcción y el fortalecimiento del poder antagónico de las clases subalternas en cuanto sujeto político antisistémico con vocación hegemónica. Pero esta conexión también debe pensarse en un sentido inverso: el fin u horizonte estratégico tiene que estar contenido en potencia en los propios medios de construcción y reivindicaciones cotidianas.

A su vez, el marxista greco-francés Nicos Poulantzas en sus últimas teorizaciones resitúa como estratégico al debate alrededor del vínculo entre reforma y revolución. En *Estado, poder y socialismo*, reivindica a Rosa Luxemburgo para esbozar lo que considera una vía de transición al socialismo que trascienda las matrices clásicas de la socialdemocracia y el leninismo. Tras reconocer que “el reformismo es un peligro siempre latente”, advierte que “modificar la relación de fuerzas internas del Estado no significa reformas sucesivas en una progresión continua, conquista pieza a pieza de una maquinaria estatal o simple ocupación de puestos y cimas gubernamentales. Significa, claramente un proceso de *rupturas efectivas* cuyo punto culminante, y habrá forzosamente uno, reside en el basculamiento de la relación de fuerzas a favor de las masas populares en el terreno estratégico del Estado” (Poulantzas, 1979: 317). Por eso aclara que una estrategia de este tipo no significa una vía parlamentaria o electoral de conquista del poder, sino la necesidad de articular procesos de lucha que involucren reformas de estructura en la clave antes mencionada, pero también redes autogestionarias

e instancias de democracia directa impulsadas desde abajo, de forma tal que se eviten de manera simultánea el estatismo y el *impasse* socialdemócrata.

Este tipo de lecturas, formuladas en las décadas del 1960 y 1970, no lograron tanto eco en América Latina debido a la predominancia de dictaduras cívico-militares, Estados oligárquicos refractarios a las demandas de las clases subalternas y proscripciones o falta de espacios de participación real para partidos de izquierda o de raigambre popular, lo que tendió a obturar la posibilidad de ensayar proyectos de este tenor por aquellos años en nuestro continente. El contexto histórico autoritario y excluyente, así como la triunfante experiencia armada en Cuba, parecían demostrar que, *para concretar reformas, hacían falta revoluciones*. Y salvo la intensa y trágica apuesta de la Unidad Popular en Chile, que sí habilitó a debatir alguno de los planteos de Rosa en una clave político-práctica²⁴, lo cierto es que la vigencia y contemporaneidad de la dialéctica entre reforma y revolución cobró un nuevo impulso en las últimas décadas, en función de ciertos proyectos y estrategias políticas desplegadas por movimientos sociales y organizaciones de base, pero también a partir del triunfo electoral de coaliciones y líderes contrarios al credo neoliberal, e incluso en ciertos casos con una retórica anticapitalista, lo cual reactualizó en la praxis misma –y aún sin mencionarla en ocasiones de manera explícita– aquella dialéctica virtuosa formulada por Rosa Luxemburgo.

Numerosos intelectuales de izquierda han ensayado lecturas acerca de las potencialidades y limitaciones de estos procesos de lucha popular e impugnación del neoliberalismo en la región (Brier y Klein, 2004; Stolorowicz, 2009; Sader, 2009; Regalado, 2009; Rauber, 2010; Harnecker, 2010; Borón, 2010; Ouviaña y Thwaites Rey, 2012 y 2018; Renna, 2014; García Linera, 2015), que han involucrado una modificación de la relación de fuerzas a nivel continental, reinsta-

24 Entre ellos, quizás uno de los más interesantes haya sido el que se produjo en el marco del Simposio “La transición al socialismo y la experiencia chilena”, realizado en octubre de 1971 en la ciudad de Santiago de Chile, y organizado por el Centro de Estudios Socio-económicos de la Universidad de Chile y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica. Allí, el debate en torno a la dialéctica reforma-revolución y las perspectivas de una estrategia revolucionaria que la recupere, tuvo entre las y los participantes a Paul Sweezy, Marta Harnecker, Lelio Basso, Theotonio Dos Santos, Rui Mauro Marini y Rosana Rossanda. Al respecto, pueden consultarse algunas de las ponencias en Basso y otros (1972).

lando al Estado como arena de disputa y confrontación, y haciendo posible la cristalización en términos de políticas públicas de algunas reformas empujadas desde abajo, o bien dinamizadas desde los gobiernos de corte progresista, que redundaron en una parcial redistribución del excedente apropiado por los Estados, volcado al mejoramiento relativo y transitorio de las condiciones de vida de un sector importante de las clases subalternas. No obstante, en el balance referido a la dialéctica “poder propio – poder apropiado”, se tendió a privilegiar, casi sin excepciones, el hacer un uso particular y gestionar –sin ninguna vocación de ruptura– la institucionalidad estatal heredada del neoliberalismo. Las interpretaciones acerca de este ciclo, por supuesto, varían en los diferentes estudios e investigaciones abocados a ello, pero al margen de los matices y hasta contrapuntos que evidencian entre sí, lo sugerente es la vigencia de ciertos planteamientos teórico-políticos de Rosa Luxemburgo, que habilitan a pensar –e intervenir en– los procesos de cambio radical acaecidos en nuestro continente pero también, como veremos en el siguiente apartado, a sopesar sus alcances y restricciones en una clave crítica.

La polémica en torno a la participación de socialistas en gobiernos burgueses y la absolutización de la disputa electoral

La discusión generada por el libro de Bernstein no tuvo sus orígenes meramente en una elucubración teórica de un individuo, sino que, como hemos intentando demostrar, respondía a raíces concretas y a prácticas materiales de las organizaciones de la clase trabajadora europea. Una de las que más polémica suscitó fue la incorporación, a partir de junio de 1899 y hasta mayo de 1902, del dirigente socialista Alexandre-Etienne Millerand, como ministro de comercio en el gabinete del gobierno francés de Waldeck-Rousseau. El eje del debate giraba en torno a la pertinencia de la participación en el seno de las instituciones estatales, en particular en el Ejecutivo, de gobiernos caracterizados como burgueses, e implicó que el tema se tratase en el Congreso de la Segunda Internacional realizado en París a comienzos del siglo XX. Allí se condena puntualmente el involucramiento de Millerand en el gobierno francés, pero se sugiere, a instancias de Kautsky, que en situaciones de emergencia y como una cuestión táctica, es

factible una participación de este tipo. Sectores más moderados del socialismo francés, como el representado por Jean Jaurés, llegan a pregonar la justificación de participar en gobiernos burgueses más allá de que pueda peligrar la república (argumento esgrimido por Millerand), e instan a concebir esta propuesta como una parte sustancial de su estrategia política.

Rosa fue una de las primeras en intervenir en el debate a través de una serie de incisivos escritos en periódicos franceses y alemanes. En su artículo “Una cuestión táctica”, diferencia dos posiciones a adoptar frente a la participación de socialistas en gobiernos como el de Francia. Una es la sintetizada a nivel teórico por Bernstein, que postula la necesidad de considerar dicho ingreso no sólo como deseable sino incluso como natural. La otra, defendida por ella, propugna que la actividad socialista debe orientarse a ganar todas las posiciones posibles en el Estado actual, sólo en la medida en que las mismas *permitan intensificar la lucha de clases contra la burguesía*.

En este sentido, sostiene que existe una diferencia esencial entre los cuerpos legislativos y el Ejecutivo de un Estado burgués: mientras que “en los parlamentos los representantes obreros elegidos pueden, cuando no consiguen hacer pasar sus mociones y reivindicaciones, como mínimo, persistir en su lucha de oposición”, el Ejecutivo, “que tiene encomendada la tarea de ejecutar las leyes, la acción, no tiene lugar en su seno para una oposición de principios”. Desde esta perspectiva socialista, una vez más no es entonces el *qué* lo que importa, sino ante todo el *cómo*. De ahí que, cuando los representantes socialistas intentan impulsar reformas sociales en el parlamento, tienen la posibilidad, por su *oposición* paralela y simultánea a la legislación y al gobierno burgués en su conjunto, de dar a su lucha un carácter socialista y antiestatal (Luxemburgo 1983: 108).

En otro escrito contemporáneo al conflicto, titulado *El affaire Dreyfus y el caso Millerand*, Rosa retoma esta distinción para explicitar con total claridad una concepción antiinstrumentalista del Estado (es decir, contraria a concebirlo como una instancia neutral que puede ser usada sin más para avanzar hacia una sociedad socialista). En él expresa que “la participación en el poder burgués parece contraindicada, pues la naturaleza misma del gobierno burgués excluye la posibilidad de la lucha de clases socialista”. Esto se debe a que “la naturaleza

de un gobierno burgués no viene determinada por el carácter personal de sus miembros, sino por su función orgánica en la sociedad burguesa. El gobierno del Estado burgués es esencialmente una organización de dominación de clase cuya función regular es una de las condiciones de existencia para el Estado de clase” (Luxemburgo 1983: 111).

La contundencia se amplía aún más cuando Rosa se refiere al ingreso de Mille-
rand al gabinete francés: en este caso “el gobierno burgués no se transforma en un gobierno socialista, pero en cambio un socialista se transforma en un ministro burgués”. Aparece aquí nuevamente la necesidad de analizar desde el punto de vista de la totalidad este tipo de acciones, y no en función del voluntarismo o la actitud aislada en el marco de la cartera que ocupa: “por el puesto que ocupa, no puede dejar de lado la globalidad de su responsabilidad en todas las demás funciones del gobierno burgués (militarismo, etc.)”. Por ello concluye en forma lapidaria afirmando que “la entrada de los socialistas en un gobierno burgués no es, pues, como podría creerse, una conquista parcial del Estado burgués por los socialistas, sino una conquista parcial del partido socialista por el Estado burgués” (Luxemburgo, 1983: 111).

Ante tamaña intransigencia, podría parecer que Rosa Luxemburgo niega rotundamente la posibilidad de dar la batalla en cualquier institución que exprese los intereses de la burguesía. Sin embargo, en su artículo *Socialdemocracia y parlamentarismo*, donde confronta con la posición de Jaurés, establece una diferenciación crucial entre la participación en el parlamento, ámbito en el cual, sin sobrevalorarlo, “podemos obtener reformas útiles luchando contra el gobierno burgués”, y en el Ejecutivo, en cuyo seno no existe margen para ejercitar una oposición de principios ni para azuzar la lucha de clases. En franca oposición a las perspectivas revisionistas que hacen de la disputa electoral un pivote casi exclusivo de su construcción política cotidiana, Rosa entiende que los motivos y justificaciones puntuales de participar en este tipo de escenarios, “están tanto mejor y más seguramente protegidos cuanto más nuestra táctica no se funda en el parlamento solo, sino también en la acción directa de la masa proletaria. El peligro para el sufragio universal se reduce en la medida en que damos a entender claramente a la clase gobernante que la verdadera fuerza de la socialdemocracia no se basa en modo alguno en la acción de sus diputados en el Reichstag, sino

que se encuentra afuera, en el propio pueblo, en la ‘calle’, y que la socialdemocracia está en su caso en condiciones, y en disposición, de movilizar también directamente al pueblo en defensa de sus derechos políticos” (Luxemburgo, 1983: 114).

En este caminar colectivo en tanto fuerza revolucionaria “que no considera las luchas parlamentarias como eje central de la vida política”, para Rosa la masa trabajadora debe *prefigurar* en el presente el futuro por el que lucha, a través de prácticas y proyectos que confronten con aquella institucionalidad estatal delegativa y refractaria a la participación protagónica de las clases subalternas, y anticipen esos embriones de poder popular y autogobierno aquí y ahora. Claro está que sin dejar de pelear por reformas de estructura que, lejos de operar como mecanismos de integración a la sociedad capitalista, puedan officiar como un puntal de enorme relevancia en la edificación de un sujeto político antisistémico. Para decirlo con sus propias palabras: la tarea principal no es sólo la “de criticar la política de las clases gobernantes desde el punto de vista de los intereses del pueblo (...) sino de presentarle también ante los ojos, a cada paso, el ideal de la sociedad socialista, que va más allá de la política burguesa aún más progresista” (Luxemburgo, 1983: 115).

Creemos que estas advertencias, formuladas con extrema lucidez por Rosa, constituyen un aporte invaluable para echar luz a un análisis crítico del ciclo de impugnación al neoliberalismo acaecido en América Latina en los últimos veinte años, y sopesar sus virtudes y sombras al calor de las continuidades, reconfiguraciones y rupturas que se han podido ensayar, desde y más allá de los formatos de la democracia representativa liberal predominante en la región. Y aunque la polémica sigue abierta, resulta evidente que los tiempos y dinámicas electorales en su diseño y configuración estatal-burgués tradicional (a los que se supeditaron prácticamente la totalidad de los gobiernos, más allá de sus diferencias, así como no pocos movimientos y organizaciones populares), no suelen ser compatibles con las transformaciones radicales requeridas por las fuerzas de izquierda anticapitalista. Antes bien, éstas involucran largos procesos de maduración y disputa hegemónica, donde la autoactividad colectiva de las masas debe tener sí o sí, al decir de Rosa, un papel fundamental en la construcción de una alternativa socialista.

La revolución rusa y los dilemas de la democracia socialista

Tras la derrota de otras apuestas revolucionarias en el primer ciclo de ascenso de las luchas del siglo XX, el complejo y original proceso vivido en Rusia se convirtió poco a poco en referencia obligada –y casi excluyente– al momento de concebir una estrategia política y viabilizar un proyecto de transformación de carácter emancipatorio. Así, la excepcional experiencia rusa, y dentro de ella el bolchevismo como una de sus expresiones más potentes, devinieron ejemplo de construcción triunfante y línea correcta más allá de sus particularidades y su anclaje epocal. En forma simétrica, aquellas experiencias de insubordinación y autogobierno que no lograron sostenerse en el tiempo, resultaron asfixiadas a sangre y fuego o tuvieron menor visibilidad dentro del imaginario de las y los revolucionarios, tendieron a ser eclipsadas o, lisa y llanamente, descartadas en función de criterios realistas y pragmáticos.

Rosa supo tomar distancia de aquellas lecturas que hacían de la revolución rusa un “modelo” a replicar en todo tiempo y espacio. En primer lugar –y en esto justamente no se alejaba un ápice de Lenin–, porque de lo que se trata siempre es de realizar un “análisis concreto de la situación específica”, teniendo como punto de partida la *historicidad* de la sociedad que se pretende conocer y transformar, pero también asumiendo el punto de vista de la *totalidad* para ejercitar este análisis de coyuntura. Desde ya que esto no niega, sino más bien presupone extraer enseñanzas y recuperar aquellos elementos, apuestas y prácticas que –ejercicio de traducción mediante– contribuyen a potenciar un proyecto revolucionario en el tiempo histórico y en la realidad concreta donde se busca intervenir. Pero sí implica no absolutizar ni tampoco generalizar experiencias que remiten a una temporalidad concreta y a una geografía determinada. A igual que para José Carlos Mariátegui, Rosa considera que el socialismo jamás puede ser “calco ni copia”, sino una creación heroica de los pueblos. Por eso desde un comienzo supo leer de manera aguda la revolución desplegada en Rusia, en sus propias palabras a partir de un “entusiasmo mezclado con espíritu de crítica”.

Uno de los textos más sugerentes de Rosa al respecto, es el manuscrito titulado *La revolución rusa*, redactado en la prisión de Breslau mientras cumple condena por su activismo internacionalista. La historia de este escrito y sus repercusiones

posteriores bien podría servir de guion para una novela policial. Tras su liberación de la cárcel, Rosa no llega a corregir y difundir el texto debido a que a las pocas semanas es asesinada, por lo que este folleto recién será publicado a finales de 1921 por Paul Levi, ex compañero de Rosa, que acababa de ser expulsado del Partido Comunista Alemán. Anécdotas aparte, lo cierto es que en sus páginas formula un balance provisorio sobre el proceso abierto en Rusia, al que reivindica, aunque sin dejar de plantear críticas tanto a la caracterización errónea que sobre él realiza Kautsky y el grueso de la socialdemocracia, como a algunas de las principales iniciativas impulsadas por los bolcheviques al fragor de esa convulsión coyuntural.

El objetivo principal de este borrador consiste en impedir que las soluciones prácticas adoptadas por el poder soviético –en un contexto por demás adverso y de asedio brutal– se conviertan en dogma, *haciendo de la necesidad virtud*. Las críticas abarcan diversos aspectos de la política bolchevique (como la reafirmación del principio de “autodeterminación de los pueblos” aun cuando pueda llegar a implicar la separación del proyecto soviético, o la distribución de la tierra a los campesinos sin que ello redunde en socialización ni en propiedad colectiva), pero el problema de la dictadura del proletariado y de la democracia en el proceso de transición al socialismo resulta ser uno de los de mayor trascendencia.

En el caso puntual de los cuestionamientos a Kautsky, es sorprendente cómo sus planteos resultan coincidentes a los formulados por el joven Antonio Gramsci en su conocido artículo “La revolución contra el capital”, escrito también en 1918, donde propone no aferrarse a la letra muerta de Marx sino a su pensamiento viviente para entender lo acontecido en Rusia. En este territorio, dirá el marxista italiano, el libro *El capital* se había convertido en un texto de devoción de la burguesía, a partir de una lectura mecanicista que enterró totalmente la voluntad colectiva y la acción consciente como factores constructores de la historia: “Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una Era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera siquiera pensar en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución” (Gramsci, 1998: 34). El error cometido

por los dogmáticos, según esta original lectura, fue pretender que se renovase en Rusia la historia de Inglaterra.

En una tónica similar, Rosa escribe en las primeras páginas de su manuscrito que el curso de los hechos “es también una prueba convincente contra la teoría doctrinaria que Kautsky comparte con el partido socialdemocrático gubernamental, según la cual Rusia, por ser un país económicamente atrasado y en esencia agrícola, no estaría madura para la revolución social” (Luxemburgo, 1972c: 28). Pero quien se encuentra inmadura según ella no es Rusia, sino la clase trabajadora alemana que, lejos de empatizar con la gesta maximalista acontecida en esta “atrasada” realidad y asumir su responsabilidad histórica como parte del proletariado internacional, se muestra impotente –y de momento al menos– sin perspectivas de dinamizar un proceso de similar envergadura. Por ello se encarga de aclarar que las condiciones en las que se desenvuelve la revolución en Rusia son dramáticas al extremo, y es desde esta tesitura que es preciso analizar el proceso en curso.

Tras saldar cuentas con Kautsky, y con mayor profundidad en el análisis, el texto indaga en algunas de las principales iniciativas impulsadas por el gobierno bolchevique, haciendo una crítica a cada una de ellas en función de que, más que brindar soluciones, exacerban ciertos problemas y dan origen a otros. Pero acaso sea la parte final de borrador, dedicada íntegramente a polemizar con las medidas reivindicadas por Lenin y Trotsky, la más sugerente y actual por su carácter humanista, libertario y tremendamente visionario. Luego de cuestionar la disolución de la Asamblea Constituyente por parte de los bolcheviques en noviembre de 1917 en Rusia, se aboca a profundizar en la cuestión del ejercicio genuino de una democracia de carácter socialista y las limitaciones que se imponen desde el poder gubernamental.

En primer lugar, llama la atención acerca de las restricciones impuestas y advierte que “es un hecho notorio e incontestable que, sin una ilimitada libertad de prensa, sin una vida libre de asociación y de reunión, es totalmente imposible concebir el dominio de las grandes masas populares” (Luxemburgo, 1972c: 73). Y a continuación formula un duro cuestionamiento a la concepción que del Estado transicional o socialista tiene Lenin, al considerarlo en forma sim-

plona como “el Estado capitalista invertido y puesto de cabeza”. Para Rosa, esta caracterización omite algo esencial, que es la necesidad de que las masas tengan plena conciencia y estén formadas para el ejercicio del autogobierno, algo que jamás puede conseguirse sin libertad política. Por ello toma distancia de lo que denomina la dictadura del proletariado en el sentido leninista-trotskista ya que, de acuerdo a esta perspectiva, “la transformación socialista es un asunto para el cual el partido revolucionario tiene siempre lista en el bolsillo una receta y que sólo basta aplicarla con energía” (Luxemburgo, 1972c: 75).

La libertad no puede ser un privilegio

La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y únicamente libertad para el que piensa de modo distinto. No es por fanatismo de “justicia”, sino porque todo lo que pueda haber de instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la “libertad” se convierte en un privilegio.

Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa* (1972c: 74)



Rosa insiste, una vez más, en apostar por la participación popular como antídoto frente a los peligros del burocratismo. Propone un control público democrático y participativo, que rompa con el “círculo cerrado de los funcionarios del nuevo gobierno”. Y, sobre todo, advierte que la práctica socialista que se ha comenzado a ensayar “exige una completa transformación espiritual en las masas”. Para ella, a eso alude la noción marxista de *dictadura del proletariado*. No equivale a autoritarismo en el sentido burgués, ni tampoco a la dictadura de

un puñado de políticos. Implica vida pública, creación de instancias de autogobierno, libertad de prensa y de reunión ilimitadas, así como (auto)responsabilidad e iniciativa constante por parte de las masas.

De ahí que proteste frente a cómo Kautsky, pero paradójicamente también Lenin y Trotsky, plantean la cuestión: lo hacen en términos dicotómicos y abstractos, a partir de la disyuntiva “dictadura o democracia”. Sin embargo, no se trata de abolir toda democracia, sino de crear la democracia socialista, ya que ella “no comienza solamente en la tierra prometida”, ironiza Rosa. “Debe salir al encuentro de la participación activa de las masas, estar bajo su influencia directa, someterse al control de una publicidad completa” (Luxemburgo, 1972c: 83).

La crítica no podría ser más descarnada. Aun así, es una crítica compañera, durísima, pero fraterna. Rosa tiene plena conciencia de las condiciones sumamente adversas y las dificultades exorbitantes que debe afrontar la revolución rusa, pero de todos modos su pluma es contundente y frontal. El problema mayor, concluye, quizás no sea del bolchevismo, sino de quienes “haciendo de la necesidad una virtud, cristalizan en teoría la táctica a la que se vieron arrastrados por estas fatales circunstancias y pretenden recomendarla como modelo a imitar por el proletariado internacional” (Luxemburgo, 1972c: 84). Desacralizar por tanto esta experiencia emblemática acontecida en Rusia hace un siglo atrás, que resultó durante décadas un faro estratégico y patrón universal de medida para gran parte de la izquierda mundial, es una tarea tan ardua como imprescindible.

La experiencia de autogobierno de los Consejos obreros

Teniendo en cuenta que Rosa redacta aquel manuscrito sobre la revolución rusa en 1918, podría pensarse que la cuestión democrática es un descubrimiento tardío en sus reflexiones teórico-políticas. Sin embargo, tempranamente intenta problematizarla, en su vínculo con la lucha de la clase trabajadora y la construcción del socialismo en tiempo presente. La abordada polémica que mantiene con Bernstein contempla entre sus puntos esta arista poco explorada por los clásicos del marxismo. “Debemos concluir –afirma en las páginas de *¿Reforma o revolución?*– que el movimiento socialista no está ligado a la democracia bur-

guesa, sino que, por el contrario, el destino de la democracia está ligado al del movimiento socialista; debemos concluir que la democracia no adquiere mayores posibilidades de vida a medida que la clase obrera renuncia a su emancipación, sino que, por el contrario, la democracia encuentra mayores posibilidades para sobrevivir a medida que el movimiento socialista llega a ser suficientemente fuerte para luchar contra las consecuencias reaccionarias de la política mundial y de la desertión burguesa de las filas de la democracia. Quien quiera fortalecer la democracia deberá fortalecer y no debilitar el movimiento socialista. Quien renuncia a la lucha por el socialismo renuncia tanto al movimiento obrero como a la democracia” (Luxemburgo, 1976: 95)²⁵.

Pero más allá de este planteo de Rosa y su posible vigencia para el análisis crítico de los procesos políticos de América Latina, nos parece relevante ahondar en la postura que delinea en sus escritos y prácticas posteriores, en particular aquellos gestados al calor del ascenso de masas que se vive en Rusia y Alemania, y que entre 1917 y 1918 genera un contexto propicio para ensayar nuevas formas de ejercicio de la democracia, a partir de la creación de una institucionalidad antagónica a la de los Estados absolutistas e imperiales en ambos países (e incluso en contra del Estado como tal).

Una primera cuestión importante al recuperar estas experiencias revolucionarias de coyunturas específicas en las que emergen y se irradian los sóviets y consejos (*ratë*), extensible también a otras contemporáneas, como el “bienio rojo” en Italia y la revolución húngara, es no disociar la concepción misma y el transcurrir de la *revolución*, en dos momentos desvinculados entre sí, uno “burgués” y el otro “proletario” o “socialista”. Restaurar su unicidad y su carácter continuo, implica entender la revolución no en términos de un evento excepcional de mera “toma” del poder estatal, ni tampoco reducirla a la posible acción insurreccional

25 Sorprende la contemporaneidad del planteo formulado por Rosa, ya que, a pesar del tiempo transcurrido, sus palabras parecen haber sido escritas para intervenir en la crítica coyuntura por la que transitan actualmente países como Brasil, donde es la derecha la que “deserta” de las filas de la democracia (aun accediendo a ser gobierno mediante elecciones, allanadas por cierto a través de la proscripción de candidatos populares y un golpe de Estado judicial-parlamentario), y la izquierda progresista la que, en aras de la lucha en contra de la amenaza fascista, paradójicamente resiente su proyecto socialista y pierde radicalidad en sus discursos y prácticas cotidianas.

(triunfante o derrotada), sino resignificarla como un *proceso complejo y multifacético*, sumamente contradictorio e inestable, signado por vaivenes, ascensos y reflujos, protagonizado por una multiplicidad de sujetos sociopolíticos y que involucra la crítica y demolición del antiguo régimen, pero también prácticas autoafirmativas a partir de las cuales cobran encarnadura real nuevas formas de organización popular, entre las que se destacan los consejos y, en menor medida, los delegados de talleres, los comités de fábrica y las comisiones internas.

Al igual que en el proyecto truncado de la Comuna de París, tanto durante 1905 como en 1917, 1918 y 1919, uno de los catalizadores de estos procesos de democracia radical fue el descontento y la activación popular generada como consecuencia de un conflicto bélico entre potencias. La guerra franco-prusiana (1870-1871), la ruso-japonesa (1904-1905) y sobre todo la primera guerra mundial (1914-1918), constituyeron la antesala y el horno donde se caldearon a extrema temperatura e intensidad los ánimos de las masas. En el último caso en particular, algunos de los factores que se combinaron para dar lugar a situaciones prerevolucionarias o de ruptura con el orden dominante en países como Rusia, Alemania, Hungría e Italia, fueron la escasez y carestía de los alimentos, la participación forzada de campesinos/as y trabajadores/as en un conflicto militar que les resultaba ajeno, la creciente politización de los sectores más pobres de la sociedad, la desorientación y persistencia del belicismo por parte de las clases dominantes, la crisis terminal del liberalismo tanto en términos de la institucionalidad estatal como en un plano socioeconómico, y la vacancia ideológica en las clases subalternas que tornó viable el trastocamiento de su subjetividad.

Al momento de sopesar la relevancia de la experiencia de los Consejos, de acuerdo a Sergio Bologna podemos hablar incluso de una serie de *ciclos de lucha* de escala internacional, comenzando por el de 1904-1906, caracterizado por un conjunto de huelgas de masas que en más de un caso desembocan en acciones violentas e insurreccionales, y que fungen de escuela de enorme aprendizaje para Rosa Luxemburgo. Desde la primera huelga general en Italia en 1904, hasta las luchas en las fábricas Putilov en Rusia, la de los mineros del Ruhr en Alemania y la impulsada por la Industrial Workers of the World (conocida por sus siglas IWW), en todos los casos en estas huelgas se “prefiguraba la de las grandes luchas del período de los consejos” (Bologna, 1984: 198).

Además de la emblemática experiencia de la revolución rusa de 1905, donde surgen por primera vez los sóviet de obreros y soldados (y, dicho sea de paso, se abre un debate profundo en las filas de la izquierda europea en torno a cómo caracterizarla y en qué medida resultaba ser parte de lo viejo que no terminaba de morir, o como postula Rosa, de *lo nuevo que comenzaba a nacer*), vale la pena recordar que la guerra imperialista iniciada en 1914 estuvo precedida de un nuevo ciclo de lucha (1911-1913), caracterizado por un creciente descontento en Europa y buena parte del mundo, que tendrá su pico de ascenso con el comienzo del conflicto bélico.

Este nuevo período, signado por la “bancarrota” de la II Internacional a raíz de su creciente reformismo, que culminó con el voto de la socialdemocracia alemana a favor de los créditos de guerra el 4 de agosto de ese año, obliga incluso a referentes políticos como Lenin a revisar los fundamentos filosóficos y políticos del marxismo, confrontándolos con el proceso histórico en curso y con los inéditos problemas que el mismo iba haciendo nacer²⁶. Esta rectificación “tarde” de Lenin estuvo antecedida por querellas y distanciamientos que ya habían osado realizar referentes de la izquierda holandesa y alemana varios años antes. Entre ellos, Anton Pannekoek, Herman Gorter y la propia Rosa Luxemburgo, quienes incluso con antelación al inicio de la primera guerra mundial habían cuestionado los fundamentos políticos y filosóficos de los “jefes” de la socialdemocracia, centralmente de Karl Kautsky.

Recordemos que Rosa pasa gran parte de la guerra en prisión, y recién el 8 de noviembre de 1918, día del inicio de la revolución alemana, es liberada. Llega a vivir poco más de dos meses –tal vez de los más intensos de su militancia– inmersa en un clima de impugnación del orden dominante y emergencia de estas formas novedosas de organización. En este escenario de intensificación de la lucha de clases, los Consejos de obreros y soldados constituyen la encarnación de una democracia radical que prefigura el autogobierno popular. Al igual que

26 La lectura crítica de la *Lógica* de Hegel que emprende semanas más tarde de ese episodio y la Conferencia de Zimmerwald que convoca en septiembre de 1915 para recomponer las fuerzas de izquierda radical europeas, no pueden pensarse como divorciadas, sino que responden ambas a aquella inquietud militante que requiere amalgamar teoría y praxis en un solo movimiento.

los sóviet y comités de fábrica en Rusia, ellos podían representar en Alemania la materialización de “una nueva estructura, que no tuviese nada en común con las viejas tradiciones, herencia del pasado”, erguirse como verdaderos órganos que hacen posible la unificación del poder público, el legislativo y el administrativo, para socavar “el Estado burgués desde abajo” (Luxemburgo, 2009: 107). Y, como nos recuerda Sergio Bologna, en el marco de la revolución alemana las reflexiones y propuestas sembradas por Rosa no habían caído en saco roto, ya que “la casi totalidad de los cuadros obreros y juveniles que dieron vida al movimiento de los consejos encontraron las indicaciones práctico-teóricas fundamentales en sus obras” (Bologna, 1984: 211).

Consejos para hacer la revolución

La concreción de la organización socialista de la sociedad es el deber más importante que haya concernido a una clase y a una revolución en toda la historia mundial. Este deber requiere la transformación total del Estado y una completa subversión de los fundamentos económicos y sociales de la sociedad. Una transformación y una subversión tales no pueden ser decretadas a través de ninguna autoridad, comisión o Parlamento; sólo el pueblo mismo puede hacerse cargo de ellas y llevarlas a cabo.

En las revoluciones que se llevaron adelante hasta el día de hoy, sólo una pequeña minoría del pueblo condujo la lucha revolucionaria, le dio objetivo y dirección y utilizó a las masas solamente como herramientas para asegurarse el triunfo de sus propios intereses, es decir, los de la minoría. La revolución socialista es la primera que se concibe a favor de la mayoría y que sólo triunfará si es llevada a cabo por la gran mayoría de los trabajadores. La masa del proletariado es convocada, no simplemente, a tener en claro los objetivos y la dirección de la revolución. Ella debe, también por sí misma, a través de su propia actuación y paso a paso, traer el socialismo a la vida.

La esencia de la sociedad socialista radica en que la mayoría trabajadora deje de ser una multitud dominada para vivir una vida económica y políticamente plena conducirse por sí misma en los términos de una consciente y libre autodeterminación. Desde la más alta cúpula del Estado hasta la más pequeña comunidad, la masa del proletariado debe reemplazar los órganos tradicionales de dominación de la clase burguesa (...) por órganos de clase propios: los Consejos de obreros y soldados. (...) Y sólo en un intercambio continuo y activo entre el pueblo y sus órganos –los Consejos de obreros y soldados– puede realizarse el funcionamiento del Estado con espíritu socialista. (...)

La socialización de la comunidad puede realizarse sólo por medio de una lucha tenaz, incansable, del conjunto de trabajadores en toda su extensión, en todos los puntos donde se enfrenta el trabajo y el capital, donde el pueblo y la dominación de la clase burguesa se miran uno a otros a los ojos. “La liberación de la clase trabajadora debe ser obra de la propia clase trabajadora”.

Rosa Luxemburgo, *¿Qué quiere la Liga Espartaco?*
(2009: 67-69)



En el contexto de extrema ebullición en las calles, y tras el derrumbe abrupto del imperio alemán, la labor para ella era, por supuesto, titánica. “Debemos construir de abajo hacia arriba”, exclama a fines de diciembre de 1918, en el Discurso de fundación del Partido Comunista Alemán conocido bajo el nombre de *Nuestro programa y la situación política*. “La solución de los problemas económicos, la expansión del área de aplicación de esta solución, deben estar en manos de los Consejos obreros. Los Consejos deben ejercer todo el poder estatal”, arenga en plena coyuntura álgida (Luxemburgo, 2009a: 107).

Por lo general se ha querido restringir la experiencia de los Consejos a la ciudad de Berlín, para afirmar que la dinámica de rebelión y autoorganización

popular no tuvo una connotación de carácter nacional, lo que a su vez invalidaría hablar de una verdadera revolución en Alemania. Sin embargo, si bien no gozaron de la misma fortaleza y persistencia en el tiempo, durante noviembre de 1918 surgieron Consejos en Chemnitz, Gotha, Leipzig, Bremen, Hamburgo, Königsberg, Halle, Rostock, Britz y el Ruhr, por mencionar sólo algunas de las principales ciudades y regiones donde se gestaron e incluso llegaron a asumir el poder *de hecho* varios días y hasta semanas enteras (Broué, 1973).

Pero no sólo resultaron la piedra angular del proceso revolucionario alemán, sino que fueron una expresión generalizada de la irrupción de las masas populares en el ciclo que de 1917 a 1921 se vivió a escala continental y mundial, y la concreción organizativa de una *subjetividad revolucionaria* de nuevo tipo que circundó a buena parte de Europa en este cambio de época signado por el descontento y la politización. Frente a una “forma-partido” cada vez más anquilosada –cuya máxima expresión acaso fuera la socialdemocracia alemana– irrumpen con fuerza y al calor de la espontaneidad estas instancias de autogobierno que, bajo una matriz común, asumen contornos y potencialidades diferentes de acuerdo al territorio y realidad específica donde germinan, pero abonan a la unidad de lo económico y lo político, al ejercicio de una democracia socialista enraizada en ámbitos productivos y territoriales, así como a la edificación de un “espacio público popular” sustraído de las lógicas de la institucionalidad burguesa.





CAPÍTULO 6

Mujeres, pueblos indígenas y naturaleza en la reproducción de la vida

No es casual que, en los últimos veinte años, la cuestión de la mujer, la cuestión de las poblaciones indígenas y la cuestión de la Tierra no sólo se hayan impuesto de manera progresiva, sino que hayan constituido un trinomio particularmente sinérgico.

María Rosa Dalla Costa

Para Rosa, aun cuando una dimensión fundamental del capitalismo sea la apropiación de plusvalor por parte de la clase capitalista, y la resistencia activa que esta forma de explotación y enajenación conlleva, como sistema de dominación resulta de extrema complejidad e involucra toda una trama de relaciones de poder y sometimiento que excede, con creces, al proceso inmediato de producción entendido en su sentido restringido y en función exclusivamente del vínculo capital-trabajo.

Lo concreto, decía Marx, *es concreto porque es síntesis de múltiples determinaciones*, por lo que se torna imperioso repensar desde Rosa ciertas modalidades de opresión y de lucha que se despliegan frente al patriarcado y la colonialidad,

así como las resistencias que se libran contra la instrumentalización, el saqueo y el despojo de la naturaleza y de los bienes comunes, a partir de sus aportes y propuestas en torno a sujetos/as y procesos autoafirmativos que, por lo general, han sido desvalorizados por el marxismo hegemónico, para entender la condición subalterna y la potencialidad de estas luchas en la realidad latinoamericana contemporánea. Planteamos como hipótesis que mujeres, pueblos indígenas y naturaleza (e incluso niñas y niños²⁷) resultan subalternidades oprimidas dentro de la condición subalterna general que impone el capitalismo como sistema de dominación múltiple²⁸.

27 Si bien no podemos ahondar en este punto, consideramos que Rosa también tuvo la lucidez de percibir –aun sin abordarlo demasiado en profundidad– lo que hoy podemos denominar *adultocentrismo*, como forma específica de dominación donde el control lo toman y ejercen las y los adultos, mientras la niñez y adolescencia son sometidas a una condición subalterna y de opresión. En un texto poco conocido, titulado “El propio hijo”, escribió esta sentida reflexión crítica: “Cuando se concluyan los registros de la historia sobre la sociedad capitalista, cuando todos sus crímenes sean expuestos a los ojos de todos y cuando se dicte el veredicto definitivo de una humanidad tardía, creemos que, entre esos crímenes, aquellos referentes a los maltratos de los niños proletarios tendrán el mayor peso ante la historia juzgadora. La savia vital de estos seres sin capacidad de defensa, destruir la alegría de vivir en el umbral de la vida, consumir la semilla de la humanidad aún en el pie, va más allá de todos los pecados de la terrible dominación del capital en el presente: son intervenciones de una mano asesina sobre el futuro. ‘Yo acuso’, gritaba Friedrich Engels en sus clásicos escritos de juventud de 1845 en lo que se refiere a la suerte de los niños proletarios, ‘yo acuso a la burguesía de muerte social!’” (Luxemburgo, 2017a: 119). Para una crítica al sistema adultocéntrico desde una perspectiva latinoamericana, recomendamos la compilación de Morales y Magistris (2018).

28 En palabras de Gilberto Valdés Gutiérrez, “la significación histórica y epistemológica de la noción de *sistema de dominación múltiple* radica en la superación del reduccionismo y la consecuente comprensión de que las luchas contra el poder político del capital están íntimamente vinculadas a la creación no sólo de un nuevo orden político-institucional alternativo al capitalismo, sino a la superación histórica de su civilización y su cultura hegemónicas” (Valdés Gutiérrez, 2009: 20). Por lo tanto, hablar de un sistema implica entender que las diferentes formas de opresión (de clase y étnicas, pero también de género, a raíz del régimen patriarcal y heteronormativo que predomina en nuestras sociedades) se encuentran articuladas o conectadas entre sí, por lo general reforzándose mutuamente unas a otras. En este sentido, si bien es importante dar cuenta de las características específicas que distinguen a cada forma de dominación (de ahí su carácter múltiple), también es preciso analizar qué vínculos o nexos existen entre cada una de ellas, desde una perspectiva integral o de totalidad, evitando el encapsulamiento de las luchas.

La más desposeída de derechos de todos los desposeídos

Es un debate aún abierto en qué medida Rosa Luxemburgo puede ser considerada feminista. Lecturas superficiales de su obra han querido desestimar esa faceta y postular que fue totalmente ajena a las luchas en favor de la liberación de las mujeres, aunque lo cierto es que su propia lucha como mujer, en un mundo dominado por hombres –incluso al interior de organizaciones de izquierda permeadas por la misoginia y la exclusión deliberada de las mujeres de los ámbitos de poder– resulta en sí misma un ejemplo digno de destacar. No por casualidad en esas querellas y disputas a contracorriente recibía los más variados insultos bajo una misma connotación machista: “hembra histérica”, “perra rabiosa”, “bruja venenosa”, “mujerzuela”, “dura amazona” y “mocosa atrevida”.

De acuerdo a Paul Frölich, camarada de Rosa y uno de sus biógrafos más cercanos, lo que despertaba esta enconada oposición era su condición de mujer: “la mujer que se atrevía con un oficio de hombres como es la política y que, además, no se limitaba a preguntar humildemente la opinión de los ‘expertos’, sino que tenía la desfachatez de desarrollar sus propias opiniones y, lo que era peor, las defendía con argumentos ante los que había que capitular de mala gana” (Frölich, 1976: 78).

En una clave similar, Bolívar Echeverría sugiere hasta qué punto su autoreivindicación como mujer se realizó bajo la forma de una intervención muy peculiar en la historia del movimiento obrero organizado, asentada en la radicalidad comunista: “Ya a fines del siglo XIX, una mujer que se encontraba en el ‘error objetivo’ de no poder ser ‘atractiva’ tenía la oportunidad de salirse de él si cultivaba como gracias compensatorias las virtudes ‘masculinas’; pero sólo si lo hacía de manera propiamente ‘femenina’, es decir, disimulada o como imitación que sirviera al modelo para verse confirmado en su superioridad. Sólo si demostraba la validez del espíritu de empresa productivo (‘masculino’) y burgués –compuesto básicamente de ambición, pero inteligente, voluntarioso y realista– al mostrarlo en una versión defectuosa, que sólo resultase explicable por la acción del inmediatismo, la inconsistencia y la exageración propios de lo ‘femenino’” (Bolívar Echeverría, 1986: 150).

Como Rosa jamás hizo lugar a este mandato, muchos fueron quienes se en-
sañaron con su actitud de extrema osadía (que lejos estaba de acotarse a una
cuestión “temperamental”, como presumían) frente a la hegemonía patriarcal.
Franz Mehring lo admitió sin ambages en 1907, cuando ella sufrió el escarnio de
parte de la prensa socialdemócrata –hegemonizada por supuesto por hombres:
“estas invectivas de mal gusto a la cabeza más genial surgida entre los herederos
científicos de Marx y Engels, radican en último término en el hecho de que es
una mujer quien la lleva encima de los hombros”, se lamentó su amigo en aquel
entonces (Frölich, 1976: 210).

Inmensa habrá sido la bronca de esos falsos líderes y grises funcionarios ante
tamaño irreverencia, desplegada tanto en actividades públicas, mítines calleje-
ros y congresos, como en ámbitos privados y en vínculos amistosos o afecti-
vos. Rosa, nos dice Claudia Korol, vivía con ímpetu el amor, pero no aceptó el
chantaje emocional de Leo Jogiches, quien fue su compañero político en tramos
importantes de su vida, “y se atrevió a enamorarse una y otra vez, rompiendo las
convenciones sobre ‘la familia’ presentes en las direcciones partidarias, osando
inclusive amar a Kostia Zetkin, el hijo de su amiga Clara, 13 años más joven que
ella. Un escándalo para un socialismo conservador, en el que la familia era un
factor de disciplinamiento altamente patriarcal” (Korol, 2018: 18)²⁹.

Podríamos arriesgar que, en el amor, Rosa era rabiosamente *espontaneísta* y
contraria al control y direccionalidad de las energías y afectos mutuos, así como
a la imposición y jerarquías en sus vínculos. Esto se trasluce en especial en sus
intercambios epistolares con Leo Jogiches, donde se sincera a flor de piel y le
recremina su soberbia, extrema frialdad y obsesión casi exclusiva por “La Causa”
(así, con mayúscula y comillas, lo escribe con fina ironía en una de las misivas).
Elzbieta Ettinger, su biógrafa más intimista, confiesa al respecto que “contrastaba
su propia espontaneidad con la manera calculada que tenía él de ‘manejarla’”
y le reprochaba “que convirtiera la relación entre ambos en un asunto ‘puramente
superficial’” (Ettinger, 1988: 84). Por eso no temió, en momentos de máximo

29 No casualmente, Eduard Bernstein llega a postular en su clásico libro *Las premisas del socialismo
y las tareas de la socialdemocracia*, que “con el proletariado inestable, sin patria y sin familia, no
se podrá nunca fundar un movimiento sindical duradero y sólido” (Bernstein, 1982: 272-273).

desencuentro e incomprensión de parte de Jogiches, pensar en tener un hijo sola y mantenerlo ella misma.

A nivel general, en la sociedad alemana también se daba un desencuentro o hiato profundo entre lo que los partidos socialistas pregonaban en términos teóricos o en sus programas en favor de las mujeres, y lo que en la realidad concreta acontecía. Si omitimos algunos párrafos destacados de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, escrito por el viejo Engels, es August Bebel –principal dirigente político del Partido Socialdemócrata Alemán– quien por primera vez aborda esta cuestión en profundidad en *La mujer y el socialismo* (Bebel, 1981). Publicado originariamente en 1878, este libro alcanza a tener 50 ediciones antes de 1909 y es traducido a 15 idiomas, convirtiéndose en uno de los materiales más leídos y difundidos a nivel europeo por la militancia de izquierda. En él se denuncia la doble opresión de la mujer y se esboza un análisis detallado de la dependencia socioeconómica respecto de los hombres y de la carencia de derechos elementales, algo que también será explicitado en el propio *Programa de Erfurt* aprobado en 1891 por la socialdemocracia alemana (Eley, 2003).

Lo personal es político

No te das cuenta de que toda tu correspondencia adquiere sistemáticamente un carácter tremendamente fastidioso; su único contenido se reduce a una aburrida y pedante prédica, como acostumbran ser “las cartas del maestro al querido discípulo”. Comprendo que quieras comunicarme tus observaciones críticas, comprendo su utilidad en general e incluso su necesidad en determinados casos. Pero, ¡por Dios!, en ti esto se ha convertido en una enfermedad, ¡en una fea costumbre! No puedo escribirte acerca de ninguna cosa, de ningún pensamiento o hecho sin recibir como respuesta las peroratas más tediosas y más insípidas. Ya sea que se trate de mis artículos, de mis visitas, de mi estadía en casa de los Winter, ya sea que se trate de las suscripciones de los diarios, de mis vestidos o de las relaciones con mi

familia, en una palabra, no existe ninguna cosa que me atañe y de la cual te escribo sin que tú me respondas con indicaciones y consejos. ¡Esto es realmente demasiado aburrido! Y más aún porque es unilateral, porque tú no me das material para críticas ni consejos, ni yo tengo ganas ni la mala costumbre de dártelos. Si acaso te indico algo, tú no piensas en hacerme caso (...) Todo tiene su origen en tu vieja y mala costumbre que se hizo notar en Zúrich desde el principio y que ha echado a perder nuestra vida en común. Es tu mala costumbre de hacer de mentor, que te has asignado tú mismo y en la que pretendes aleccionarme y asumir el papel de educador. Tus actuales consejos y críticas en relación a mis “actividades” aquí, van mucho más allá de los límites de los consejos y acotaciones de un buen amigo, para convertirse en una sistemática prédica. Realmente sólo puedo encogerme de hombros y evitar más tarde referirme en mis cartas a todo aquello que no sea imprescindible, con tal de no provocar tus insípidos consejos.

Rosa Luxemburgo, *Carta a Leo Jogiches* (2018: 45-49)



No obstante, esta retórica en favor de la emancipación de las mujeres tendía a caer las más de las veces en saco roto, y la práctica no se condecía mucho con los preceptos y buenas intenciones plasmados en documentos y discursos. Ya desde el famoso congreso fundacional de esta organización realizado en Gotha en 1875, tras acaloradas discusiones, la exigencia del voto universal sólo involucró en sus fundamentos al sufragio masculino, y tal como expresa Geoff Eley, en los años sucesivos “la misoginia exclusivista (...) se transmutó en culturas generalizadas de masculinidad agresiva que no acogían bien a las mujeres”, llegando al extremo de que muchos hombres del partido prohibieran a sus esposas e hijas asistir, siquiera, a los mítines de mujeres (Eley, 2003: 103). Esto se exacerbaba, por cierto, en el caso de los sindicatos alemanes (no casualmente Rosa era su

peor enemiga), en el seno de los cuales, tras su legalización en 1890, tan sólo el 1,8% de los afiliados eran mujeres, y en los albores de la primera guerra mundial esta cifra todavía no llegaba al 9% del total.

Si bien no son abundantes los textos donde Rosa Luxemburgo aborda el tema del protagonismo de las mujeres, tuvo a lo largo de su vida militante y personal una sensibilidad particular por las reivindicaciones que, en aquel entonces, eran la bandera principal del movimiento feminista, aunque se cuidó de no disociar estas exigencias de la dinámica general de la lucha de clases. Además de romper en su cotidianidad y sus relaciones amorosas con los prejuicios propios de la época (entre otros, mantener relaciones libres con diversos hombres), fue compañera de organización y amiga personal de Clara Zetkin, principal activista y propagandizadora a escala europea de un feminismo de carácter socialista. Junto a ella, participó de la Primera Conferencia de Mujeres celebrada en 1907, e impulsó un vasto movimiento antibélico en Alemania y en otros países, compuesto principalmente por mujeres trabajadoras, que le costó largos meses de encierro en más de una ocasión.

CLARA ZETKIN

(Wiederau, 5 de julio de 1857/Moscú, 20 de junio de 1933). Su verdadero nombre fue Clara Eissner. De origen ruso, se integra a la socialdemocracia alemana y tiene un rol protagónico en la autoorganización de las mujeres trabajadoras a nivel europeo. Militante durante años en el exilio, regresa a Alemania en 1890, donde participa de diversas iniciativas y funda el periódico La Igualdad, que se convierte en uno de los más importantes y deviene órgano oficial de la Internacional de Mujeres Socialistas. Organiza junto con Rosa sucesivos encuentros de mujeres y participa junto a ella de la Liga Espartaco y del Partido Comunista Alemán, llegando a ser diputada en el Reichstag. Fallece en un sanatorio ruso a los 76 años.

Raya Dunayevskaya, quien ha escrito tal vez uno de los mejores libros centrados en esta faceta eclipsada y poco entendida de Rosa, supo denunciar que “el total olvido en que marxistas y no marxistas por igual han tenido de la dimensión feminista de Rosa Luxemburgo exige enmienda inmediata respecto a esta cuestión” (Dunayevskaya, 1985: 12). En función de esta omisión, sugiere estudiar más la obra de la marxista polaca como feminista y como revolucionaria, aunque en estrecha conexión con la dinámica de la lucha de clases.

Al igual que otras mujeres de la izquierda revolucionaria (como Aleksándra Kolontái o la propia Clara Zetkin), Rosa no concibe de manera abstracta la opresión de las mujeres, sino que, antes bien, entiende que el capitalismo y el patriarcado resultan co-constitutivos, por lo que es imposible disociar la explotación de clase de la condición subalterna de las mujeres, que por cierto lejos de ser genérica, configura un prisma heterogéneo de situaciones plagado de matices, aunque sometido a una misma estructura de dominación: “Un mundo de lamentos femeninos espera para ser redimido. Ahí está la mujer del pequeño campesino que se quiebra bajo el lastre de la vida. Allá en el África alemana, en el desierto de Kalahari, se blanquean los huesos de las indefensas mujeres herero, que fueron arrastradas por la soldadesca alemana a una muerte terrible de hambre y sed. Al otro lado del océano, en los altos acantilados del Putumayo, se extinguen, sin que nadie los oiga, los gritos de muerte de las mujeres indias, martirizadas en las plantaciones de caucho de los capitalistas internacionales. Proletarias, las más pobres de los pobres, las más privadas de derechos de los sin derechos, corred a la lucha por la liberación del género femenino y del género humano de los espantos de la dominación capitalista”, expresa en su artículo titulado “La proletaria” (Luxemburgo, 1983: 290).

En este sugestivo texto reivindica el día de la mujer trabajadora, fijado como fecha inaugural de la “Semana Roja” del Partido Socialdemócrata Alemán, a realizarse del 8 al 15 de marzo de 1914, y que tenía como principal consigna la lucha por el voto femenino y por la igualdad general de derechos de las mujeres. Luego de indicar que “con el duro trabajo de estas jornadas el partido de los desposeídos sitúa su columna femenina a la vanguardia para sembrar la semilla del socialismo en nuevos campos”, a tal punto que la mujer proletaria “se presenta hoy en la tribuna pública como la fuerza más avanzada de la clase obrera”, se lamenta

de que “la mujer del pueblo ha trabajado muy duramente desde siempre” y constituye “la más desposeída de derechos de todos los desposeídos” (Luxemburgo, 1983: 287). De ahí que decida pasar revista y hacer visible la infinidad de tareas que ella ha efectuado durante siglos: desde las aldeas indígenas, donde “sembraba cereales, molía, hacía cerámica”; la antigüedad, en la que “era la esclava de los patricios y alimentaba a sus retoños con su propio pecho”; la Edad Media, “atada a la servidumbre de las hilanderías del señor feudal”; hasta la época contemporánea, donde prima la propiedad privada y la mujer del pueblo queda “confinada a los estrechos límites domésticos de una existencia familiar miserable” (Luxemburgo, 1983: 287-288).

Este común derrotero no le impide advertir una diferencia de suma relevancia entre lo que caracteriza como “feminismo burgués” y el feminismo socialista por el que abogan las activistas de izquierda. En el primer caso, hay una falta de perspectiva de totalidad que permita enmarcar determinadas reivindicaciones genuinas de aquel entonces (como el sufragio para las mujeres) en una lucha más amplia e integral en contra del carácter opresivo de la sociedad, lo cual lleva a que simplemente “se quieran conseguir derechos políticos para poder después insertarse en la vida política” e incluso a que ciertas mujeres burguesas gocen “de los frutos acabados de la dominación de clase” (Luxemburgo, 1983: 289). En contraste, en el caso del activismo al que Rosa acompaña –y que tiene a Clara Zetkin como una de sus máximas referencias–, lo que se busca es engarzar esta y otras luchas donde las mujeres son las principales protagonistas, con un proyecto *integral* de emancipación que involucra y, al mismo tiempo, trasciende a este pliego de reivindicaciones. Por ello no duda en defender “la estrecha relación entre la causa de las mujeres y el cambio social universal”, ya que “las mujeres debían luchar por la igualdad y la fraternidad para la humanidad y la abolición de la opresión en todas partes” (Ettinger, 1988: 142)³⁰.

30 Tempranamente, en el programa escrito para el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania (SDKPL), difundido bajo el nombre de *¿Qué queremos?*, Rosa ya había denunciado que “en la sociedad de hoy, apoyada en la propiedad privada y en la dominación de los capitalistas, la mujer es privada de cualquiera de los derechos políticos y considerada una criatura de segunda clase, subordinada al hombre. La liberación de la mujer de esta humillación, la devolución a ella de derechos iguales y de dignidad humana, sólo es posible con el sistema socialista” (Luxemburgo, 2011: 242-243).

Ya en pleno auge de la primera guerra mundial, también se acongoja por el chauvinismo militarista que embriagó a buena parte de la militancia socialdemócrata en Europa –por cierto, empapada de machismo– e incluyó a las propias mujeres en su locura bélica. “La dirección del movimiento de las mujeres socialistas [denuncia entre rejas y una vez iniciada la guerra] proclamó la unión con las mujeres de la burguesía y creó con ellas un ‘servicio nacional de las mujeres’, de modo que la parte más importante de los efectivos del Partido que quedasen en el país después de la movilización no se ocupase de las tareas de la agitación socialdemócrata, sino que se enrolase en las tareas de interés nacional: distribuir la comida, trabajos sociales, etc.” (Luxemburgo, 1972b: 101-102).

En un pasaje sumamente luminoso de otro texto titulado *El voto femenino y la lucha de clases*, Rosa destaca que las mujeres, “con su trabajo doméstico, ayudan a que los hombres puedan, con su miserable salario, mantener la existencia cotidiana de la familia y criar a los hijos”. No obstante, este tipo de trabajo, argumenta, “no es productivo en el sentido del actual orden económico capitalista, a pesar de que, en mil pequeños esfuerzos, arroje como resultado una prestación gigantesca en autosacrificio y gasto de energía” (Luxemburgo, 1983: 285). Una lectura apresurada podría objetar su planteo, debido a que aún se mantiene en el binomio marxista clásico de trabajo productivo/trabajo improductivo, y a la luz de los estudios y reinterpretaciones de un sinnúmero de feministas en las últimas décadas, es evidente que no llega a visualizar el carácter profundamente *productivo* del trabajo doméstico y su tremenda funcionalidad dentro del engranaje capitalista y del “patriarcado del salario” (Federici, 2010).

A pesar de ello, y teniendo en cuenta que estos escritos fueron publicados hace más de 100 años, su osadía en poner el foco en esta dimensión invisibilizada de la reproducción y el cuidado, para realizar una lectura política de este tipo de relaciones de poder y sometimiento, resulta sin duda precursora y por demás sugerente, más aún en un contexto donde las organizaciones de izquierda eran dominadas casi de manera exclusiva por hombres. Por eso, no en vano Rosa afirma con vehemencia en otro párrafo de su texto, que “hace cien años, el francés Charles Fourier, uno de los primeros grandes propagadores de los ideales socialistas, escribió estas memorables palabras: ‘En toda sociedad, el grado de

emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general'. Esto es totalmente cierto para nuestra sociedad" (Luxemburgo, 1983: 286).

El creciente alejamiento con respecto a la totalidad de los dirigentes de la socialdemocracia alemana, y la ruptura temprana y sin retorno que efectuó con sus máximos exponentes, puede ser leída precisamente desde la coherencia ética y militante de una mujer que no temía pagar ese tipo de costo político –y afectivo–, ante la soberbia masculina de esta vieja guardia crecientemente conservadora. Tras el quiebre de todo vínculo con ellos, en los años sucesivos y hasta su cobarde asesinato, “se mantuvo a distancia de los líderes, que practicaban una jefatura como si fuesen jefes de gobierno, aunque no tuviesen un poder estatal” (Dunayevskaya, 1985: 74).

Semblanza de Clara Zetkin acerca de Rosa

En Rosa Luxemburgo vivía una indomable voluntad. Dueña siempre de sí, sabía atizar en el interior de su espíritu la llama dispuesta a brotar cuando hiciese falta, y no perdía jamás su aspecto sereno e imparcial. Acostumbrada a dominarse a sí misma, podía disciplinar y dirigir el espíritu de los demás. Su sensibilidad exquisita la movía a buscar asideros para no dejarse arrastrar por las impresiones externas; pero bajo aquella apariencia de temperamento reservado, se escondía un alma delicada, profunda, apasionada, que no sólo abrazaba como suyo a todo lo humano, sino que se extendía también a todo ser viviente, pues para ella el universo formaba un todo armónico y orgánico. ¡Cuántas veces aquella a quien llamaban “Rosa la sanguinaria”, toda fatigada y abrumada de trabajo, se detenía y volvía atrás para salvar la vida de un insecto extraviado entre la hierba! Su corazón estaba abierto a todos los dolores humanos. No carecía nunca de tiempo ni de paciencia para escuchar a cuantos acudían a ella buscando ayuda y consejo. Para sí, no necesitaba nunca nada y se privaba con gusto de lo más necesario para dárselo a otros.

Severa consigo misma, era toda indulgencia para con sus amigos, cuyas preocupaciones y penas la entristecían más que sus propios pesares. Su fidelidad y su abnegación estaban por encima de toda prueba. Y aquella a quién se tenía por una fanática y una sectaria, rebozaba cordialidad, ingenio y buen humor cuando se encontraba rodeada de sus amigos. Su conversación era el encanto de todos. La disciplina que se había impuesto y su natural pundonor le habían enseñado a sufrir apretando los dientes. En su presencia parecía desvanecerse todo lo que era vulgar y brutal. Aquel cuerpo pequeño, frágil y delicado albergaba una energía sin igual. Sabía exigir siempre de sí misma el máximo esfuerzo y jamás fallaba. Y cuando se sentía a punto de sucumbir al agotamiento de sus energías, imponíase para descansar un trabajo todavía más pesado. El trabajo y la lucha le infundían alientos. De sus labios rara vez salía un “no puedo”; en cambio, el “debo” a todas horas. Su delicada salud y las adversidades no hacían mella en su espíritu. Rodeada de peligros y de contrariedades, jamás perdió la seguridad en sí misma. Su alma libre vencía los obstáculos que la cercaban.

Mehring tiene harta razón cuando dice que Luxemburgo era la más genial discípula de Karl Marx. Tan claro como profundo, su pensamiento brillaba siempre por su independencia; ella no necesitaba someterse a las fórmulas rutinarias, pues sabía juzgar por sí misma el verdadero valor de las cosas y de los fenómenos. Su espíritu lógico y penetrante se enriquecía con la instrucción de las contradicciones que ofrece la vida. Sus ambiciones personales no se colmaban con conocer a Marx, con dominar e interpretar su doctrina; necesitaba seguir investigando por cuenta propia y crear sobre el espíritu del maestro. Su estilo brillante le permitía dar realce a sus ideas. Sus tesis no eran jamás demostraciones secas y áridas, circunscritas en los cuadros de la teoría y de la erudición. Chispeantes de ingenio y de ironía, en todas ellas vibraba su contenida emoción y todas revelaban una

inmensa cultura y una fecunda vida interior. Luxemburgo, gran teórica del socialismo científico, no incurría jamás en esa pedantería libresca que lo aprende todo en la letra de molde y no sabe de más alimento espiritual que los conocimientos indispensables y circunscritos en su especialidad; su gran afán de saber no conocía límites y su amplio espíritu, su aguda sensibilidad, la llevaban a descubrir en la naturaleza y en el arte fuentes continuamente renovadas de goce y de riqueza interior.

En el espíritu de Rosa Luxemburgo el ideal socialista era una pasión avasalladora que todo lo arrollaba; una pasión, a la par, del cerebro y del corazón, que la devoraba y la acuciaba a crear. La única ambición grande y pura de esta mujer sin par, la obra de toda su vida, fue la de preparar la revolución que había de dejar el paso franco al socialismo. El poder vivir la revolución y tomar parte en sus batallas, era para ella la suprema dicha. Con una voluntad férrea, con un desprecio total de sí misma, con una abnegación que no hay palabras con qué expresar, Rosa puso al servicio del socialismo todo lo que era, todo lo que valía, su persona y su vida. La ofrenda de su vida, a la idea, no la hizo tan sólo el día de su muerte; la había dado ya trozo a trozo, en cada minuto de su existencia de lucha y de trabajo. Por esto podía legítimamente exigir también de los demás que lo entregaran todo, su vida incluso, en aras del socialismo. Rosa Luxemburgo simboliza la espada y la llama de la revolución, y su nombre quedará grabado en los siglos como el de una de las más grandiosas e insignes figuras del socialismo internacional.

Artículo publicado en la revista
The Communist Internacional, septiembre de 1919.
Reproducido en Luxemburgo (1948: 10-12)



Sin enunciarla de esa forma –dado que se trata de una noción relativamente reciente en la lucha feminista– Rosa ejerció la *sororidad* con las mujeres del partido, y también con aquellas que no eran orgánicas a él, pero sostenían una lucha tenaz contra toda injusticia sin dejar de dar pelea, al igual que ella, frente al universo exclusivo y excluyente de buena parte de los hombres. Una vez más, sus cartas son tal vez la mejor mirilla por donde asomarnos a este sentimiento de hermandad y compañerismo entre mujeres (desde Mathilde Jacob y Clara Zetkin a Sonia Liebknecht y Luise Kautsky), que le permitió por ejemplo sostener y hasta intensificar su vínculo con Luise, esposa de Karl Kautsky, a pesar de confrontar y romper toda relación con él en 1910, por sus posiciones timoratas respecto de la huelga de masas y la acción directa como herramientas de lucha por la democratización integral de la sociedad, pero también por sus actitudes autoritarias en el trato personal que tenía para con ella.

Sería un error contemplar sus aportes al feminismo teniendo en cuenta sólo aquellos escritos o epístolas explícitamente dedicadas al tema. En muchos otros textos, que podrían concebirse a primera vista como ajenos a la denuncia de la opresión patriarcal, existen pistas e hipótesis muy sugerentes para interpretar y potenciar la lucha y el protagonismo de las mujeres. *Huelga de masas, partidos y sindicatos*, por ejemplo, apela a una metáfora de “geografía acuática” que ha sido recuperada recientemente por activistas del feminismo popular latinoamericano para leer en una misma clave la marea verde y violeta que se vive en el Cono Sur, así como los paros internacionales de mujeres que han denunciado públicamente las múltiples formas de violencia y la división sexual del trabajo (Gago, 2019). “A veces la ola del movimiento invade todo, a veces se divide en una red infinita de pequeños arroyos; a veces brota del suelo como una fuente viva, a veces se pierde dentro de la tierra”, arenga Rosa en clave premonitoria (Luxemburgo, 1970: 71).

Si dentro de los sindicatos alemanes las mujeres eran una minoría insignificante, ponderar la espontaneidad de las masas equivalía para ella a dotar de relevancia en los procesos huelguísticos y de resistencia popular, también a aquellas mujeres que no estaban representadas en los gremios ni tenían posibilidad alguna de incidir en la decisión de declarar o no un paro general. Podemos conjeturar

junto con Drucilla Cornell que Rosa fue una feminista ética, ya que luchó contra todas “aquellas estructuras que dividían a las personas entre seres de primera y de segunda clase”, por lo que su confianza en las masas es también un principio despatriarcalizador, que supone pasar del ego-céntrico capitalista a personas que conviven de forma respetuosa y practican “el poder de la dulzura”, es decir, una relación no violenta entre personas y con otros seres (Cornell, 2019: 25).

Asimismo, sus artículos y folletos de denuncia contra el militarismo y la escalada bélica, así como sus insistentes acciones directas de boicot internacionalista frente a la guerra (que le costaron años de cárcel), pueden ser leídos en una idéntica clave antipatriarcal y antiimperialista. Como reconstruye lúcidamente Isabel Loureiro (2005), el ejército alemán era un Estado dentro del Estado, que gozaba de prerrogativas frente a la población civil e irradiaba su concepción jerárquica, disciplina extrema y “obediencia ciega” al conjunto de la sociedad, con rituales misóginos, apología del autoritarismo y una exaltación de todo lo considerado “varonil”, en particular la glorificación de la fuerza. Esta lógica patriarcal asentada en el “chauvinismo masculino”, contaminaba las filas de la propia socialdemocracia y se expresaba hasta en el código civil del Imperio, que reconocía la subordinación de mujeres e hijos a las figuras legales de padres y maridos³¹.

Por todo ello, Rosa trastocó con su vida y obra como militante, pero también con sus gestos y acciones más íntimas, los roles que la división patriarcal y capitalista del trabajo le tenía asignados. Fue subversiva en el ámbito público tanto como en el privado, y bregó de manera incansable por dotar del mayor protagonismo posible a las mujeres en la lucha revolucionaria. Puso el cuerpo, los afectos y las ideas al servicio del proyecto emancipatorio en el que creía

31 El siglo XXI tiene como uno de sus rasgos distintivos el haber desencadenado una verdadera *guerra contra las mujeres*, tal como ha sido denunciado por el grueso del movimiento feminista latinoamericano. De ahí que el boicot activo frente al militarismo y el despojo colonizador que supo ejercitar Rosa como militante, lejos de ser un gesto ingenuo y caduco, emerge en la actualidad como una de las banderas más urgentes y disruptivas a levantar, en un contexto de crisis profunda del capitalismo donde, en aras de relanzar y sostener un nuevo ciclo de acumulación a escala planetaria, la violencia machista, burguesa y racial, cobra niveles cada vez más inusitados y tiene al cuerpo de las mujeres como botín y trofeo de guerra, pero ante todo como verdadero campo de batalla.

fervientemente. Y pagó con su vida esta terca necesidad. Hoy, con el *¡Ni Una Menos!* como consigna de movilización en las calles, las camas y las plazas, podemos nombrar a su cobarde asesinato como lo que fue: un femicidio, cometido por soldados embriagados de violencia y virilidad, que no toleraban la osadía de esta pequeña y, a la vez, enorme mujer.

La resistencia de los pueblos indígenas

En los varios años de su vida que Rosa dedica a la labor educativa en el seno de la Escuela de formación, dicta diferentes cursos y asignaturas, entre ellos uno referido a los fundamentos de la economía política desde la perspectiva marxista. Durante el tiempo que trabaja como profesora, comparte su mirada y abundante bibliografía con el activismo que asiste atentamente a sus clases (alrededor de 40 por semestre, con quienes debate en forma acalorada), y ya desde 1908 tiene la intención de sistematizar estas lecturas en un formato de libro bajo el título de *Introducción a la economía política*. No obstante, diversos contratiempos –como una militancia por demás intensa y la elaboración de otros materiales también urgentes–, le impiden culminarlo. Y, si bien tras su encarcelamiento por su lucha contra la guerra pudo retomar este borrador y pulirlo con mayor detenimiento entre 1916 y 1917, lo cierto es que su asesinato a las pocas semanas de ser liberada de prisión, implicó que este texto quede, al igual que muchos otros, en estado manuscrito.

Además de brindar una caracterización sencilla y contundente de lo que es la economía política, en sus páginas se evidencia una profunda vocación pedagógica que busca tornar comprensibles algunas de las principales categorías marxistas, a través del uso de numerosos ejemplos históricos. Sin embargo, a nuestro entender lo más destacable de este borrador es que más de la mitad de sus páginas están dedicadas a dar cuenta de la existencia de sociedades diferentes y opuestas a la capitalista, entre ellas las existentes en nuestro continente previas al proceso de conquista y colonización por parte de las potencias europeas, a las que Rosa denomina de manera genérica como *comunistas agrarias o primitivas*.

Los pueblos donde no existe el concepto de “lo mío y lo tuyo”

A mediados del siglo XIX, y hasta la década del 70, se hizo pública una abundante documentación que cuestionaba seriamente la noción del carácter eterno de la propiedad privada y de su existencia desde los orígenes del mundo. Una vez que se hubo descubierto el comunismo agrario, primero como una peculiaridad del pueblo germánico, y luego de los eslavos, indios, árabes-kabyles, antiguos mexicanos, y además del país maravilloso de los incas peruanos y en muchos otros grupos “específicos” de pueblos en todos los continentes, se llegó forzosamente a la conclusión que este comunismo de aldea no era ninguna “peculiaridad atávica” de una raza o de un continente sino la forma típica general de la sociedad humana en un nivel determinado del desarrollo de la civilización. Al comienzo, la ciencia burguesa oficial, es decir la economía política, opuso a este conocimiento una resistencia tenaz. La escuela inglesa de Smith-Ricardo, predominante en toda Europa en la primera mitad del siglo XIX, negó rotundamente la posibilidad de la propiedad comunal sobre la tierra. Los más grandes genios de la ciencia económica en la época del “racionalismo” burgués se comportaron exactamente como los primeros conquistadores españoles, portugueses, franceses y holandeses que, debido a su gran ignorancia, eran totalmente incapaces, en la América recientemente descubierta, de comprender las relaciones agrarias de los nativos y, en ausencia de propietarios privados, declaraban simplemente a todo el país “propiedad del emperador”. Por ejemplo, en el siglo XVII el misionero francés Dubois escribió sobre India lo siguiente: “Los indios no poseen propiedad raíz. Los campos que ellos trabajan son propiedad del gobierno mongol”. Y un doctor en medicina de la facultad de Montpellier, el señor François Bernier, que recorrió las tierras del Gran Mongol en Asia y publicó en Ámsterdam, en 1699, una descripción muy conocida de estos países, exclama con indignación: “Estos tres estados, Turquía, Persia y la India cercana, han aniquilado el concepto mismo de lo mío y lo tuyo en su aplicación a la propiedad de la tierra, concepto que constituye el fundamento de todo lo bueno y hermoso en el mundo”. En el

siglo XIX el sabio James Mill, padre del famoso John Stuart Mill, se dedicó a tratar con la misma ignorancia e incompreensión todo aquello que no tenía aspecto de cultura capitalista, al escribir en su historia de las Indias británicas: “Sobre la base de todos los hechos considerados sólo podemos llegar a la conclusión que la propiedad del suelo en India correspondía al soberano; pues si quisiésemos suponer que no era él el propietario de la tierra, nos resultaría imposible determinar quién era entonces el propietario”. Que la propiedad del suelo correspondía simplemente a las comunidades campesinas indias que lo venían trabajando desde hacía milenios, que podía haber un país, una gran sociedad civilizada, en la cual la tierra no fuese un medio de explotación sino simplemente la base de la existencia de los propios trabajadores, no entraba en absoluto en la cabeza de un gran sabio de la burguesía inglesa. Esta limitación, poco menos que conmovedora, del estrecho horizonte espiritual que delimita la economía capitalista, prueba solamente que la ciencia oficial de la Ilustración burguesa tiene un campo visual y una comprensión de la historia de la civilización infinitamente más estrechos que los romanos de hace casi dos mil años, cuyos generales, como César, e historiadores, como Tácito, nos dejaron análisis y descripciones muy valiosas de las relaciones económicas y sociales de sus vecinos los germanos, relaciones que eran absolutamente extrañas para los romanos.

Rosa Luxemburgo, *Introducción a la economía política*
(1972a: 88-89)



Este material es particularmente importante porque en él se mofa tanto del supuesto carácter “eterno” de la propiedad privada –algo que demuestra como falso a partir de estudios e investigaciones antropológicas, similares a las que revisa y utiliza Marx en sus últimos años de vida cuando se reencuentra con la temática de la Comuna rural–, como de la ignorancia que subyace a la “sabiduría” de la burguesía europea (sobre todo economistas, pero también historiadores y filósofos) por su incompreensión ante realidades como la de los pueblos

indígenas, al tiempo que se atreve a trazar un paralelismo entre estas formas comunitarias de vida social y el *espectro rojo* que encabezó las luchas acontecidas en Europa Occidental durante el siglo XIX: “A la luz de estas brutales luchas de clase, también el más reciente descubrimiento de la investigación científica (el comunismo primitivo) mostró su peligroso rostro. La burguesía, al haber recibido lacerantes heridas en sus intereses de clase, husmeó una oscura relación entre las antiquísimas tradiciones comunistas que le oponían en los países coloniales la más enconada de las resistencias al avance de la ‘europeización’ ávida de lucro de los aborígenes, y el nuevo evangelio del ímpetu revolucionario de las masas proletarias en los antiguos países capitalistas” (Luxemburgo, 1972a: 95).

Como reconoce Michael Löwy, el hecho de que aquellos capítulos destinados a analizar este tipo de sociedades comunistas agrarias o primitivas y su eventual disolución, ocupen más páginas en este borrador de libro que los consagrados a la producción mercantil y a la economía capitalista juntos, “es probablemente la razón por la cual esta obra fue ignorada por la mayor parte de los economistas marxistas” (Löwy, 2008: 115). La subestimación de este manuscrito evidencia también un cierto colonialismo eurocéntrico, ya que, a pesar de los notables aportes para ponderar –y concebir como posibles– otras formas de vida ajenas a la lógica del capital, aún hoy en día no ha tenido la suficiente centralidad dentro de la obra de Rosa Luxemburgo. Esto tal vez se deba a una concepción más general del marxismo, que abreva en ciertas lecturas científicas que resultan refractarias a las cosmovisiones y prácticas comunitarias de muchos de los pueblos indígenas que aún hoy habitan nuestro continente.

Así como ha existido una tradición muy fuerte dentro del marxismo más esquemático que supo postular la existencia en Marx de una especie de “esencialismo anticampesino”, que de manera errónea tendió a generalizar algunos de sus análisis históricos y afirmaciones puntuales en torno al campesinado para validar un discurso donde el sujeto exclusivo de la revolución debía ser el proletariado industrial de las grandes ciudades, algo similar parece haber ocurrido con los escritos de Rosa. A contramano, este manuscrito, así como otros materiales y libros elaborados por ella –entre los que cabe considerar en primer orden *La acumulación del capital*–, lejos de interpretar a estas sociedades agrarias como una rémora perniciosa y “salvaje” a la que hay que atomizar y compeler a

convertirse en fuerza de trabajo proletaria, en un camino lineal e inevitable hacia el “progreso”, nos convidan otras formas de vida sustraídas del individualismo mercantil y la racionalidad burguesa propia de la modernidad capitalista, que contribuyen a la desnaturalización de las relaciones sociales en las que estamos inmersos/as.

Rosa llega a describir incluso párrafos celebratorios de las dinámicas organizativas que expresan algunas de estas sociedades, como la antigua comuna germánica estudiada por el historiador Georg Ludwig von Maurer, conocida como “marca”, destacando en ella la ausencia de Estado con leyes escritas y obligatorias, así como de ricos y pobres o empresarios y trabajadores. Y también recupera las investigaciones de Maxim Máximovich Kovalevsky, otro antropólogo que llegó a ser amigo de Marx y a quien le facilitó de primera mano el libro de Lewis Morgan *La sociedad primitiva*, provocando en él reflexiones muy profundas acerca de las formas comunitarias de vida social.

En los fragmentos más disruptivos de *Introducción a la economía política*, Rosa reconoce en ellos tres su común vocación por demostrar el carácter universal del comunismo agrario, presente con sus particularidades en todos los continentes y pueblos en determinado momento histórico, y resistiendo de manera enconada a la acumulación por despojo aún en pleno siglo XX en diversos territorios de la periferia global. Con el libro de Morgan en particular, “quedó demostrado que el comunismo originario y la democracia e igualdad social a él correspondientes son la cuna del desarrollo social. Mediante esta ampliación de los horizontes del pasado prehistórico, estableció que toda la actual civilización con su propiedad privada, su dominación de clase, su dominación masculina, su Estado y su matrimonio coercitivo, es sólo una fase breve y temporaria nacida de la disolución de la sociedad comunista originaria, que a su vez será desplazada en el futuro por formas sociales superiores” (Luxemburgo, 1972a: 90).

Son numerosos los momentos en que Rosa se burla de la estrechez de miras de la “ciencia oficial de la Ilustración burguesa”, cuyo *campo visual* “es infinitamente más estrecho que los romanos de hace casi dos mil siglos”. Este daltonismo epistémico lo grafica en forma magistral al describir el vínculo entre los conquistadores y las poblaciones autóctonas en nuestro continente: “los europeos chocaron en sus colonias con relaciones completamente extrañas para

ellos, que invertían directamente todos sus conceptos relativos a la santidad de la propiedad privada” (Luxemburgo, 1972a: 82). Este cuestionamiento a la matriz colonial de la modernidad capitalista, incluye para ella también las denominaciones de “salvajismo” y “barbarie”, que se utilizaban en su tiempo (y, hay que decirlo, también en la actualidad) para estigmatizar a las sociedades donde prima el comunismo agrario o la propiedad privada no ostenta la centralidad que debería. Rosa se anima a denunciar con fina ironía que “las denominaciones ‘salvajismo’ y ‘barbarie’ con los que se acostumbraba denominar sumariamente aquellos estadios sociales, tenían vigencia sólo como conceptos negativos, como designación de la falta de todo lo que se consideraba signo distintivo de la ‘civilización’, es decir, de la vida culta del hombre. Desde semejante punto de vista lo propiamente culto, la vida social digna del hombre, comenzaba recién con los estados sociales registrados en la historia escrita. Todo lo que correspondía al ‘salvajismo’ y la ‘barbarie’ constituía por así decirlo una simple antecámara vergonzosa y de escasísimo valor de la civilización, una existencia semianimal que la humanidad civilizada de hoy sólo podía contemplar con condescendiente menosprecio” (Luxemburgo, 1972a: 90).

Desde ya, estas y otras apreciaciones vertidas por Rosa en su borrador no equivalían a “romantizar” a la totalidad de las sociedades agrarias existentes, ya sea en un pasado remoto o, en el caso de su persistencia, en el momento histórico en el que ella escribe. Al igual que el amauta José Carlos Mariátegui, no las consideraba entidades estáticas ni detenidas en el tiempo, sino de manera dinámica y como *contradicción en movimiento*, sobre todo a aquellas asediadas por el proceso de acumulación capitalista en pleno siglo XX. Esto la llevó a entender que la mayoría de ellas contienen sin duda elementos profundamente positivos, pero también ambigüedades y ciertos núcleos negativos que es importante problematizar.

Distantes del evolucionismo racista y colonial que supo permear en ocasiones al propio marxismo, sus reflexiones se nos presentan hoy en día como imperecederas, en la medida en que ella decide “adoptar el punto de vista de las víctimas de la modernización capitalista” (Löwy, 2015: 94), brindando una mirada a contrapelo de aquellas que celebran el avasallamiento de territorios y el despojo de comunidades y pueblos indígenas en nuestra región. Y, a la vez, nos permiten

ampliar la mirada hacia otros sujetos subalternos y oprimidos cuyas resistencias y luchas, a pesar de ser ancestrales y perdurar hasta la actualidad, no han sido debidamente valorados en su potencialidad emancipatoria.

La naturaleza como oprimida

A partir de lo planteado en el apartado anterior, es posible también identificar en Rosa una sensibilidad particular por la lucha en defensa del ambiente y los bienes comunes. Para ello, partimos de un hecho irrefutable: hoy resulta más claro que nunca que la naturaleza es una oprimida. Esto fue anticipado por el viejo Paulo Freire, quien ya al final de su vida reconoció que un capítulo que faltaba abordar en su *Pedagogía del oprimido* era el referido a la madre tierra (Freire, 2008). Pero incluso más tempranamente que este forjador inigualable de la educación popular, Rosa Luxemburgo puede ser considerada una de las primeras marxistas que dota de centralidad a la cuestión ecológica y ambiental, y reivindica una férrea defensa de los animales y seres vivos, así como de la tierra, frente a la voracidad y violencia que el capitalismo impone en su sed de acumulación y constante despojo.

Ésta es una faceta poco explorada en Rosa y, cuando lo es, ancla meramente en su simpatía y pasión por la botánica y la herboristería, así como por ciertos animales puntuales como las aves o los gatos. Sin duda que este rasgo tan original es de suma relevancia, porque pone en evidencia su profundo amor hacia la vida y su sensibilidad y angustia extrema ante toda injusticia que atente contra ella en cualquiera de sus formas, pero por lo general se la desvincula de manera tajante de su proyecto socialista y de su radical humanismo. A contrapelo de estas lecturas, consideramos que *su afición por la naturaleza resulta una arista indisociable de su propuesta anticapitalista, antipatriarcal y anticolonial*.

Acaso sean sus cartas donde mejor trasluce esta vocación *distante del antropocentrismo* (es decir, de una concepción propia de la modernidad, que supone al ser humano una especie superior y centro absoluto del universo, con derecho a someter e instrumentalizar a su antojo a las demás especies y seres vivos), que una vez más nos reenvía a la perspectiva de totalidad, aunque en esta ocasión

para ampliar la mirada e incluir dentro de este universo también a los animales y la naturaleza toda. Como ha expresado Ana Bisceglie, “la cantidad de dirigentes y de cuadros, de militantes y de ‘compañeros de ruta’ que Rosa recuerda en sus numerosas cartas, no puede separarse de la vivacidad con la que describe los paisajes o los lugares a los que va a dar sus mítines, ni de la ternura que reserva para los demás seres vivos, ya sean gorriones, golondrinas o petirrojos, abejorros o avispas, flores u hojas de todo tipo, ni de las referencias artísticas que siempre la acompañan. En Rosa Luxemburgo siempre está presente todo un mundo, un mundo que a veces se muestra por entero, con intensidad y otras apenas se insinúa. Un mundo que es necesario sentir dentro de cada uno para acercarnos a ella” (Renzi y Bisceglie, 2010: 27).

La naturaleza es un verdadero bálsamo para Rosa, quien reconoce en más de una epístola “la profunda afinidad que me une a la naturaleza viviente” (Luxemburgo, 1946: 216). Ella oficia de anticuerpo frente a la burocratización de la vida cotidiana en su ajetreo militante tan abnegado, constituye un escudo que evita ser deglutido por esa racionalización y desencantamiento del mundo propio del fetichismo mercantil, contrarresta a un capitalismo desquiciado que todo lo devora y convierte en puro valor de cambio cuantificable, y también le brinda alas en los sucesivos contextos de encierro a los que se ve forzada. Por eso, coincidimos con Isabel Loureiro cuando sugiere que “en el contacto con la naturaleza, Rosa restaura las energías perdidas en el combate político” (Loureiro, 1999: 25).

Son infinitas las cartas donde vuelca sus sentimientos para con la naturaleza y en especial hacia los animales sufrientes, producto de la violencia irracional y predatoria de los humanos, inmersos en el círculo vicioso de la acumulación por despojo y el colonialismo más brutal. Entre ellas, tal vez una de las más conmovedoras sea aquella que le escribe desde la prisión de Breslau a su amiga Sonia Liebknecht, en vísperas de navidad el 24 de diciembre de 1917. Allí comparte el “agudo dolor” experimentado en el patio de la cárcel ante una situación en la que soldados castigan con animosidad a los búfalos que tiran unos carruajes. Por su bellísima y emotiva prosa, vale la pena reproducir *in extenso* una parte sustancial de la carta donde relata lo vivido.

Mi hermano búfalo

... ¡Ay!, mi querida Sonia, acabo de experimentar un agudo dolor. Todos los días llegan al patio adonde yo voy a pasear, furgones militares cargados con mochilas, raídos capotes de soldados y camisas, manchadas no pocas veces de sangre... descargan los bagajes y reparten las prendas por las celdas para que las presas las zurzan; después, vuelvan a recogerlas. Hace unos días acababa de entrar en el patio uno de estos carruajes. Pero esta vez venía tirado por búfalos, no por caballos. Era la primera vez que veía de cerca esos animales. Son más vigorosos y corpulentos que nuestros bueyes; los morros chatos y los cuernos retorcidos, dan a su testuz cierto parecido con el de nuestros borregos. Tienen la cara completamente negra y grandes ojos apacibles. Los soldados que conducen la yunta dicen que estas bestias proceden de Rumania y son botín de guerra... Parece que ha sido muy difícil cazar a estos pobres animales, que vivían en estado salvaje, y más difícil aún habituarlos al tiro, después de la libertad de que habían gozado. Sólo han podido domarlos a fuerza de golpes, a fuerza de hacerles sentir en lo más profundo de su carne que también para ellos rige el vae victis del domador... Más de 150 animales de éstos hay concentrados en Breslau, y en vez de los abundantes pastos de Rumania, se ven reducidos a una ración pobrísima de forraje. Los obligan a trabajar sin duelo, a arrastrar pesos inverosímiles, de modo que no tardan en morir. Hace unos días, acaba de entrar en el patio uno de estos carros regimentales, cargado de sacos. Era tan excesiva la carga y tan voluminosa, que los búfalos no lograban franquear el umbral del pórtico. El soldado que los conducía empezó a apalearlos con el grueso mango de su fusta, con tal violencia, que la carcelera le preguntó indignada si no le daban lástima aquellas bestias. “¡Pues de lo que es de nosotros, que somos hombres, nadie tiene lástima!”, exclamó con una sonrisa perversa en los labios el carretero, y siguió apaleando a las pobres bestias. Por fin lograron salvar el obstáculo, pero una de ellas estaba ensangrentada. Soniuska, la piel del búfalo tiene un espesor proverbial; no obstante, había sido desgarrada.

Mientras descargaban el carro, las bestias permanecían impasibles y exhaustas, y una de ellas, la que sangraba, dejaba caer su mirada tristemente. Su aspecto y sus grandes ojos, tan dulces, tenían la expresión de un niño que hubiera llorado mucho, de un niño que hubiera sido severamente castigado sin saber por qué y que no sabe ya qué hacer para librarse del tormento y de la violencia brutal. Yo estaba frente a la yunta, y el animal herido me miraba; las lágrimas que asomaron a mis ojos eran sus lágrimas. No es posible estremecerse ante el sufrimiento del más querido de los hermanos más dolorosamente de lo que yo me estremecí en mi impotencia ante aquel mudo dolor. ¡Las vastas y jugosas praderas verdes de Rumania perdidas para siempre! Allí brillaba el sol, soplaban el viento, cantaban los pájaros de modo muy distinto, y la melodiosa llamada del pastor sonaba a lo lejos. Aquí la horrible calle, el establo asfixiante, el heno mezclado con paja podrida, y, sobre todo, estos feroces hombres desconocidos, y los golpes, la sangre que mana de la abierta herida... ¡Oh, mi pobre búfalo, mi pobrecito y querido hermano! Henos aquí a los dos, a ti y a mí, impotentes y silenciosos, unidos por el dolor, la impotencia y la nostalgia.

Mientras tanto, las presas rodeaban afanosas el carruaje. Descargaban los pesados sacos y los arrastraban hacia la cárcel. Entre tanto, el soldado, con las manos metidas en los bolsillos, se paseaba a grandes zancadas por el patio, silbando una canción desvergonzada. Todo el esplendor de la guerra desfiló a mis ojos...

Escríbame pronto. La abraza, Soniuska, su

Rosa.

Soniuska, amiga mía, conserve la calma y la serenidad a pesar de todo. La vida es así y hay que tomarla según viene, con valor, alta la frente y la sonrisa en los labios, contra todo y a pesar de todo.

*Rosa Luxemburgo, Carta a Sonia Liebknecht
desde la prisión (1948: 208-210)*



Por todo ello, arriesgamos como hipótesis que existe en Rosa una “afinidad electiva” con el planteo de numerosos pueblos indígenas, comunidades afrodescendientes y organizaciones campesinas que postulan que la naturaleza, al igual que los seres humanos, tiene derechos que no pueden ser pisoteados. Sus epístolas y reflexiones más intimistas, la pasión por imitar a la perfección a aquellas aves que, como el herrerillo azul, anuncian nada menos que la llegada de la primavera (“zwi-zwi” debía ser el único epitafio de su tumba, según le confiesa a una amiga), o el diario personal en el que entre rejas dibuja, pega y detalla las variedades de flores de su diminuto jardín, pero también aquellos materiales y borradores teóricos e históricos destinados a la formación y al esclarecimiento político, donde se denuncia la *acumulación originaria* como proceso permanente que destruye las “economías naturales” y desarticula ecosistemas y cosmovivencias en las periferias del mundo capitalista (entre ellos América Latina, un continente geopolíticamente estratégico por la biodiversidad que cobija), deben leerse de manera conjunta y complementaria para romper con la visión productivista y el antropocentrismo que sitúa al ser humano –y en particular, al burgués, macho, blanco y adulto– como centro de gravedad de la modernidad, y que insiste en considerar a la pluriversidad de seres vivos bajo el homogeneizante y cosificador concepto de “recursos naturales” (instrumentalizador de la naturaleza, la floresta y los animales, en función de las ansias de explotación y sometimiento a la que nos induce y compele la racionalidad propia del sistema capitalista y colonial).

Diversas intelectuales y activistas contemporáneas emparentadas con el ecofeminismo, han llamado la atención sobre la necesidad de *volver a partir de la relación con la naturaleza*, en el análisis político y la crítica al sistema patriarcal y capitalista. Vandana Shiva, por ejemplo, ha hecho visible los estrechos vínculos entre la opresión del patriarcado, la violencia hacia las mujeres y la destrucción constante de la naturaleza en nombre del “progreso” (Shiva y Mies, 1997), al tiempo que Silvia Federici considera que “hoy en día, con la perspectiva de un nuevo proceso de acumulación primitiva, la mujer supone la fuerza de oposición principal en el proceso de mercantilización total de la naturaleza” (Federici, 2014: 90). Por su parte, María Rosa Dalla Costa ha sugerido que es imprescindible construir una propuesta política teniendo como columna vertebral “el

respeto por los equilibrios fundamentales de la naturaleza, de la voluntad de conservar ante todo los poderes autogeneradores/reproductores, del respeto y del amor por todos los seres vivos” (Dalla Costa, 2009: 350). En ambos casos, es indudable la conexión de estos planteos con los precursores –y por ello mismo, por lo general incomprensidos– de nuestra querida Rosa.

A comienzos de la década de 1980, cuando la problemática socioambiental y el ecologismo radical aún no aparecían como algo relevante para la mayoría de las organizaciones de izquierda, el historiador Luis Vitale intentó reconstruir la historia latinoamericana desde el punto de vista de la *totalidad*, entendida a partir de la interrelación “naturaleza – sociedad humana” y a contramano de las lecturas productivistas o que analizan la realidad desde criterios dicotómicos. En su libro pionero titulado *Hacia una historia del ambiente en América Latina*, propuso algunas claves interpretativas que retoman aquella genuina inquietud luxemburguista y nos alertan sobre un probable colapso civilizatorio. “El marxismo contemporáneo tiene un gran desafío: dar respuesta teórica, programática y política a la crisis ambiental, partiendo de una clara concepción acerca de la totalidad constituida por la naturaleza y la sociedad humana. En definitiva, en torno a esta cuestión clave –que sólo será resuelta en el terreno de la lucha de clases– se está jugando la supervivencia de la humanidad. El dilema ‘socialismo o barbarie’ planteado por Rosa Luxemburgo está más vigente que nunca” (Vitale, 1983: 108).



CAPÍTULO 7

Revitalizar el internacionalismo desde la diversidad

*Sin un estandarte de mi parte...
Te prefiero... igual, internacional.*

Patricio Rey y sus redonditos de ricota

Teniendo en cuenta las aristas problemáticas y los flagelos que asolan al mundo, hoy resulta crucial recuperar la propuesta de internacionalismo y hermandad entre los pueblos esbozada por Rosa, a la luz de las luchas antiimperialistas, feministas, antixenóforas, socialistas, anticoloniales, migrantes, en defensa de la soberanía alimentaria y del buen vivir, que ensayan y tejen desde abajo las organizaciones y movimientos populares, a partir de una vocación de articulación continental y planetaria acorde a los desafíos que nos depara nuestro presente.

Vivimos un contexto signado por la exacerbación del racismo, la implementación de políticas migratorias restrictivas, el levantamiento de muros fronterizos, la proliferación de guerras y genocidios de carácter étnico y el auge de tendencias neofascistas tanto en América Latina como en Europa. Por eso es importante revitalizar la visión que Rosa tenía acerca del internacionalismo y

su coherencia respecto de esta faceta que, por lo general, se resiente o no es considerada prioritaria por muchas organizaciones de izquierda y movimientos latinoamericanos. Pero para ello, no es posible omitir el debate en torno a la llamada cuestión nacional (o mejor aún, plurinacional), ni tampoco desestimar sus reflexiones alrededor del vínculo entre autodeterminación territorial y lucha de clases, que también brinda pistas para aportar a un proyecto multicivilizatorio que *garantice el reconocimiento de las diversidades y a la vez suprima todo tipo de desigualdad*.

La cuestión (pluri)nacional en Rosa: de malentendidos y prejuicios infundados

A diferencia de lo que afirman buena parte de sus críticos, una problemática clave en Rosa Luxemburgo es la de la cuestión nacional, a la que dedicó sendos ensayos e investigaciones, y años estoicos de debate y polémica militante. Como polaca y judía nacida en un territorio ocupado por el Imperio zarista ruso, pero también como activista migrante contraria a la guerra y en favor del internacionalismo, vivencia un período de expansión colonial inusitada hacia continentes y realidades de la periferia capitalista, desde finales del siglo XIX y hasta el cruento desenlace de la primera guerra mundial, por lo que desde su etapa juvenil y de incursión en la militancia, considera este tema como central en los debates teórico-políticos dentro de las filas socialistas.

Al decir de Georges Haupt (1979), sus reflexiones y estudios sobre la temática resultan no sólo destacados sino “pioneros”, sobre todo si tenemos en cuenta que la tesis doctoral que Rosa defiende en Zúrich en 1897, bajo el título de *El desarrollo industrial en Polonia*, constituye la primera investigación exhaustiva centrada en esta problemática, que analiza desde una óptica materialista el proceso de imbricación capitalista entre Polonia y Rusia, y sus implicancias para el debate político acerca de la cuestión nacional (Luxemburgo, 1979). De ahí en más, los escritos periodísticos, informes y tesis congresales, documentos políticos y borradores referidos a este problema serán una constante en su obra militante, al margen de las cambiantes coyunturas y los territorios específicos donde decida afrontar la discusión.

Como ha sugerido María-José Aubet (una de las investigadoras que más ha abordado con rigurosidad este eje en la obra de Rosa), al igual que ha ocurrido con otras aristas de su pensamiento, han predominado lecturas superficiales en torno a sus posiciones respecto de la cuestión nacional, por lo general condicionadas por “gafas” leninistas que obturaron la posibilidad de tener un conocimiento fidedigno tanto de la posición de Rosa como de la del propio Lenin, y de la polémica entre ambos en general (Aubet, 1977).

Una primera aclaración importante es la que ya hemos destacado como rasgo del marxismo de Rosa, y que remite tanto a su punto de vista de la *totalidad* como a la *historicidad* de los fenómenos y procesos que busca analizar, pero también a la necesidad de no concebir la obra de Marx y Engels como un sistema acabado y rígido listo para su “uso”. Al igual que para Gramsci, los padres del marxismo no eran para ella “pastores con báculo”. Este último punto es fundamental debido a que ellos tuvieron apreciaciones respecto de la cuestión polaca y de la realidad rusa en general, ancladas en su tiempo y supeditadas a una lectura política y hasta pragmática, no exenta en ocasiones de prejuicios.

En efecto, como bien han consignado numerosos estudiosos del tema, obsesionado con el bastión contrarrevolucionario que encarnaba en su época el imperio zarista, Marx pone sus expectativas en la posibilidad de una revolución de tipo nacional en Polonia, que debilite al absolutismo ruso y aporte a su implosión desde adentro, a partir de la constitución de un Estado polaco soberano y democrático. En las décadas posteriores, los diferentes partidos socialistas no hicieron sino repetir estos argumentos para justificar la independencia polaca, sin ninguna fundamentación sólida más allá de la cita de autoridad de Marx.

Rosa es la primera que, desde una perspectiva materialista, cuestiona la reivindicación de la independencia polaca. No lo hace a partir de una elucubración abstracta sino en función de una investigación rigurosa –su tesis doctoral defendida en la Universidad de Zúrich en 1897– acerca de la estructura socio-económica de Polonia, basada en datos estadísticos y en una genealogía por-menorizada de su historia reciente, sobre la base del vínculo cada vez más estrecho que mantiene con Rusia a nivel productivo. La conclusión de Rosa es contundente: desde la época en la que Marx formuló sus planteos se ha vivido

una transformación monumental, que ha redundado en el entrelazamiento entre Polonia y Rusia en función de un desarrollo capitalista específico, que torna inviable y utópica la lucha por la reconstrucción e independencia de Polonia. De lo que se trata, por lo tanto, es de aunar fuerzas entre la clase trabajadora de este territorio y la que habita en Rusia, para combatir de manera conjunta al zarismo (Luxemburgo, 1979a).

La polémica no era académica ni intelectual, sino centralmente política. En aquel entonces, existía en la tierra natal de Rosa el Partido Socialista Polaco (PPS), que reivindicaba como prioritaria la reconstrucción de Polonia, y rivalizaba con la organización en la que ella militaba, el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL). Según Leopoldo Mármora, aquellos nacionalistas, a los que Rosa llega a calificar de “socialpatriotas”, interpretaban el marxismo “tan al pie de la letra que transgredían su espíritu aferrándose a consignas de Marx y Engels de mitades del siglo sin atender a la cambiante situación histórica” (Mármora, 1978: 36). Las querellas contra este sector serán una constante durante varios años, tanto en congresos de la Segunda Internacional como en la prensa polaca y rusa.

Un punto relevante a destacar es que la postura de Rosa, a contrapelo de lo que algunos afirman, nunca fue doctrinaria ni absoluta en lo referente a la cuestión nacional, sino concreta e histórica. Aunque pueda resultar paradójica, la posición de Rosa con respecto a Polonia era en sentido estricto infinitamente más “marxista” (a pesar de cuestionar el argumento de Marx por obsoleto) que el de sus glosadores ortodoxos. Es que como escribirá más tarde en su gran obra *La cuestión nacional y la autonomía*, el método que siguió Marx con respecto a las nacionalidades “no tomaba en cuenta ninguna fórmula abstracta, sino solamente las relaciones reales de cada caso en particular”, por lo que “no existen verdades ‘eternas’ y por ende tampoco ‘derechos eternos’ (...) siendo esta eterna mutación la única verdad ‘eterna’” (Luxemburgo, 1979b: 32-33). En este documento de gran densidad teórica y analítica, Rosa no tiene reparo en insistir además sobre ciertos errores cometidos por Marx en torno a esta problemática, entre ellos “el sobrevalorar el significado internacional del nacionalismo polaco” (Luxemburgo, 1979b: 38).

En simultáneo, Rosa insta a que el SDKPiL se sume al flamante Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, surgido a comienzos de siglo XX. En su II Congreso (en rigor, verdadero acto de fundación), los delegados polacos (con Rosa a la distancia, aunque inmersa de lleno en la discusión) exigen que se suprima dentro del proyecto de programa del nuevo partido el punto referido de manera genérica al “derecho a la autodeterminación de las naciones” y, ante la negativa por parte de Lenin, optan por retirarse del evento. Tras este altercado, las polémicas con el dirigente bolchevique se sucederán en los años siguientes, siempre teniendo como trasfondo el hecho de que, en un caso, estamos en presencia de un militante proveniente del territorio de un Imperio opresor plurinacional (la Rusia zarista), y en el otro de una activista migrante, originaria de una nación oprimida y fracturada por tres Estados absolutistas (Polonia).

La cuestión nacional y la lucha de clases

El problema nacional no es ni puede ser algo extraño a la clase obrera. La opresión bárbara más insostenible y la represión de la cultura espiritual de la sociedad no le pueden dejar indiferente. Es un hecho indiscutible, para honra de la humanidad de todos los tiempos, que ni la opresión más inhumana de los intereses materiales puede suscitar una rebelión tan fanática y tan ardiente, un odio tan grande, como el que engendra la opresión de la vida espiritual: religiosa y nacional. Pero las rebeliones heroicas y los sacrificios para defender esos valores espirituales sólo los pueden llevar a cabo las clases que, por su situación material social, son revolucionarias.

Adaptarse a la opresión nacional, soportarla con la humildad de un perro, era algo que podía hacer la nobleza y tal vez la burguesía, es decir, las clases poseedoras y hoy radicalmente reaccionarias por sus intereses, esas clases que constituyen la imagen más fidedigna del “materialismo” grosero del estómago, en el que suelen convertir, en las mentes de nuestros publicistas caseros, la filosofía materialista de Feuerbach y de Marx.

Nuestro proletariado, como clase que no posee “bienes terrenales” en la sociedad actual, está llamado por el desarrollo histórico a la misión de derrocar todo el sistema existente. Como clase revolucionaria, debe sentir y siente la opresión nacional como una dolorosa herida, como una vergüenza, hasta que esta injusticia se convierta en una gota en el océano de la miseria social, de la inferioridad política, de la indigencia espiritual, que es el destino del mercenario del capitalismo en la sociedad actual

Rosa Luxemburgo, Prefacio a *La cuestión polaca
y el movimiento socialista* (1983: 151)



La revolución rusa de 1905, signada por rebeliones populares tanto en territorio polaco como en el resto del imperio ruso, parece demostrar la viabilidad de los planteos luxemburguistas acerca de la causa común que ligaba al proletariado de ambas realidades. Tras vivir un crecimiento estrepitoso debido al clima de politización inmenso que se desata, el SDKPiL deviene un partido con cierto arraigo de masas en Polonia. Rosa elabora en este marco un detallado documento a modo de programa de la organización, bajo el título de *¿Qué queremos?*

Este material no tiene desperdicio tanto por la forma pedagógica y didáctica en la cual expone y caracteriza cada una de las reivindicaciones, como por la integralidad de exigencias que involucra. Nos interesa resaltar aquellas vinculadas en sentido estricto con la lucha contra la opresión nacional. En sus fundamentos, deja en claro la ratificación de que Polonia no se separe de Rusia para construir un país independiente y que, más bien, se abogue por la caída del absolutismo de parte de los pueblos trabajadores ruso y polaco. Esta postura, como podría parecer a primera vista, no implica que le sea indiferente la opresión que sufre el pueblo polaco. Al igual que ya había planteado en su “Prefacio” al libro *La cuestión polaca y el movimiento socialista* (donde manifiesta sus sentimientos de solidaridad y empatía con la causa polaca y con otros pueblos que padecen este tipo de sojuzgamiento, sin omitir la importancia de un punto de vista de la totalidad que considere tanto los factores espirituales como materiales, sitúe

históricamente el conflicto y no desestime la importancia de la lucha de clases), en el programa del SDKPiL se asume como una exigencia fundamental la libertad de la cultura nacional polaca y en un plano más amplio la “igualdad de todas las nacionalidades que habitan el imperio ruso, con garantía de libertad de su desarrollo cultural, escuela nacional y libertad de uso de la lengua materna” (Luxemburgo, 2017a: 224).

La propuesta concreta que pregona para hacer realidad esto es la autonomía para Polonia a través de un autogobierno territorial, que no suponga secesionismo, sino una igualdad plena que a la vez rompa con todo tipo de represión ejercida hasta ese entonces contra el pueblo polaco y garantice la diversidad de su vida espiritual y de su cultura, mediante “la autoadministración del territorio”. Así, “todas las cuestiones que afectasen a nuestro país, serán gestionadas por las personas mismas de nuestra nación, con la ayuda de funcionarios propios y de un parlamento nacional propio, que debería ser elegido por toda la población adulta del país a través de elecciones generales, iguales, secretas y directas, y que sean introducidas aquí escuelas, tribunales y otras instituciones polacas necesarias” (Luxemburgo, 2017a: 226). En última instancia, Rosa está proponiendo un *Estado plurinacional constitucionalmente democrático y participativo* que, al decir de María-José Aubet, sólo podría conseguirse gracias al protagonismo del único movimiento de liberación que, a la vez que defendía sus intereses, defendía y peleaba por los intereses de todo el pueblo oprimido: el movimiento obrero. Esta liberación, entonces, garantiza a la vez la emancipación, pero sería definitiva y completa sólo en una sociedad sin clases (Aubet, 1977: 105).

Salvando las distancias y el contexto histórico específico, esta propuesta de Rosa tiene evidentes puntos de contacto con la reivindicación hecha por numerosos pueblos indígenas y nacionalidades subyugadas del territorio latinoamericano, los cuales lejos de exigir una separación completa o la creación de un Estado propio en una clave monoétnica o monolingüe, abogan por un Estado plurinacional donde se supriman las lógicas jerárquicas y racistas y se abra paso a un proceso real de descolonización e interculturalidad integral.

Pero como habíamos expresado, Rosa no intenta forjar una respuesta única y abstracta para la problemática de la cuestión (pluri)nacional. De ahí

que aclare, por ejemplo, que “la autonomía nacional no constituye una forma política única y aplicable a todos los grupos nacionales y tampoco es un ideal puramente libertario que represente una meta a la cual pudieran aspirar los socialistas independientemente de cualquier tipo de condiciones” (Luxemburgo, 1979b: 159). Se requiere, ante todo, problematizar el concepto mismo de “nación”, como un todo homogéneo que muchas veces bajo la bandera de “movimiento nacional” tiende a enmascarar los antagonismos de clase. En efecto, al omitirse las condiciones históricas concretas y no tener presente una perspectiva de totalidad, se corre el peligro de diluir los componentes internos y la heterogeneidad constitutiva de un proyecto o apuesta de este tenor.

Sumida en prisión y en pleno auge de la primera guerra mundial, Rosa redacta y logra sacar clandestinamente de la cárcel su folleto de denuncia conocido como *La crisis de la socialdemocracia*. Allí retoma el debate alrededor de la cuestión nacional, aunque condicionada por el clima chauvinista y hasta xenófobo que permea incluso al movimiento obrero europeo. Es por ello que no cifra esperanza alguna en las guerras que se precian de “defensivas” o “nacionales”, en la medida en que considera que “en tanto existan Estados capitalistas y, en particular, en tanto la política imperialista determine el modelo y la vida interior y exterior de los Estados, el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos no se asemeja en nada a la forma en que es practicado, tanto en tiempos de guerra como de paz” (Luxemburgo, 1972b: 122).

Este opúsculo es atravesado por la angustia del conflicto bélico a nivel planetario y el auge de los nacionalismos más enfervorizados, al tiempo que repudia toda situación de opresión nacional o étnica acometida en cualquier lugar del mundo, ya que “sólo un político burgués, para quien la humanidad está representada por las estirpes de los señores y una nación por sus clases dirigentes, puede hablar de ‘libre disposición’ en relación con los Estados coloniales”, advierte que “en el sentido socialista del concepto de libertad, no se puede pensar en una nación libre cuando su existencia nacional se basa en la esclavitud de otros pueblos, pues los pueblos coloniales también son pueblos y forman parte del Estado. El socialismo internacional reconoce a las naciones el derecho de ser libres, independientes, iguales. Pero sólo el socialismo internacional es capaz de

crear tales naciones, él es el único capaz de hacer del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos una realidad” (Luxemburgo, 1972b: 122).

Podría pensarse que esta caracterización redundaba en una resignación frente a un contexto regresivo y belicista donde poco y nada puede hacerse. Por el contrario, Rosa concluye reafirmando que esta consigna del socialismo no es “una santificación del estado de cosas existente, sino una orientación y un estímulo para la política activa del proletariado, que se dispone a lograr transformaciones revolucionarias” (Luxemburgo, 1972b: 122).

La militancia internacionalista como bandera

Tal vez por haber sido una activista polaca, judía y migrante, que tuvo a la humanidad –y dentro de ella a la clase trabajadora– como única patria, Rosa ejerció desde joven y hasta sus últimos días de vida la solidaridad internacional y el hermanamiento desde la diversidad de identidades subalternas forjadas en ese rompecabezas difícil de ensamblar que era Europa, cuestionando las fronteras artificiales impuestas por imperios y Estados, e impugnando desde la praxis militante los chauvinismos y xenofobias que proliferaron al calor de la primera guerra mundial, incluso en las filas de los sindicatos y partidos de izquierda.

Al igual que Marx, un moro migrante que jamás pudo regresar a su territorio de origen y fue expulsado de diversos países por regímenes autoritarios, falleciendo en el exilio, Rosa ostentó esa connotación de “extranjera” para gran parte de la dirigencia socialdemócrata, aún luego de haberse radicado ya de manera definitiva en Alemania. Enemiga de las fronteras estatales y del chauvinismo que fomentaba una cultura de la enemistad y el desvínculo entre pueblos, supo ejercitar la trashumancia y la movilidad constante durante toda su vida, siempre en pos de garantizar la autoafirmación de la condición humana.

También aquí para ella el punto de vista metodológico de la *totalidad* resulta imperioso, no solamente para entender fenómenos como las guerras, el imperialismo, los endeudamientos, la división del trabajo entre países y regiones, el subdesarrollo, las crisis y el dominio colonial, sino además para asumir la lucha

de clases y otros antagonismos, como una relación de fuerzas global que se fractura, territorializa y resignifica –con sus rasgos distintivos– en múltiples realidades, pero que requiere sí o sí respuestas a nivel planetario³².

De ahí que batallara siempre por apuntalar y fortalecer una identidad internacionalista en la clase trabajadora, a contramano de las tendencias nacionalistas que atizaban los Estados imperiales y las constantes guerras entre potencias. Por eso solía afirmar de manera insistente que *la fraternidad universal* de las y los trabajadores era una única patria. No es azaroso que, durante su activa militancia como educadora en la Escuela de formación del partido, haya bregado por la incorporación de una materia específica que pudiese reconstruir y sistematizar la historia del socialismo y también de las luchas sindicales *desde un punto de vista internacional*, que contemplase y al mismo tiempo trascendiese (a partir de una perspectiva de articulación y mutuo condicionamiento) las respectivas realidades nacionales. “Estoy muy contenta de que hayamos conseguido, el camarada Schulz y yo introducir finalmente la historia del socialismo internacional; ahora trabajo para introducir el movimiento sindical y su historia, y también su situación en diversos países como materia específica (hice esta solicitud en la última reunión de profesores y de la dirección). Yo lo considero de una importancia extraordinaria y tan necesaria como la historia del socialismo” (Luxemburgo, 2017c: 173).

32 Al respecto, René Zavaleta elaboró dos conceptos para entender tanto la especificidad como lo común de cada sociedad, en particular en América Latina: “forma primordial” y “determinación dependiente”, como pares contrarios y combinables que remiten a la dialéctica entre la lógica del *lugar* (las peculiaridades de cada sociedad) y la *unidad* del mundo (lo comparable a escala planetaria). Si la noción de “forma primordial” permite dar cuenta de la *ecuación* existente entre Estado y sociedad al interior de un territorio y en el marco de una historia local, definiendo “el grado en que la sociedad existe hacia el Estado y lo inverso, pero también las formas de su separación o extrañamiento”, la “determinación dependiente” refiere al conjunto de condicionamientos externos que ponen un límite (o margen de maniobra) a los procesos de configuración endógenos. De acuerdo a Zavaleta, “cada sociedad, incluso la más débil y aislada, tiene siempre un margen de autodeterminación; pero no lo tiene en absoluto si no conoce las condiciones o particularidades de su dependencia. En otros términos, cada historia nacional crea un patrón específico de autonomía, pero también engendra una modalidad concreta de dependencia” (Zavaleta, 1990: 123).

Como hemos visto, en 1911, a raíz del conflicto desatado por la actitud imperialista de Alemania y otras potencias en Marruecos, Rosa polemiza con quienes pretenden desentenderse de esta problemática bajo el argumento mezquino de que resulta algo lejano y ajeno, que para colmo venía a estropear la “paz” lograda internamente en Alemania en una coyuntura donde, al año siguiente, se debían celebrar elecciones. Frente a estas posiciones oportunistas, ironiza expresando que “hemos oído hablar mucho sobre la ‘espléndida situación’ en la que nos estamos acercando a las elecciones al Reichstag, y al mismo tiempo se nos ha advertido en repetidas ocasiones no estropear esta ‘situación’ por alguna acción imprudente” (Luxemburgo, 2017: 2). Es que el antiimperialismo y la solidaridad entre pueblos para ella no estaba supeditada a conveniencias pragmáticas ni instrumentales, ni tampoco debía respetar tiempos y lógicas electoralistas, sino que *constituía una actitud ética y política de carácter estratégico, que debía ejercitarse a nivel cotidiano y en forma militante*, no a través de discursos y documentos que se agotaran en la mera retórica de la denuncia.

Se suele perder de vista que *La acumulación del capital*, lejos de ser un libro de “economía”, constituye un estudio político con una clara intencionalidad centrada en hacer visible y denunciar la dinámica expansionista e imperial por parte de las potencias y Estados europeos hacia las zonas y territorios periféricos, así como sus límites objetivos y contradicciones inherentes a escala global, que no equivalían para ella a adscribir a un sentido de la inevitabilidad (ya que eso redundaría, en palabras de Walter Benjamin, en una aceptación pasiva que nadase “en favor de la corriente del progreso”). Este libro oficia de ensordecedor grito antiimperialista, ya que ausculta el proceso violento a través del cual “el capital recorre el mundo entero; saca medios de producción de todos los rincones de la Tierra, cogiéndolos o adquiriéndolos de todos los grados de cultura y formas sociales” (Luxemburgo, 1967: 274).

Es por ello que el carácter crecientemente planetario de la acumulación capitalista se parece poco y nada a lo descrito por la teoría burguesa liberal, que nos habla “de la ‘competencia pacífica’, de las maravillas técnicas y del puro tráfico de mercancías”. Antes bien, en tanto fenómeno histórico tiene al imperialismo como “expresión política”, que se vale de los más variados artulugios

y mecanismos para conseguir sus propósitos: “Aquí reinan, como métodos, la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra. Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión, la rapiña” (Luxemburgo, 1967: 351).

Asimismo, en los “Borradores de las Tesis de *Junius*”, aprobadas con leves enmiendas de Karl Liebknecht en la Conferencia del Grupo Internacional el 1 de enero de 1916, y divulgadas clandestinamente como parte de las *Cartas de Espartaco*, Rosa afirma de manera contundente que “la lucha de clases en el interior de los Estados burgueses contra las clases dominantes y la solidaridad internacional de los proletarios de todos los países, son las dos reglas vitales inseparables para la clase trabajadora en su lucha de liberación histórico-mundial. *No existe socialismo por fuera de la solidaridad internacional del proletariado, y no existe socialismo fuera de la lucha de clases.* El proletariado socialista no puede, ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra, renunciar a la lucha de clases y a la solidaridad internacional sin cometer un suicidio” (Luxemburgo, 2017b: 12).

Bolívar Echeverría ha afirmado de forma sugestiva que la falta de pertenencia a una nación-Estado fue lo que le permitió a Rosa concebir al internacionalismo como un postulado guía, en el que se asentaba su discurso y práctica militante

KARL LIEBKNECHT

(Leipzig, 13 de agosto de 1871/Berlín, 15 de enero de 1919). Hijo del dirigente socialista y co-fundador del Partido Socialdemócrata Alemán Wilhelm Liebknecht. Abogado e impulsor de organizaciones juveniles en Alemania. Fue diputado en el Reichstag y desde allí se opuso a la votación en favor de los créditos de guerra. Sufrió en varias ocasiones el encierro por su activismo político antimilitarista, acusado de “alta traición”. Junto a Rosa, conformó el ala izquierda de la socialdemocracia y fundó La Liga Espartaco, así como el Partido Comunista Alemán.

a lo largo de toda su vida. De ahí la obsesión permanente –agrega este marxista ecuatoriano– por “despertar y difundir el carácter ‘histórico-mundial’ de la revolución comunista”, porque “el internacionalismo proletario no puede resultar de una coincidencia automática de los intereses proletarios en los distintos y enfrentados Estados nacionales; debe ser levantado de manera consciente y organizada mediante una política que haga presente el alcance mundial de toda conquista comunista, incluso en las que parecen más internas, locales o nacionales de luchas proletarias” (Bolívar Echeverría, 1986: 151).

Transcurridos más de 150 años de su salida a la calle, la consigna del *Manifiesto comunista* que convoca a la unión de las y los trabajadores del mundo aún espera ser concretada. Recrear para nuestro tiempo histórico ese internacionalismo, implica asumir la diversidad como un rasgo constitutivo de las luchas que se libran a lo largo y ancho de los cinco continentes. El desafío, por tanto, es dejar de pensar desde la homogeneidad este tipo de plataformas y proyectos de hermanamiento, sin que esto equivalga a una apología de la fragmentación o del encapsulamiento. Pensar y actuar dialécticamente, teniendo como precepto una política colaborativa, de manera tal que puedan conjugarse tanto las construcciones territoriales en cada lugar como las plataformas de articulación y los proyectos mancomunados que trasciendan fronteras, constituye un imperativo ético y político de primer orden para los pueblos del mundo.

Como anillos concéntricos, estas instancias por fundar seguramente requieran diferentes niveles de coordinación y confluencia, variados y simultáneos espacios de hermanamiento, con agendas y temporalidades complementarias, entre las organizaciones, movimientos, comunidades y pueblos del Sur global. Aquel mundo en el que quepan muchos mundos del que nos habla el zapatismo, simboliza esta ansiada *unidad en la diversidad*, tan necesaria en esta época sumida en el desvínculo, la competencia constante y las violencias múltiples de un sistema de muerte cada vez más desquiciado. Más que nunca, como supo afirmar el poeta y militante cubano José Martí, patria debe equivaler a humanidad.

EPÍLOGO

Apostar por la revolución ¡Socialismo o barbarie!

A pesar de sus lúcidas reflexiones y su capacidad para reinventar la política desde el protagonismo popular y la praxis revolucionaria, Rosa no nos deja un cuerpo acabado ni una estrategia plenamente coherente de transformación. Los suyos son destellos en medio de la oscuridad, relámpagos que interrumpen la normalidad a las que nos tiene tan acostumbrados/as este sistema. Cual caleidoscopio, nos convida un pensamiento en riesgo y desde el abismo, en constante movimiento y dinamismo, multicolor, intenso e indisciplinado, por lo que más que con “obras”, nos encontramos con simples hipótesis, variados senderos y caminos posibles, huellas dispersas en el barro de la historia, hierbas aplastadas o tallos quebrados que –al igual que en el caso de los cazadores del paleolítico, para usar un feliz paralelismo del historiador Carlo Ginzburg– nos brindan luminosas pistas e inusitados indicios. Rosa siempre se niega a concebir sus textos e iniciativas militantes como clausuras. Más bien las piensa y ensaya como intervenciones abiertas e inacabadas, al igual que la realidad misma que supo habitar. Esta ausencia de un corpus estructurado y cerrado por completo, sabotea la tentación constante de pretender conformar un sistema de pensamiento unitario y definitivo.

Así, de manera análoga concibe a la revolución. Jamás quiso equipararla a un suceso abrupto y breve, ni tampoco a un acto de mero asalto al cielo estatal, producto de la decisión arbitraria de un comité central o un grupo de dirigentes esclarecidos. Y menos aún, en la clave de un evento futuro y lejano. La revolución soñada por Rosa es desde y para la vida cotidiana. Sólo a partir del protagonismo consciente e ineludible de las masas, y en función del ejercicio “aquí y ahora” de una democracia participativa, puede gestarse una transformación genuina e integral. Es cierto: su confianza en la capacidad creativa y emancipatoria del pueblo no arraiga en fórmula científica ni apotegma teórico alguno. Es una humilde apuesta ético-política sin garantías, que tiene a la autoorganización de las y los oprimidos como pivote fundamental e intenta combinar –al igual que su *alter ego* con un destino igualmente trágico– *el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad*.

Esta actitud que amalgama realismo y utopía, pensamiento crítico y esperanza vital, ciencia y revolución, saber y sentir, busca desactivar dicotomías y se trasluce con mayor ímpetu en sus últimos escritos, redactados en pleno apogeo insurreccional en las calles de Berlín. “El comienzo”, sugestivo artículo de noviembre de 1918, se inicia con una afirmación concisa y contundente: “La revolución comenzó”. Sin embargo, sin omitir el clima de profunda convulsión social y enorme expectativa vivido en las calles, se encarga de aclarar que la abolición del dominio del capital y la edificación del socialismo “es una obra poderosa que no puede ser realizada desde lo alto, con algunos decretos, en un abrir y cerrar de ojos, que sólo puede nacer por la propia acción consciente de las masas trabajadoras de la ciudad y el campo, que sólo puede ser llevada a puerto seguro a través de todas las tempestades, por la más alta madurez intelectual y por el idealismo inagotable de las masas populares” (Luxemburgo, 2017b: 230). De ahí que “las revoluciones no se queden quietas”. Ellas, agrega, continúan “paso a paso, con tempestad e ímpetu, con lucha y sufrimiento, y miseria y victoria hasta alcanzar su objetivo” (Luxemburgo, 2017b: 233). Así, sin prisa ni pausa, como las y los zapatistas, Rosa camina preguntando pero jamás se cansa de caminar.

Pocos años antes, en medio del desconcierto y la desolación generalizada que implicó la primera guerra mundial, Rosa alcanza a redactar entre rejas su conocido folleto *La crisis de la socialdemocracia*, contra la locura belicista en la

que se encontraba sumida Europa, y a favor de una lucha que fortaleciera el hermanamiento entre los pueblos del mundo (Luxemburgo, 1972b). En uno de sus párrafos más emotivos, supo lanzar una máxima que pasaría a la posteridad como consigna internacionalista y antídoto frente a esa hecatombe genocida: *¡Socialismo o barbarie!*

Michael Löwy (1981) ha llegado a postular que esta frase condensa una significación metodológica y política de primer orden para todo proyecto que se precie de emancipatorio, en la medida en que, a contrapelo de todo determinismo o lectura lineal de la historia, nos recuerda que *la suerte no está echada* y oficia de anticuerpo ante ciertas visiones triunfalistas, que han sabido calar hondo en el seno del marxismo y desestiman la importancia de la praxis revolucionaria como catalizadora de cualquier cambio social profundo. Lejos de ser un elemento secundario, esta “chispa animadora de la voluntad consciente” emerge como un factor decisivo en la construcción del socialismo como alternativa civilizatoria, a partir de una tríada que para Rosa era clave: *organización, conciencia y lucha*, no como “fases particulares, separadas mecánicamente en el tiempo”, sino en tanto “aspectos distintos de un mismo y único proceso” (Luxemburgo, 1969: 46).

Hoy resulta más claro que nunca que quienes aspiramos a superar la barbarie que expresan el capitalismo, el patriarcado y la colonialidad, no tenemos tampoco garantía alguna de triunfo. La nuestra es una apuesta tan frágil como sin certidumbre, y en ella se nos juega tanto la posibilidad de construir una sociedad radicalmente distinta a la actual, como la supervivencia de la humanidad y del planeta Tierra en su conjunto. Por eso el socialismo no es sólo una opción entre tantas, sino una urgencia y necesidad histórica balbuceada al pie de un desfiladero y a pasos nomás del abismo. Simboliza ante todo ese freno de mano del que hablaba Walter Benjamin en los tiempos sombríos del fascismo, para evitar la catástrofe que se avecina. Guerras, hambrunas masivas, despojo de bienes comunes y contaminación ambiental, violencia social, precariedad, represión política, xenofobia, femicidios, explotación, pandemia y desigualdades que se extreman, son características de un capitalismo criminal que, en tiempos de crisis y neoliberalismo recargado, cual *Moloch* no hace sino exacerbar sus rasgos constitutivos más perversos, sacrificando millones de vidas en el altar del egoísmo y el dinero.

Frente a este panorama desolador, no cabe sino redoblar la apuesta por la praxis colectiva en función de una política revolucionaria y colaborativa, que logre reinventarse desde los afectos y el autocuidado, al calor de estos y tantos otros desafíos de nuestro tiempo histórico. Que piense el compromiso y comprometa el pensamiento desde la rebeldía, sí, pero también en franca ruptura con las disciplinas que, como su nombre lo indica, disciplinan, pues restringen la mirada y dejan “fuera de foco” a esa totalidad dinámica, en movimiento y permanente transformación, que es la sociedad en tanto bloque histórico. Que ensaye una nueva gramática alternativa y alterativa, e incite a la osadía y la imaginación sin dejar de tener los pies en la tierra.

Traer a Rosa al presente es una oportunidad también para reinstalar los *debates estratégicos* en el corazón mismo de las experiencias y proyectos emancipatorios que afloran en nuestro continente. Cada uno de los capítulos de este libro buscó abrir una ventana por donde asomarse a las diferentes inquietudes y urgencias que, para ella, remiten a problemas candentes y núcleos traumáticos que requieren ser discutidos, afrontados y resueltos de manera colectiva y sin recetario previo alguno ya que, como escribe en una de sus cartas, “la historia no sabe de esquemas inmutables”.

Las diversas luchas y resistencias que se despliegan a lo largo y ancho de América Latina nos convocan a enriquecer y actualizar sus reflexiones y categorías desde el prisma de la interseccionalidad, el atravesamiento de opresiones, las diferentes condiciones subalternas y la concepción del capitalismo como sistema de dominación múltiple, que en todos los casos, involucra una abigarrada totalidad de totalidades, donde el racismo, el patriarcado, el adultocentrismo, el despojo socioambiental y la explotación de clase se condicionan y constituyen mutuamente. Frente a esta hidra de mil cabezas, debemos oponer con indignación, pero sin perder jamás la alegría, *un socialismo en el que quepan muchos socialismos*, tan multicolor y variopinto como una *whipala*. Que cobije en su seno el buen vivir, la plurinacionalidad, los feminismos populares, la democracia comunitaria, el ecologismo radical, la soberanía alimentaria, el derecho a la ciudad, la educación popular y la descolonización, que hoy resurgen con fuerza telúrica desde las entrañas mismas de Abya Yala.

En este contexto, la defensa de la vida –en todas sus formas, tonalidades y expresiones– deviene una actitud ética y militante ineludible, que implica luchar contra el capitalismo, el patriarcado y la colonialidad, tanto en un plano general e internacionalista, como en términos más específicos y situados, confrontando con aquellas prácticas violentas y relaciones de opresión moleculares e imperceptibles –y por ello mismo tan arraigadas–, presentes en los territorios y espacios intersticiales que habitamos, con la pasión y el humanismo como motores de esta aspiración personal y colectiva por conquistar nuestros sueños.

Pocos días antes de su asesinato y en medio de las jornadas revolucionarias en las calles de Berlín, Rosa intentó conjugar estas dimensiones por lo general desencontradas. Para ella también lo personal e íntimo, aquello que desde una mirada superficial e instrumentalista se nos aparece como insignificante, resultaba profundamente político, y así lo expresó sin medias tintas: “La más desconsiderada energía revolucionaria y el humanismo más generoso, éstas son las verdaderas esencias del socialismo. Hay que dar la vuelta a un mundo, pero cada lágrima vertida, aunque haya podido ser secada, es una acusación. Y un hombre acosado por ocupaciones importantes que aplasta un gusano por simple inadvertencia, comete un delito” (Luxemburgo, 1976: 208).

Más allá de los aniversarios que nos convocan a traerla al presente, su herencia se mantiene más viva que nunca en la infinidad de proyectos e iniciativas que germinan, desde abajo y a la izquierda, en cada rincón insurgente del planeta Tierra, y en particular en Nuestra América. Esa sensibilidad extrema resulta hoy un faro estratégico para continuar sembrando esperanzas y exigiendo lo imposible, con la plena certeza de que muchas derrotas renacerán, más temprano que tarde, como luminosas victorias. Porque de algo estamos seguros/as: las revoluciones venideras serán la conquista del pan, pero también –a no dudarlo– el florecimiento de las Rosas.

POSFÁCIO

La Rosa del Sur

Por Gerhard Dilger*

¡Sálvate, viejo y siempre joven sol y recibe mi saludo! Tan solo si tú me eres fiel, si puedo ver tu semblante dorado, ¿qué me hacen las rejas y el encierro? ¿No soy tan libre como aquel pájaro en el tejado que celebra agradecido al igual que yo? Y si algún día, en el incendio de una revolución rusa, me llegaran a llevar a la horca, entonces te pido que me ilumines en ese difícil camino y daré los pasos hacia mi última elevación con una sonrisa alegre como si fuera a una fiesta de boda.

Rosa Luxemburgo

Moriré - pero volveré y seré *millones*...

Túpac Katari

Este libro es fruto y síntesis de muchos procesos colectivos. Hernán Ouviña, compañero, profesor, investigador y escritor, es un militante incansable de un marxismo no dogmático, como el de sus grandes referentes intelectuales José Carlos Mariátegui (1894-1930), Antonio Gramsci (1891-1937) y Rosa Luxemburgo (1871-1919). A la vez es un compañero que construye y comparte estos saberes, en la facultad, en los territorios,

* Profesor, periodista y director de la Oficina Cono Sur de la Fundación Rosa Luxemburgo. Nació en Múnich y vive en América del Sur desde 1992. Hasta 2012, fue corresponsal, desde Brasil, de los diarios taz (Berlín), neues deutschland (Berlín), Der Standard (Viena), del semanario WOZ (Zúrich) y de la agencia de noticias epd (Fráncfort).

en las mal llamadas redes sociales y ahora, en tiempos del Corona, en espacios virtuales. Y lo hace con una generosidad extraordinaria. Ha venido tejiendo una verdadera telaraña de conexiones que cubre toda Nuestra América, y su obra ya está empezando su trayectoria más allá, por la red internacionalista de la Fundación Rosa Luxemburgo (FRL).

La primera edición, lanzada a principios del año pasado en Buenos Aires, cuando recordamos el centenario del femicidio de Rosa, ya había nacido en constante intercambio con nuestro equipo local y con las editoriales El Colectivo, de Argentina, y Quimantú, de Santiago de Chile. Poco después, lxs compas de La Fogata publicaron la edición colombiana, y cuando nos preparamos para el lanzamiento internacional de esta edición ampliada y enriquecida por el prefacio de nuestra compañera Silvia Federici, ya falta poco para que la editorial mexicana Bajo Tierra lance allí una edición en papel, en cooperación con la oficina regional FRL/RLS para México, Centroamérica y el Caribe.

En su obra rigurosa y popular al mismo tiempo, Hernán abarca muchas de las dimensiones que están convirtiendo a Rosa en mucho más que un ícono. La lectura “desde América Latina” que nos propone es más pertinente que nunca. No por azar aquí Rosa Luxemburgo está más viva que en cualquier otro continente —más que en Alemania, donde pasó la mayor parte de su vida política, y muchísimo más que en Polonia, donde su internacionalismo consecuente y coherente nunca fue realmente entendido.

Ha inspirado novelas gráficas como *La Rosa Roja* de Kate Evans, óperas como la de Alejandra Arístegui, obras de teatro como *La Conducta de los Pájaros* del Teatro Calibán de Norman Briski, donde se imagina un diálogo intercultural entre Rosa y el socialista y antiimperialista argentino Manuel Ugarte, o “*Róza*” del colectivo de mujeres homónimo en São Paulo.

En Nuestra América se la aprecia como la marxista “menos eurocéntrica”, como dijera el crítico de arte y militante Mario Pedrosa (1900-1981), el primer luxemburguista brasileiro. Tempranamente el Amauta peruano José Carlos Mariátegui supo reivindicar las ideas y la acción política de Rosa para estas tierras. El economista Paul Singer (1932-2018), uno de

los padres de la economía solidaria e igualmente un gran admirador de Rosa Luxemburgo, observaba que para ella, y a diferencia de Lenin, “el imperialismo no es un estadio del capitalismo, es una característica central del propio capitalismo desde siempre”.

El ecosocialista Michel Löwy, brasileiro de raíces austríacas que vive en París, destaca “su visión de las comunidades precapitalistas y su forma crítica y original de concebir la evolución de las formaciones sociales, desde un punto de vista orientado, como diría Walter Benjamin, a cepillar la historia a contrapelo”. Todo esto, y muchísimo más, ha sido desarrollado por nuestra amiga, musa e “intelectual orgánica” en São Paulo, Isabel Loureiro, quien ha dedicado casi la mitad de su vida al estudio y a la “enseñanza” de la obra de Rosa Luxemburgo.

En Argentina, Claudia Korol de “Pañuelos en Rebeldía” es una de las compañeras que más ha divulgado la vida y obra de Rosa Luxemburgo en esta tónica. A través de sus talleres de formación política, junto a nuestra querida colega Kathrin Buhl (1951-2012), su hija Lisa e innumerables militantes de base, consiguió que esta energía luxemburguista fluya cada vez más por nuestros territorios.

Para nosotros, es un privilegio poder trabajar en el nombre de la Rosa, desde la oficina más meridional de las 25 oficinas regionales Rosalux esparcidas por cuatro continentes. Desde Buenos Aires, cooperamos con movimientos y referentes sociales, partidos, pensadorxs y muchxs otrxs, en Argentina, Chile y Uruguay.

A la inauguración de nuestra primera oficina en el barrio porteño Chacarita, en 2015, vino el gran autor y periodista Osvaldo Bayer (1927-2018) que también era luxemburguista. Cuatro años más tarde, cuando abrimos nuestra casa en Constitución, bailamos con Norita Cortiñas. Nuestros proyectos comunes de formación política giran alrededor de los ejes temáticos Democracia y justicia social, Transiciones social-ecológicas, Sindicalismos desde abajo y Feminismos/diversidades.

Nuestros fondos, al igual que los de las otras fundaciones políticas alemanas, provienen del presupuesto federal, gracias a la presencia del partido Die Linke (La Izquierda) en el parlamento alemán. Desde su fundación en 1990, después

de la caída del Muro de Berlín, la Fundación Rosa Luxemburgo se ha convertido gradualmente en una importante red internacionalista de formación política.

Junto a nuestrxs aliadxs, pensamos y trabajamos respuestas concretas a la “crisis múltiple” del capitalismo con sus facetas económicas, sociales, ecológicas y geopolíticas. Además, las conquistas democráticas de las últimas décadas están amenazadas por tendencias autoritarias alarmantes, reforzadas por la pandemia del Covid-19. La famosa sentencia de Gramsci de que “el viejo mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer, y en ese claroscuro surgen los monstruos” parece más pertinente que nunca.

Pero hay resistencias y construcción de alternativas. Movimientos sociales y otrxs actores de izquierda de todo el mundo se vienen movilizandando contra las políticas de austeridad, el ataque a los derechos sociales, los autoritarismos, el racismo, las guerras y el ecocidio.

Por su feminismo vivido, por su amor a la naturaleza y por su “optimismo de la voluntad”, Rosa sería hoy, sin duda, una ecofeminista. Apoyaría a los movimientos por “el clima” y la justicia ambiental, impulsada por jóvenes en todo el mundo. Estaría al lado de las organizaciones del feminismo popular que están tejiendo redes de cuidado, de lxs migrantes, de lxs luchadorxs urbanos, de lxs campesinxs que están reclamando por sus tierras y transitando hacia la agroecología, de los pueblos indígenas.

Conviviría feliz con los horizontes del Buen Vivir y del ecosocialismo. Y sería una defensora aguerrida de la plurinacionalidad y del anticolonialismo, claves en la resistencia que millones oponen al ataque permanente por parte de corporaciones nacionales y transnacionales.

Una verdadera Rosa del Sur.

Buenos Aires, 20 de mayo de 2020

Bibliografía

Obras de Rosa Luxemburgo (por orden de año de edición)

- (1948). *Cartas de la Prisión*. La Plata: Calomino.
- (1967). *La acumulación del capital*. México: Grijalbo.
- (1970). *Huelga de masas, partidos y sindicatos*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 13, Córdoba.
- (1971). *La comuna de Berlín*, con Carlos Liebknecht, México: Grijalbo.
- (1971). *¿Reforma o revolución?* Montevideo: Bandera Roja.
- (1972a). *Introducción a la Economía Política*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 35, Buenos Aires.
- (1972b). *La crisis de la socialdemocracia*. México: Roca.
- (1972c). *Crítica de la revolución rusa*. Buenos Aires: Anagrama.
- (1973). *Cartas de amor a León Jogiches*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- (1975a). *Debate sobre la huelga de masas*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 62, Córdoba.
- (1975b). *Cartas a Karl y Luise Kautsky*. Barcelona: Galba.
- (1976). *Obras escogidas*. Buenos Aires: Pluma.
- (1976). *La Liga Spartakus. Dossier sobre la revolución alemana 1918-1919*. Barcelona: Anagrama.
- (1978). *Obras Escogidas*. Estudio preliminar y notas de Ramón García Cotarelo. Madrid: Ayuso.
- (1979a). *El desarrollo industrial en Polonia y otros escritos sobre la cuestión nacional*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 71, México.

- (1979b). *La cuestión nacional y la autonomía*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 81, México.
- (1981). *Obras escogidas*, Prólogo y selección a cargo de Bolívar Echeverría. México: Era.
- (1983). *El pensamiento de Rosa Luxemburgo*. Antología a cargo de María José Aubet. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- (2009). *¿Qué quiere la Liga Espartaco?* Buenos Aires: La Minga.
- (2017a). *Textos escolhidos I (1899-1914)*. Organización a cargo de Isabel Loureiro, Editora UNESP/Fundación Rosa Luxemburgo, Sao Paulo.
- (2017b). *Textos escolhidos II (1914-1919)*. Organización a cargo de Isabel Loureiro. Sao Paulo: UNESP/Fundación Rosa Luxemburgo.
- (2017c). *Textos escolhidos III (Cartas)*. Organización a cargo de Isabel Loureiro. Sao Paulo: UNESP/Fundación Rosa Luxemburgo.
- (1998). *La cuestión nacional y la autonomía*. Barcelona: El Viejo Topo.
- (2015). *Espontaneidad y acción. Debates sobre la huelga de masas, la revolución y el partido*. Buenos Aires: Ediciones Razón y Revolución.
- (2017). *Escritos de Rosa Luxemburgo*. En línea: www.marxists.org
- (2018). *Cartas de amor de Rosa Luxemburgo*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo.

Obras sobre Rosa Luxemburgo (por orden alfabético)

- Arévalo, O. (1971) *Rosa Luxemburgo. Un águila de la revolución*. Buenos Aires: Ediciones Centro de Estudios.
- Aricó, J. (1969) “Prólogo”, *Crítica de la revolución rusa*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- . (1972). “Advertencia”, *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 13, Córdoba.
- Aubet, María-José (1977). *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional*. Barcelona: Anagrama.
- Badia, G. (1971). *Los espartaquistas*. Barcelona: Mateu.
- Basso, L. (1977a). *Rosa Luxemburgo*. México: Nuestro Tiempo.
- . (1977b). *Per conoscere Rosa Luxemburg*. Milan: Mondadori.
- Borón, A. (2010). “Rosa Luxemburgo y la crítica al reformismo socialdemócrata”, en *¿Reforma social o revolución?* Buenos Aires: Luxemburg.
- Broué, P. (1973). *Revolución en Alemania. De la guerra a la revolución. Victoria y derrota del izquierdismo*. Barcelona: Redondo.
- Brunetto, L. (2018). *Rosa Luxemburgo y la revolución alemana*. Buenos Aires: Sudestada.
- Clif, T. (1971). *Rosa Luxemburg. Introducción a su lectura*. Buenos Aires: Galerna.

- Córdova, A. (1974). "Rosa Luxemburgo y el mundo subdesarrollado", en *Revista Problemas del Desarrollo* N° 18, México: UNAM.
- Cornell, Drucina (2019) "Rosa Luxemburg, feminista socialista", en VV.AA. *Luxemburg*, Fundación Rosa Luxemburgo - Oficina Cono Sur, Buenos Aires.
- Díaz Valcárcel, J. A. (1975). *La pasión revolucionaria de Rosa Luxemburgo*. Madrid: Akal.
- Dunayevskaya, R. (1985). *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*. México: FCE.
- Evans, K. (2017). *La Rosa Roja. Biografía gráfica sobre Rosa Luxemburgo*. Buenos Aires: IPS.
- Frölich, P. (1975). "El debate sobre la experiencia belga", en VV.AA. *Debate sobre la huelga de masas (primera parte)*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 62, Córdoba.
- Frölich, P. (1976). *Rosa Luxemburgo. Vida y obra*. Madrid: Fundamentos.
- Geras, N. (1980). *Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo*. México: Era.
- Gomes, R. (2018) *Rosa Luxemburgo. Crise e revolução*, Ateliê Editorial, São Paulo.
- Guerin, D. (1973). *Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria*. Buenos Aires: Proyección.
- Haffner, S. (2018). *A revolução alemã (1918-1919)*. São Paulo: Expressão Popular / Fundação Rosa Luxemburgo.
- Haug, F. (2012). *Rosa Luxemburgo y el arte de la política*. Madrid: Tierradenadie.
- . (2013). "La línea Luxemburgo-Gramsci", en *Revista Internacional Marx Ahora* N° 35. La Habana.
- Haupt, G. (1979). "Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional", en *Revista Cuadernos Políticos* N° 21, México.
- Kohan, N. (1999). "Luxemburg: una rosa roja para el siglo XXI", en *Revista Cuadernos del Sur* N° 28, Buenos Aires.
- Korol, C. (2018). "Las revoluciones de Rosa", en VV.AA. *Revolución. Escuela de un sueño eterno*. Buenos Aires: Cuadernos Relámpago/Negra Mala Testa.
- Kowalik, T. (1979). *Teoría de la acumulación y el imperialismo en Rosa Luxemburgo*. México: Era.
- Laschitz, A. y Radczun, G. (1977). *Rosa Luxemburgo y el movimiento obrero alemán*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Lora, G. (1987). *Rosa Luxemburgo*. La Paz: Partido Obrero Revolucionario.
- Loureiro, I. (1999). *Rosa Luxemburgo. Vida e obra*. São Paulo: Expressao Popular.
- . (2003). *Rosa Luxemburgo. Os dilemas da ação revolucionária*. São Paulo: UNESP.
- . (2005). *A Revolução Alemã. 1918-1923*. São Paulo: UNESP.
- . (org.) (2008). *Socialismo ou Barbárie. Rosa Luxemburgo no Brasil*. São Paulo: Instituto Rosa Luxemburgo.

- Löwy, M. (1981). *Dialéctica y revolución*. México: Siglo XXI.
- . y Sayre, R. (2008). *Rebelión y melancolía. El romanticismo como contracorriente de la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- . (2012). “La chispa prende en la acción. La filosofía de la praxis en el pensamiento de Rosa Luxemburg”, en Portal Viento Sur. En línea: <https://vientosur.info/spip.php?article7444>
- . (2015). “Imperialismo occidental versus comunismo primitivo”, en Jörn Schütrumpf (org.). *Rosa Luxemburgo u prece da liberdade*. Sao Pablo: Fundacao Rosa Luxemburgo.
- Mies, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Negt, O. (1977). “De la dialéctica materialista entre espontaneidad y organización: Rosa Luxemburg” en *Revista Materiales* N° 3, Barcelona.
- Nettl, P. (1974). *Rosa Luxemburgo*: México: Era.
- Pittaluga, R. (1998). “Reflexiones en torno a la idea de espontaneidad en Rosa Luxemburgo”, en *Revista El Rodaballo* N° 9, Buenos Aires.
- Quesada Monje, R. (2017). *Rosa Luxemburgo. Utopía y vida cotidiana*. San José de Costa Rica: Nadar Ediciones y EUNA.
- Renzi, D. y Bisceglie, A. (2010). *Rosa Luxemburg*. Buenos Aires: Comuna Socialista.
- Schütrumpf, J. (ed.) (2007). *Rosa Luxemburgo o el precio de la libertad*. Berlín: Fundación Rosa Luxemburgo, Dietz.
- Stuke, H. (1975). “Luxemburg”, en *Marxismo y Democracia. Conceptos Fundamentales*. Madrid: Rioduero.
- Torres, P. (2008). *Rosa Luxemburgo. El futuro por asalto*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Trias, J. y Monereo, M. (2001). *Rosa Luxemburgo. Actualidad y clasisismo*. Madrid: El Viejo Topo.
- Vidal V., José M. (1978). *Conocer Rosa Luxemburg y su obra*. Barcelona: Dopesa.
- VV.AA. (1972). *El desafío de Rosa Luxemburgo*. Buenos Aires: Proceso.
- VV.AA. (2001). *Rosa Luxemburgo. Una rosa roja para el siglo XXI*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Weiss, P. (1999). *La estética de la resistencia*. Barcelona: Hiru.

Obras en general (por orden alfabético)

- Amin, S. (1989). *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México: Siglo XXI.
- Anderson, P. (1986). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- . (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Siglo XXI: Madrid.
- Aricó, J. (1980). *Marx y América Latina*. Lima: CEDEP.
- . (2011). *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. México: El

- Colegio de México.
- Bambirra, V. y Dos Santos, T. (1980). *La estrategia y la táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin*. México: Era.
- Basso, L. y otros (1972). *Transición al socialismo y experiencia chilena*. Santiago: Centro de Estudios Socio-Económicos.
- Bebel, A. (1981). *La mujer y el socialismo*. Buenos Aires: Estudio.
- Benjamin, W. (2007). *Sobre el concepto de Historia. Tesis y fragmentos*. Buenos Aires: Piedras de Papel.
- Bensaid, D. (2003). *Marx intempestivo*. Buenos Aires: Herramienta.
- Bernstein, E. y otros (1978). *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial. Primera Parte*. Cuadernos de Pasado y Presente 73, México.
- Bernstein, E. (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la sociodemocracia*. México: Siglo XXI.
- Boggs, C. (1985). *El marxismo de Gramsci*, México: Premia.
- Bologna, S. (1984). “Composición de clase y teoría del partido en el origen del movimiento de los consejos”, en VV.AA. *Guerra y revolución*. México: Somos.
- Bonefeld, W. (2012). “La permanencia de la acumulación primitiva: fetichismo de la mercancía y constitución social”, en *Revista Theomai* 26. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bricianer, S. (comp.) (1975). *Anton Pannekoek y los Consejos Obreros*. Buenos Aires: Schapire Editor.
- Brie, M. y Klein, D. (2004). “Los caminos: revolución, reforma, transformación. Reflexiones desde una óptica marxista”, en VV. AA. *Reforma ou revolução?* São Paulo: Fundação Rosa Luxemburg e Laboratório de Políticas Públicas da UERJ / Expressão Popular.
- Carlo, A. (1973). “La concepción del partido revolucionario en Lenin”, en *Revista Pasado y Presente* N° 2/3 (nueva serie), Buenos Aires.
- Cole, G. D. H. (1959). *Historia del pensamiento socialista*. Tomos I al VII. México: FCE.
- Colleti, L. (1975). “Bernstein y el marxismo de la Segunda Internacional”, en *Ideología y Sociedad*. Barcelona: Fontamara.
- Cueva, A. (2004). *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*. Quito: Revolución Ecuatoriana.
- De Angelis, M. (2012). “Marx y la acumulación primitiva. El carácter continuo de los ‘cercamientos’ capitalistas”, en *Revista Theomai* N° 26, UNQui, Buenos Aires.
- Droz, J. (1977). *Historia del Socialismo*. Barcelona: Laia.
- Dussel, E. (1990). *El último Marx y la liberación latinoamericana*. México: Siglo XXI.
- Echeverría, Bolívar (1986). *El discurso crítico de Marx*. México: Era.
- Eley, G. (2002). *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- Engels, F. (2004). *Introducción a la lucha de clases en Francia*. Buenos Aires: Papel Negro.

EZLN (2015). *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*. México.

Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja*. Buenos Aires: Tinta Limón.

—. (2014). *La inacabada revolución feminista. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. Bogotá: Desde Abajo.

Fornet-Betancourt, R. (2001). *Transformación del marxismo. Historia del marxismo en América Latina*. México: Plaza y Valdés.

Freire, P. (2008). *Pedagogía de la esperanza*. Buenos Aires: Siglo XXI .

Gago, V. (2019). *La potencia feminista*. Buenos Aires: Tinta Limón.

García Linera, Á. (2015). “Estado, democracia y socialismo. Una lectura a partir de Poulantzás”, ponencia presentada en el marco del Coloquio Internacional dedicado a la obra de Nicos Poulantzás: un marxismo para el siglo XXI. Universidad de la Sorbona de París realizado el 16 de enero de 2015.

Gilly, A. (2006). *Historia a contrapelo. Una constelación*. México: Era.

González, H. (1999). *Restos pampeanos*. Buenos Aires: Colihue.

González Casanova, P. (ed.) (1984). *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, México: Siglo XXI.

Gorz, A. (1969). *Estrategia obrera y neocapitalismo*. México: Era.

Gramsci, A. (1974). *Revolución rusa y Unión Soviética*. México: Ediciones Roca.

—. (1998). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI .

—. (1999). *Cuadernos de la Cárcel*. Tomos 4 y 5. México: Era.

—. (2003a). *La cuestión meridional*. Buenos Aires: Quadrata.

—. (2003b). *Cartas de la Cárcel*. México: Era.

—. (2006). *La Ciudad Futura y otros escritos*. Buenos Aires: Dialektik.

Guevara, E. (1977). *Escritos y discursos*. La Habana: Ciencias Sociales.

—. (2003). *América Latina. Despertar de un continente*. Bogotá: Ocean Sur.

Harnecker, M. (2010). *Inventando para no errar. América Latina y el socialismo del siglo XXI*. Barcelona: El Viejo Topo.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Hegel, G. W. F. (1994). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Altaya.

Hobsbawm, E. y otros (1980). *Historia del marxismo*. Tomos I al VIII. Barcelona: Bruguera.

Kellog, P. (1995). “Engels y las raíces del revisionismo”, en *Revista Crítica de Nuestro Tiempo* N° 12, Buenos Aires.

Kolakowsky, L. (1982). *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución*. Madrid. Alianza.

Kollontai, A. (1979). *Mujer, historia y sociedad. Sobre la liberación de la mujer*. México: Fontamara.

Korsch, K. (1975). *Karl Marx*. Barcelona: Ariel.

- Kosik, K. (1967). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Krupskaia, N. (1964). *Acerca de la educación marxista*. Buenos Aires: Porvenir.
- Lenin, V. I. (1946). *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en *Obras Escogidas*. Buenos Aires: Problemas.
- . (1967). “El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart”, en *Obras Completas*, Tomo XIII. Buenos Aires: Cartago.
- . (1973). *¿Qué hacer?* Buenos Aires: Anteo.
- . (1972). *Cuadernos Filosóficos*. Buenos Aires: Estudio, .
- . (1974). *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Buenos Aires: Anteo.
- . (1992). *El Estado y la revolución*. Pekín: Lenguas Extranjeras.
- . (1971). *Contra la burocracia*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 25, Córdoba.
- Lenk, K. (1978). *Teorías de la revolución*. Barcelona: Anagrama.
- Liebman, M. (1969). *Enigmas de la revolución rusa*. Madrid: Daimon.
- Liebel, M. (2018). “Colonialismo y la colonización de las infancias a la luz de la teoría poscolonial”, en Morales, S. y Magistris, G. (comp.) *Niñez en movimiento. Del adultocentrismo a la emancipación*. Buenos Aires: El Colectivo / Ternura Revelde / Chirimbote.
- Löwy, M. (2007). *El marxismo en América Latina*. Santiago de Chile: LOM.
- Lukács, G. (1985). *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Sarpe.
- . (2015). *Derrotismo y dialéctica. Una defensa de Historia y conciencia de clases*. Buenos Aires: Herramienta.
- Mandel, E. (1973). *La burocracia*. México: Ediciones Quinto Sol.
- Mariátegui, J. C. (1973). *Historia de la crisis mundial*. Lima: Amauta.
- . (1975). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.
- . (1976). *Peruanicemos al Perú*. Lima: Amauta.
- . (1972). *Ideología y Política*. Lima: Amauta.
- Mármora, L. (1978). “Introducción”, en *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*. Cuadernos de Pasado y Presente 73, México.
- . (1986). *El concepto socialista de nación*. Cuadernos de Pasado y Presente N° 96, México.
- Marx, K. (1974). *Introducción general a la crítica de la economía política y otros escritos sobre problemas metodológicos*. Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires.
- . (1997). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México: Siglo XXI.
- . (1993). “Tesis sobre Feuerbach”, en *La cuestión judía y otros escritos*. Buenos Aires: Planeta.
- . (1978). *La guerra civil en Francia*. Pekín: Lenguas Extranjeras.
- . (2004). *El Capital*. Tomo I. Buenos Aires: Siglo XXI.
- . (2018). *Comunidad, nacionalismo y capital: textos inéditos*. La Paz:

- Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Marx, K. y Engels, F. (1988). *Manifiesto del Partido Comunista y Documentos de la Liga de los Comunistas*, en *Obras fundamentales*. México: FCE.
- . (1973). *Correspondencia*. Buenos Aires: Cartago.
- . (1980). *Escritos sobre Rusia. El porvenir de la comuna rural*. Cuadernos de Pasado y Presente, México.
- Mazzeo, M. (2018). *Marx populi*. Buenos Aires: El Colectivo.
- Mella, J. A. (2017). *Textos Escogidos*. La Habana: La Memoria.
- Melgar Bao, R. (1988). *El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna*. México: Alianza.
- Michels, R. (2017). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Morales, S. y Magistris, G. (comp.) (2018). *Niñez en movimiento*. Buenos Aires: Chirimbote / El Colectivo / Ternura Revelde.
- Navarro, M. L. (2015). *Luchas por lo común. Antagonismo social contra el despojo capitalista de los bienes naturales en México*. México: Bajo Tierra / BUAP.
- Ouviña, H. y Thwaites R., M. (2012). “La estatalidad latinoamericana revisitada. Reflexiones e hipótesis alrededor del problema del poder político y las transiciones”, en Thwaites R., M. (ed.) *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*. Santiago de Chile: Arcis.
- Ouviña, H. y Thwaites R., M. (comp.) (2018). *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: El Colectivo / CLACSO / IEALC.
- Palerm, A. (1980). *Antropología y marxismo*. México: Nueva Imagen.
- Pla, A. y otros (1985). *Historia del movimiento obrero*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Peña, M. (2000). *Introducción al pensamiento de Marx*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Poulantzas, N. (1979). *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo XXI.
- Rauber, I. (2010). *Revoluciones desde abajo. Gobiernos populares y cambio social en Latinoamérica*. Buenos Aires: Continente.
- Regalado, R. (ed.) (2009). *América Latina hoy: ¿reforma o revolución?* México: Ocean Sur.
- Renna, H. (2014). *Sobre el ejercicio y construcción de autonomías*. Santiago de Chile: Poblart.
- Sader, E. (2009). *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sánchez V., A. (2000). *Filosofía de la praxis*. México: Era.
- Sánchez V., A. (1999). *De Marx al marxismo en América Latina*. México: Itaca.
- Schram, S. y D'Encausse, H. C. (ed.) (1974). *El marxismo y el Asia*. Buenos Aires: Siglo

XXI.

Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Shiva, V. y Mies, M. (1997). *Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas*. Barcelona: Icaria.

Silva, L. (1974). *Marx y la alienación*. Caracas: Monte Ávila.

Silva, L. (2006). *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*. Caracas: Ipasme.

Stolowicz, B. (2009). “El debate actual: posneoliberalismo o anticapitalismo”, en

Regalado, R. (ed.) *América Latina hoy: ¿reforma o revolución?* México: Ocean Sur.

Tarcus, H. (dir.) (2007). *Diccionario Biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé.

Trotsky, L. (1975). *Nuestras tareas políticas*. México: Juan Pablo.

—. (1985). *Historia de la revolución rusa*. Madrid: Sarpe.

—. (2000). *La teoría de la revolución permanente*. Buenos Aires: Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky”.

Tse-Tung, Mao (1984). *Cinco tesis filosóficas*. Buenos Aires: Independencia.

Valdéz Gutiérrez, G. (2009). *Posneoliberalismo y movimientos antisistémicos*. La Habana: Ciencias Sociales.

Van Kol, H. y otros (1978). *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*. Cuadernos de Pasado y Presente 74, México.

Vega Cantor, R. (2013). *Capitalismo y despojo*. Bogotá: Impresol.

Vitale, L. (1983). *Hacia una historia del ambiente en América Latina*. México: Nueva Imagen.

—. (1987). *La mitad invisible de la historia. El protagonismo social de la mujer latinoamericana*. Buenos Aires: Sudamericana.

VV.AA. (2018). *Revolución. Escuela de un sueño eterno*. Buenos Aires: Cuadernos Relámpagos/Negra Mala Testa.

Wright Mills, Ch. (1970). *Los marxistas*. México: Era.

Zavaleta, R. (1987). *El poder dual. Problemas de la Teoría del Estado en América Latina*. La Paz: Los amigos del libro.

—. (1990). *El Estado en América Latina*. La Paz: Los amigos del libro.

Zetkin, C. (1976). *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*. Barcelona: Anagrama.

"El homenaje de Hernán Ouviña a Rosa Luxemburgo es un ejemplo poderoso de cómo nuestra lectura del pasado se torna viva cuando está motivada por preguntas, luchas y preocupaciones del presente.

(...) Al repensar la vida y la obra de Luxemburgo, Ouviña nunca pierde de vista a sus lectores, que hoy se extienden a través de un amplio espectro de movimientos feministas, ecológicos e indígenas, que crecientemente están construyendo terrenos comunes y tomando las calles en una nueva ola de luchas insurreccionales".

Silvia Federici, en el Prólogo

